




LOS ANABATISTAS

KARL FRANZ VAN DER VELDE



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/isbn_9781178922561

Los Anabatistas

Karl Franz van der Velde

Nabu Public Domain Reprints:

You are holding a reproduction of an original work published before 1923 that is in the public domain in the United States of America, and possibly other countries. You may freely copy and distribute this work as no entity (individual or corporate) has a copyright on the body of the work. This book may contain prior copyright references, and library stamps (as most of these works were scanned from library copies). These have been scanned and retained as part of the historical artifact.

This book may have occasional imperfections such as missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc. that were either part of the original artifact, or were introduced by the scanning process. We believe this work is culturally important, and despite the imperfections, have elected to bring it back into print as part of our continuing commitment to the preservation of printed works worldwide. We appreciate your understanding of the imperfections in the preservation process, and hope you enjoy this valuable book.

203

ANALYSTS

LOS

ANABATISTAS.

Los

ANABATISTAS,

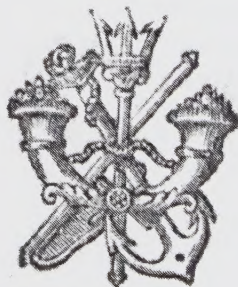
Historia

DEL PRINCIPIO DEL SIGLO XVI, SACADA DE LAS CRONICAS
Y DOCUMENTOS DE AQUELLA ÉPOCA.

Escrita en aleman

POR

C. F. Van-der-Velde.



BARCELONA ,
LIBRERIA DE MANUEL SAURÍ Y COMPAÑIA
CALLE DE ESQUDELLERS.

1833.



*Esta traduccion es propiedad de los
editores.*

Enero de 1833. Con licencia,
por Saurí y compañía.

Noticia Histórica

Sobre la Secta

DE LOS

ANABATISTAS.

LA Secta de los Anabatistas, que Van-der-Velde ha escogido para héroes de esta novela, tuvo principio á mediados del año de mil quinientos veinte y cinco; sacó su doctrina de una interpretacion forzada de algunos pasages del famoso libro de Lutero, publicado en mil quinientos veinte y uno, titulado *De la Libertad Cristiana*. El artículo capital del Anabatismo era el doble bautismo, ó la precision de bautizar de nuevo, en la edad de la razon, á los que lo habian sido en su infancia, y la necesidad de practicar esta ceremonia no por aspersion, sino por immersion.

La secta de los Anabatistas, lo mismo que la mayor parte de las que se formaron en

VI

el siglo XVI, escitadas mas bien por un espíritu de rebeldia contra el gobierno teocrático y el feudal, que movidas por un sentimiento religioso, no careció de pretextos para substraerse de la autoridad de los Señores y de los príncipes, y para armarse contra los magistrados.

Nicolas Stork, uno de los mas ciegos discípulos del reformador, fué tambien el mas atrevido en sacar consecuencias estremadas de sus principios. Era natural de Znic-kasv en Silesia, y dotado de aquella atractiva dulzura que seduce los corazones, y que faltaba á Lutero. Storck fué el que echó las semillas del Anabatismo, y bien pronto tuvo sus partidarios, de los cuales los mas célebres fueron Munzer y Melancthon. Este último, amigo de Lutero, no tomó partido en las filas de los nuevos sectarios, sino por el descontento que le inspiraba la preferencia manifiesta, concedida por el reformador á Spalatin y á Arns-Corf, sus antagonistas. Munzer era uno de aquellos hombres sediciosos por naturaleza, y que no habia abrazado el partido de Lutero, dice un autor antiguo, sino por inclinacion á todo lo que se llama rebellion. (1) Lo mismo que Storck, supo aprovecharse de la disposicion de los ánimos, y halló sobre todo el medio de hacer admitir los nuevos dogmas á la juventud

(1) *Meskov P. 3.*

esparcida en los colegios de la universidad de Wittemberg, donde empezó á introducirlos en la Tésis.

Aquellos manejos no tardaron en incomodar á Lutero. En los primeros días después de su fuga de la fortaleza de Wartbourg, se presentó de nuevo en Wittemberg y predicó en el púlpito con su acostumbrada fogosidad contra la doctrina de los Anabatistas. Munzer por su parte levantaba la voz contra el luteranismo, y la aparente sencillez y pureza de su vida le atrajo muchos partidarios. Sus vestidos y su modo de vivir eran de una estremada modestia, y sabia fingir de repente en presencia del pueblo una especie de delirio del que no le sacaban sino con trabajo, y entonces contaba con entusiasmo las visiones que pretendia haber tenido. (1)

Las gentes seguian á bandadas á Munzer, y le escuchaban con placer declamar contra la destemplanza de Lutero: finalmente el crédito del primer reformador disminuia á medida que el segundo tomaba ascendiente sobre los entendimientos. Los dos heresiarcas tuvieron varias conferencias públicas en Wittemberg. De ámbas partes se gritó, se amenazó y se concluyó por separarse, llenándose de injurias las mas groseras. El fruto de la

(1) *Utemberg, in vita Luther. P. 153 Slerd I.*

disputa fué un Edicto de proscripcion que el reformador obtuvo del Duque de Sajonia contra Stork, Munzer y sus secuaces. Stork se retiró á Zsvickau, y *fué profeta en su patria*, como dice uno de sus historiadores. Munzer buscó un asilo en Nuremberg, de donde fué echado. El Anabatista volvió á unirse con su antiguo gefe, y de comun acuerdo escogieron á Ysvickaw por su residencia habitual, esperando esparcir desde allí con facilidad su doctrina en el resto de Alemania.

Entre el pequeño rebaño de mugeres que Stork habia ya juntado á su alrededor, una jóven tocó el corazon de Munzer; la sedujo y la deshonoró. No hallándose ya en seguridad en las poblaciones donde la policia estaba en vigor, Munzer se dirigió á los habitantes del campo y de las aldeas. Cuando entraba en las cabañas de los labradores, afectaba una gravedad y un aire de recogimiento que le hacia tomar por un hombre inspirado. Pronto se hizo el profeta de la muchedumbre. Exageraba las persecuciones que habia sufrido en las ciudades, desacreditaba á los doctores de la universidad de Wittemberg, y llenaba de invectivas al Duque de Sajonia y á los magistrados, á los que acusaba de tiranía. (1)

(1) *Seckendorf*, l. 1 y 2 — *Barre*, l. VIII y siguientes.

Un gran número de causas se reunían entonces para hacer la suerte de los labradores y aldeanos de Alemania mas miserable de lo que el hombre la podia sufrir, en un tiempo en que todos los entendimientos estaban ocupados con ideas de mejoras. La holgura en que vivían, parecia que no se les habia concedido sino para aumentar los recursos que los señores feudales sacaban de los sudores de sus vasallos, y quitarles el temor de ver sus bienes deteriorarse á causa de la ruina total de aquellos á quienes oprimían. La vida voluptuosa, la corrupcion de las clases elevadas hacia que se aumentasen de continuo las exacciones bajo que gemían los habitantes del campo; las guerras de señor á señor no eran mas raras que en otro tiempo en ciertos países, y por efecto del cambio que habia sufrido el modo de pelear, se habian hecho mucho mas costosas; la administracion era mas complicada, y las ventajas que producía, infinitamente menos sensibles para los labradores que los males que arrastraba tras sí. Con todo, no se puede negar que bajo un gobierno sabio y prudente, se encontraban entonces muchos de esta especie en Alemania, el estado de las gentes del campo hubiera podido mejorarse con facilidad, si se hubiera presentado algun príncipe interponiéndose entre la clase labradora y la señorial: pero aunque la situacion social de los primeros fuera todavia mas deplorable, no se habria debido temer una

insurrección, á lo menos tan general como fué, si el espíritu del tiempo no hubiese sido tan amenazador para el orden de cosas establecido, y no hubiese echado sobre ellas una luz que las hacia parecer con los colores mas odiosos.

El peligroso ejemplo de la clase media y de los labradores de Sajonia, que habian derribado el poder intermedio que se elevaba entre la nacion alemana y sus principales, ofrecia mucho atractivo para los desgraciados siervos de la alta Alemania. Por su parte Lutero habia representado sin miramiento alguno y pintado con los mas feos colores, los supuestos crímenes y atentados de los principes, particularmente de las potencias eclesiásticas, y sus discursos esparcian á lo léjos las soñadas ideas de igualdad y de libertad. No hay pues que admirarse del anhelo con que los aldeanos y labradores escuchaban á aquellos predicadores, que se esparcian por el campo, y del ardor que pusieron en levantar el estandarte de la rebelion; pues que obrando de aquella manera se creian los defensores de la causa de Dios (1)

Las primeras turbulencias fueron promovidas por los aldeanos de Hégow, súbditos del Conde Segismundo de Lupphen. Tomaron por pretexto las penosas servidumbres de que estaban sabrecargados. Los vasallos

(1) *Wollmann. Gerch des reformat t. 1.*

del abad de Kempten , irritados del rigor con que su señor ejercia los derechos feudales , siguieron el ejemplo de los siervos de Hégow. Robaron la abadía , devastaron las tierras y los castillos , y se obligó á los abades y á sus monges á rescatar su vida , consintiendo en vender á los habitantes de Kempten todos los derechos que tenia la abadía sobre la ciudad. (1)

La rebelion se comunicaba de un pueblo á otro. Munzer se presentó en Alstad , y al principio predicó con moderacion. Storck fué á encontrar á su discípulo. La reputacion del nuevo apóstol se esparció luego á lo léjos. Acudian en tropel de Alstasdt , de los lugares de Isleb , de Manefeld , de Frankenhausem , de los alrededores de Halle ; en fin de toda la Sajonia (2)

Este concurso animó al hipócrita predicador , quien declaró que estaba instruido de la voluntad del Eterno ; que el Señor se le manifestaba todas las noches , y que durante el sueño Dios le daba parte de todo lo venidero. « El Todo-poderoso , decia , aguarda de todos los pueblos , que sacudan la tiranía de los magistrados , que pidan su libertad con las armas en la mano , que reusen el pago de los tributos , y que pongan sus

(1) *Lunig. Arch. Smp. part. spect continuat. P. 350.*

(2) *Barre , l. 8. Stcidain V.*

XII

bienes en comun, trayendolos á mis pies, como se acumulaban en otro tiempo á los de los apóstoles.... Tal es la voluntad del Señor, que me instruye en secreto y entra en mi seno para inspirarme, y para deciros que el espíritu del cristianismo consiste en reusar de pagar á los príncipes los impuestos con que nos agovian."

Escitado el pueblo por estos discursos, hizo armas de todo lo que cayó en sus manos. Empezaron las turbulencias, por el pillage de la iglesia de Mullerbach, á la cual la devocion atraia los fieles de todos los puntos de la Sajonia. El rico tesoro que encerraba fué robado, y el edificio entregado á las llamas. Tal fué el preludio de los desórdenes que señalaron la aparicion del Anabatismo. Sin embargo, Munzer perseguido por todas partes, logró un asilo en Mulhausen, á pesar de las cartas ejecutivas que Lutero escribió al senado de aquella ciudad para prevenirle contra el espíritu sedicioso de este predicador (1). Aquella ciudad imperial gozaba entonces de una especie de libertad que podia hacerla pasar por una república, y el Anabatismo encontró en ella algunos amigos que habia adquirido en Alstet. Es verdad que los huéspedes de Munzer pertenecian á una clase media, pero en un estado popular la voz de uno de sus ve-

(1) *Epist. Luttr. 25. Augusti ann. 1524.*

cinos acreditados tenia aun mucho peso. Un mercader de pieles llamado Juan Roder, fué quien le dió á conocer al pueblo. La curiosidad de oir á un doctor famoso en toda la Sajonia, se hizo pronto tan grande que las mugeres pidieron que le dejasen predicar. El resultado del predicador, dice el P. Barre, escedió á sus esperanzas. La intriga de las mugeres aumentó el concurso, y el aire imponente de Munzer dió tanto realce á este fanático, que ya no le llamaron sino el *predicador*.

Este título le fué quitado prontamente por el senado, el cual inquieto de ver esparcir esta doctrina que ocasionaba ya disenciones en las familias, le habia citado á dar cuenta de su mision. Pero el andaz Munzer no se tuvo por vencido; pretendió haber tenido una revelacion del cielo, la que mandaba deponer á los magistrados de la ciudad, para sustituirles otros, y supo apoderarse tan bien del espíritu de las mugeres, que su intriga prevaleció. Sorprendió muchísimo, dice el antiguo historiador de quien sacamos estos hechos, el ver á un extranjero sostenido por una faccion de mugeres, hacerse dueño de la eleccion de los primeros magistrados, hacer desterrar á los antiguos, y obligar á los mas tímidos á postarse delante de él para poder quedarse en su patria.

Munzer, continua nuestro historiador, no era ya solamente el predicador de Mulhau-

sen, era tambien su gefe. Se formó entonces un registro de todos los que abrazaron su creencia; se hizo violencia á los que reusaron seguirla; las iglesias fueron derribadas, los altares destruidos, las estátuas hechas pedazos, los vasos sagrados profanados, y las religiosas obligadas á casarse. Pusieron todos los bienes en comun, y Munzer se hizo su distribuidor. Cualquiera que conservase una parte de su antigua propiedad, era severamente castigado. La plebe cesó en sus trabajos y no pensó sino en vivir á espensas de la comunidad. Munzer se habia hecho un palacio de la magnífica encomienda, de la que habia echado á los caballeros de Rodas, y gobernaba la ciudad despóticamente.

Storck se habia ido á la Suabia y á la Franconia, donde no habia tardado en remover los espíritus en nombre de la libertad. En el año de 1525, estendió en aquellas comarcas las pretensiones de los habitantes contra sus señores, en doce artículos: los que contenian entre otras cosas el que se les permitiese la caza y la pesca, en virtud del imperio dado al hombre sobre todos los animales; que los bosques fuesen comunes; que les fuese permitido tener tierras en propiedad etc. Muy pronto la rebelion se estendió por todas partes. Les faltaba un gefe; Metzler fué proclamado por unanimidad, y se pusieron en campaña. Por todas partes los habitantes de las aldeas se juntaban.

á los sediciosos. Saquearon los castillos y las ciudades; los que cultivaban las tierras de las cercanías de Heilbrunn, se reunieron en número de mil doscientos, pasaron á nado el rio Necker, devastaron una parte del Palatinado, y fueron á juntarse con la tropa de Metzler, quien prontamente tuvo un cuerpo numeroso bajo sus órdenes (1).

Heilbrunn, donde el espíritu de la rebelion habia hecho algunos progresos, abrió sus puertas á los confederados, que se habian dado el nombre de *Union-Cristiana*, y habian formado un ejército que se acampaba militarmente, y cuyos movimientos eran arreglados. Nueve ciudades, situadas cerca de la Selva-Negra, sobre las orillas del Rin, imitaron el ejemplo de Heilbrunn.

Mientras que la Franconia era asolada por los Anabatistas, otro ejército de estos sectarios, mandado por un caballero llamado Jeyer, puso sitio á Wurtzbourg: este ejército se señaló en todo su tránsito por devastaciones é incendios, manifestando la mayor animosidad contra los eclesiásticos, y talando particularmente todas las tierras que les pertenecian, lo mismo que las iglesias y monasterios. La resistencia que hizo la ciudad, irritó tanto á los Anabatistas, que

(1) *Slcidan*, l. 5. — *Borland's Cronig. de Brabant*: c. 182. — *Seckendorf* l. 8, part. 2. — *Barre* t. 8.

XVI

reusaron recibirla por capitulación. Habiéndose juntado á los confederados mas de veinte mil labradores, y habiéndose sublevado dentro la plebe contra los magistrados, el ejército entró en la ciudad é hizo en ella una horrorosa carnicería (1). La audacia de los habitantes del campo se aumentó con estas primeras victorias. Atacaron la ciudad de Spire, cuyo obispo era hermano del elector Palatino: el prelado formó caballería para oponerse á los sectarios, y tomó á su sueldo los habitantes de la pequeña ciudad de Brussel para servir en calidad de infantes. Pero esta infantería se desbandó y uniéndose á los Anabatistas desoló toda la diócesis. Volvieron pronto con aquellos á poner cerco á la ciudad, la que no escapó de su suerte sino haciendo un tratado por el cual se prometieron á los Anabatistas veinte y cinco cargas del mejor vino, el que les debían llevar á Rhéneusen.

La Alsacia se llenó tambien de partidarios del Anabatismo.

Mil y ciento de aquellos furiosos se reunieron cerca de Altdorf y saquearon esta ciudad; los labradores de las cercanías de Haguenan probaron tambien de procurarse la libertad, y el incendio llegó pronto á Lorena. Pero el duque Antonio de Lorena

(1) *Fabricius*, l. 7, — *Sleidan*, l. V.
— *Barre* t. 8.

á la cabeza de ocho mil hombres y acompañado de Claudio de Gnise, marchó contra los insurgentes é hizo de ellos una gran carnicería; por su parte, el langrave Felipe de Hesse persiguió con igual vigor á sus vasallos sublevados, y á los Anabatistas no les quedó mas recurso que el de refugiarse bajo las banderas de Berlingen y de Metzler, los cuales continuaban haciendo conquistas en la Suabia y en la Franconia. Su ejército subia á cuarenta mil hombres, todos animados del espíritu de Storck, y sostenidos por el fanatismo en el ódio que habian cobrado á sus señores.

Munzer habia marchado de Mulhausen, y seguido de trescientos labradores se habia ido á Frankhausen, donde sublevó á los aldeanos contra el conde de Mansfeld, su señor. Este príncipe resolvió ponerse á la cabeza de su nobleza para castigar al turbulento doctor; y este que ya no se creyó seguro en Frankhausen, envió emisarios por todas partes para reunir cerca de sí á los labradores que el fanatismo habia inclinado á su partido. Lugares enteros quedaron abandonados, y los hombres, seguidos de sus mugeres é hijos, acudieron á Frankhausen á defender al que llamaban *el profeta*. (1)

Se hicieron adelantar tropas ácia Frankhausen, y juzgando los príncipes que era

(1) Barre, l. VIII. — Sleidan, l. III.

necesario no dar tiempo á los Anabatistas de la Suabia y de la Franeonia para entrar en la Turingia y socorrer á sus hermanos, hicieron la mayor diligencia. Por temor de una batalla, *el profeta* se habia apostado bastante cerca de Frankhausen sobre una montaña escarpada, y los paisanos de su ejército habian hecho con sus carros un atrinchamiento que la caballeria no podia romper. Fué un espectáculo bastante nuevo, dice un historiadór, el ver un ejército de aldeanos, careciendo de armas y cañones, mandado por dos doctores, hacer frente á tropas regulares, mandadas por dos príncipes de Sajonia, un langrave de Hesse, y un duque de Brunswick. Así fué que los Anabatistas quedaron tan espantados, que hicieron decir á los príncipes que ellos no se habian reunido sino por espíritu de religion, para escuchar con libertad la palabra de Dios, y no para pelear (1). Los príncipes contestaron que no tenian que esperar gracia, si no entregaban inmediatamente á Munzer y á sus cómplices. Apenas hubieron leído la carta de los príncipes, cuando un pavor general se apoderó del ejército. Munzer observó la sensacion que el temor de la muerte y la esperanza del perdón habia hecho nacer entre sus tropas. De repente fingió haber

(1) *Lamb. Hortens tumultus Analop*
in 8.

sido inspirado é hizo un largo discurso para empeñar á sus partidarios á marchar al combate: « En vano, dijo al concluir, su artilleria imitará contra nosotros, por una impiedad digna del castigo, el rayo del Señor, que solo debe fulminar el cielo; yo recibiré todas las balas en las mangas de mi vestido, él solo os servirá de muralla para ponerlos á cubierto.”

Miéntas que Munzer hablaba, apareció en el cielo un arco iris, y como el profeta lo habia hecho pintar en sus estandartes, exclamó que era el mismo Dios que manifestaba con esta señal la veracidad de sus palabras. Los Anabatistas que le rodeaban animados por la confianza en su profeta, dieron un gran grito, el que se comunicó de batallon en batallon, y se pusieron á cantar un cántico espiritual preparándose al combate. La primera descarga de artilleria ocasionó un gran desórden en el ejército de Munzer, y habiendo la infanteria enemiga forzado sable en mano los atrinchamientos de carros que los aldeanos habian formado, se hizo en ellos una horrorosa carniceria. Un gran número de fanáticos se dejó degollar, cantando cánticos y sin defenderse. El resto tomaron la fuga, y se salvaron con Munzer en Frankhausen. Esta ciudad cayó casi inmediatamente en poder de los príncipes. Munzer se habia ocultado en una casa bastante cerca de las puertas de la ciudad, y se habia metido en cama,

haciéndose el enfermo para escapar á las pesquisas de los enemigos. Efectivamente, habiendo subido el criado de un oficial para saquear hasta en el cuarto donde estaba Munzer, no hizo caso de él, y salió casi inmediatamente, llevándose el bolsillo del pretendido enfermo. Este bolsillo le hizo reconocer, pues se encontró dentro una carta del conde Alberto de Mansel. Munzer fué arrestado y entregado al príncipe Jorge de Sajonia y al langrave de Hesse. Estos le hicieron encadenar y conducir en un carro al castillo de Helderung, residencia del conde Mansfeld, á cuya muger Munzer habia ultrajado, y habia devastado sus tierras. Phipfer fué hecho igualmente prisionero en la Franconia por el elector Juan de Sajonia, el que se apoderó de Mulhausen. Los dos doctores, despues de haber sufrido el tormento, fueron sacados de su prision y conducidos al campo de los príncipes, donde se les cortó á ámbos la cabeza. Este fué el fin de los dos principales fundadores del Anabatismo (1).

Los dos gefes de los Anabatistas de la Suabia y de la Franconia, Gottfried de Berlingen y Metzler, habian hecho todos sus esfuerzos para llevar sus tropas al socorro

(1) *Ibid.* — *Rimers. act. publ. veter edit* t. 14 P. 308 *Grodclius*, l. IV. de *tumultibus rusticorum*.

de Munzer y de sus hermanos de la Turingia ; pero la batalla de Frankhausen habia arruinado sus proyectos. Ellos continuaron sus expediciones y las estendieron hasta el Palatinado. El famoso general Jorge Truchses se opuso á sus devastaciones; y por todas partes donde se presentó su ejército, los Anabatistas fueron esterminados por el hierro y el fuego, y Weinsberg, Hildelberg, Maguncia, Wurtsbourg, lo mismo que todas las demas ciudades donde los sectarios habian penetrado, fueron saqueadas, devastadas, ó tratadas con un excesivo rigor.

Pero las represalias fueron terribles, porque habiendo los Anabatistas sorprendido en la pequeña ciudad de Weinsberg, á setenta nobles, los colocaron en medio de un círculo formado por algunos de ellos armados de picas, y obligándoles á bailar, hiriéndolos de punta con sus estoques y al compas de una música atronadora, se los enviaban unos á otros con las puntas de sus lanzas, haciéndose de este modo un juego de su muerte. En cuanto á Storck, retirado en Silesia, formó allí nuevos partidarios, los que se apoderaron de las iglesias, echando de ellas á los sacerdotes, y se entregaron á todos los excesos que habian señalado el parage de este pretendido reformador por todas las demas comarcas de Alemania. No parciendo la Silesia bastante vasta para la ambicion del Pseudo Apóstol, pasó á Polonia donde continuó sus predicaciones. Un

XXII

caballero polaco, discípulo suyo, no tardó en sobrepujar á su maestro. Se imaginó ser hijo de Dios, y se hizo adorar por sus vasallos y en sus feudos. Melsteinck, tal era su nombre, escogió doce apóstoles, á los que dió el nombre de primeros misioneros cristianos, y se abandonó con ellos á mil escesos. Storck no tardó en pasar á Baviera, donde echó los cimientos de un Anabatismo, que se estableció en seguida con mas regularidad en Moravia. Confundido en la miseria y pobreza, terminó en la oscuridad su vida aventurera. Schusenckeld, caballero de la Silesia, continuó á predicar la doctrina de Storck en aquel pais.

La Moravia, por su situacion, por la naturaleza de su suelo y por la disposicion de su gobierno, parecia un pais favorable á los nuevos sectarios; situada entre la Silesia, la Bohemia, la Polonia y el Austria, podian en ella reunirse con facilidad los discípulos que Storck se habia hecho en las comarcas vecinas. Es verdad que tenian que temer á Fernando, Rey de romanos; pero se persuadieron que este príncipe, olvidando las consideraciones religiosas, veria con gusto su transmigracion á un pais falto de habitantes. Los Anabatistas Hutter y Schuding, compraron en mil quinientos treinta algunas tierras en esta provincia, y los hermanos conducidos por compañías, establecieron en ella una especie de república, cuya policia y forma tenia en la apariencia algo de edi-

ficante, simple y frugal. Afectaban el modo de vivir de aquellos cenovitas que florecieron en los primeros siglos de la iglesia. Su habitacion era en el campo en las tierras de los nobles, los que encontraban su interes en arrendarlas á los Anabatistas, quienes daban siempre al Señor cuyos campos cultivaban, á lo ménos el doble de lo que le hubiera dado un arrendador ordinario. Trabajaban mucho y vivian muy frugalmente. Todos los vicios en general eran desterrados de su sociedad. A pesar de todo esto, conociendo Fernando, los males que podian seguirse de tolerar á semejantes hombres, escribió al mariscal de la Moravia que derribase en todos los lugares los templos de los Anabatistas, y que los exterminase á sangre y fuego. Este edicto echó la consternacion en la naciente colonia, y despertó de nuevo el espíritu guerrero de los hermanos. La misma nobleza morava, cuyas rentas se habian aumentado, murmuró de aquella medida, y el mariscal hizo presente al rey las consecuencias peligrosas de ella. Fernando escuchó sus representaciones y suspendió la ejecucion de su edicto. Con todo los Anabatistas, á quienes entónces llamaban hermanos Moravos, se fortificaron en sus cercas, y cada vecindario se transformó en un campo militar. Hasta entónces habian hecho ostension de no llevar armas, pero tenian en la cintura grandes cuchillos y usaban de robustos garrotes para defenderse.

XXIV

Hutter se aprovechó de la tregna que se concedió á los Anabatistas. Recorrió el Tirol, la Baviera y el Austria, persuadiendo á los hermanos de estas provincias á pasar á la Moravia. Se les vió vender sus muebles y propiedades, y llevar el dinero á los pies de Hutter. Tanto fanatismo infundió á Fernando nuevos temores, y así fué que el mariscal recibió órdenes perentorias para echar á los Anabatistas de la Moravia. Este oficial les hizo advertir tan solo que se alejasen; pero ellos no pudieron resolverse á abandonar voluntariamente las propiedades que habian comprado, y ofrecieron pagar anualmente un tributo considerable al rey. Este ofrecimiento no movió á Fernando; se enviaron tropas á todas las colonias moravas, y se emplearon las armas para arrancar de ellas á los Anabatistas. Estos abandonaron con resignacion sus habitaciones á los soldados, y salieron de la Moravia por compañías del mismo modo que habian entrado en ella. (1)

El duque de Baviera, informado del edicto de Fernando, prohibió que les dejasen entrar en las ciudades y demas poblaciones de sus estados. Encarcelaron ó echaron á todos los que se presentaron. Las demas provincias rivalizaron tambien con el duque. El mismo Hutter fué arrestado en el Tirol,

(1) *Barre, t. 8.*

y conducido por orden de Fernando á Inspruck, donde el consejo soberano le condenó á las llamas. Esta sentencia fué ejecutada á las puertas de la ciudad.

Sin embargo, el Anabatismo estaba lejos de haberse extinguido, y los hermanos que se presentaron tan resignados en la Moravia, parecieron de nuevo en los otros puntos de la Alemania, mas audaces y mas desesperados que nunca.

En Munster habia habido turbulencia con motivo de ciertas pretensiones de los Luteranos, cuyo número crecia diariamente. Kuiperdolling y Rothmann, vecinos de aquella ciudad, habian logrado por medio de intrigas echar á los frailes y á todos los adictos á la fé católica, y gobernaban en Munster como soberanos; cuando llegaron á ella dos Anabatistas, que los unos dicen que fueron Gerardo Boukbinder, y otros pretenden ser Juan Matias ó Mateo, y Juan Beuckels ó Bokhold de Leyden, con el objeto de predicar su doctrina. Estos dos últimos se hacian llamar el uno Enoch y el otro Elias. No tardaron en atraer á su creencia á Rothmann, cuyo ardiente espíritu era avido de nuevas sensaciones, quien empezó á hacer prosélitos con todo el calor de un nuevo iniciado. En vano el senado pronunció una sentencia de destierro contra Rothmann y los sectarios; en vano condenó el libro que acababa de escribir en favor del Anabatismo, los sectarios se multiplicaron en la

ciudad con una rapidez extraordinaria, y prontamente los Anabatistas se vieron bastante numerosos para obrar sin miramiento alguno contra sus adversarios. Habiendo llamado secretamente á un gran número de sus hermanos esparcidos en las comarcas vecinas, se apoderaron durante la noche del arsenal y del palacio del senado, y corrian las calles armados con espadas desembainadas, moviendo el mayor bullicio, y gritando alternativamente, tan pronto: *haced penitencia y recibid el bautismo!* como, *huid, huid impíos!* Los senadores, los canónigos, la nobleza, católicos, sacramentarios y luteranos, espantados de sus gritos y de sus amenazas, huyeron en desorden, y abandonaron su ciudad á la discrecion de aquella muchedumbre desenfrenada, compuesta la mayor parte de extranjeros. (1)

Dueño Matias de Munster, hizo nombrar cónsules á Kuipperdolling y á otro de sus protegidos, y el quedó encargado de la direccion de los negocios. Empezó por exhortar á la muchedumbre á que saqueasen las iglesias y destruyesen sus ornamentos; y les mandó en seguida quemar todos los libros, por inútiles é impíos, y que no conservasen sino la Biblia: ordenó á todos los habitantes que entregasen en comun su oro, su plata

(1) *Robertson. Hist. de Carlos V. t. 4. P. 292.*

y todos sus efectos preciosos., y nombró diaconos con el encargo de distribuir aquellas riquezas por partes iguales. Despues de haber establecido entre los miembros de su república una perfecta igualdad, les mandó comer en comunidad, en mesas colocadas en público, y llegó hasta prescribir las viandas que se debian servir diariamente (1). Tambien se aplicó á juntar en Munster todo lo que era necesario para hacer una vigorosa defensa; y despues de haber pedido socorros á los Anabatistas de la Frisia y de la Holanda, hizo trabajar con ardor en las fortificaciones de la ciudad, la que hizo casi inexpugnable. (2)

Entre tanto el obispo habia reunido un ejército, y se habia colocado delante de las puertas de la ciudad. Matias, despues de haber animado á sus sectarios con la falsa relacion de sus visiones y con sus soñadas profecías, salió de Munster al frente de algunas tropas escogidas, atacó uno de los flancos del campo episcopal, lo forzó, y despues de haberlo llenado de carniceria, entró en la ciudad cargado de despojos. Deslumbrado con este suceso, se presentó al dia siguiente delante del pueblo, con una pica en la mano, y declaró que iria, lo mismo

(1) *Robertson, historia de Carlos V. t. 4. P. 292.*

(2) *Heresbac, de fact. Monaster, c. IV.*

que Josué, con un puñado de soldados á exterminar el ejército de los impíos. Treinta hombres que designó le siguieron en esta inaudita empresa, y fueron á precipitarse en las filas enemigas con una rabia insensata: fueron destrozados sin que uno solo se escapase. (1)

Kuipperdolling, Rothmann y Juan de Leyden, mirado desde largo tiempo por los suyos como otro Elías, formaron entonces un triunvirato que se abrogó la autoridad en la ciudad. Pero pronto Juan de Leyden, mas emprendedor que sus colegas, fingió visiones misteriosas, y con profecías equívocas, prepara á la muchedumbre al acontecimiento que meditaba. Un dia se desnudó de sus vestidos y corrió así por las calles, gritando como un furioso: « El reino de Sion está cerca! todo lo que está elevado sobre la tierra será abajado, y todo lo que está abajado, será elevado.” Para empezar el cumplimiento de esta prediccion, hizo arrasar hasta los cimientos de las iglesias, que eran los edificios mas altos de la ciudad; degradó á los senadores que Matias habia escogido, despojó á Knipperdolling del consulado, que era la primera carga de la república, y le redujo al mas vil é infame de los oficios, el de verdugo, el que aquel aceptó

(1) *Robertson, Hist. de Carlos V. P. 299. y siguientes.*

sin murmurar: observa aquí el historiador Robertson, que era tal el exceso del despotismo y rigor de la administracion de este Bockhold, que Knipperdolling fué llamado casi todos los dias para ejercer algunas de las funciones de su horroroso ministerio. En lugar de los senadores que habia depuesto, nombró doce jueces para presidir á todos los negocios, á imitacion de los doce jueces de Israel, conservando para sí la autoridad de que habia gozado Moises. (1)

El reinado de los doce jueces no duró sino nueve semanas, despues de las que Juan de Leyden, por medio de las intrigas de un fanático llamado Juan Tuiskoschier, platero de Munster, logró seducir el pueblo y hacerse proclamar rey. Fué coronado solemnemente en la plaza pública de Munster en 24 de junio de 1534. Desde aquel momento desplegó el aparato de la pompa real. Llevaba una corona de oro y no se presentaba jamas en público sino rodeado de una guardia de trabanos. Hizo acuñar moneda con su efigie (2), y creó oficiales superiores

(1) Robertson, *Hist. de Cárlos V.* t. 4. P. 292 y siguientes.

(2) Llevaba esta inscripcion en antiguo aleman *t Dat Wort io Fleisch geworden, un wanet en uns. We nich gebore is uth de Wat un Geis mag nich ingaen int Rike Godes Ein Konig uper ous, ein Gelove, ein Doepe Tho Munster 1535.*

XXX.

de su palacio y de su reino, entre los que Kuipperdolling fué nombrado gobernador de la ciudad. Bockhold, no conociendo pronto, ningun freno, encargó á sus profetas que manifestasen al pueblo la necesidad de casarse con muchas mugeres, y él fué el primero que dió el ejemplo de lo que llamaba *libertad cristiana*, tomando á la vez tres esposas, de las que una era la viuda de Matías, muger de una completa hermosura. El serrallo del nuevo Salomon se anmentó con rapidez, pero solo la viuda de Matías llevaba el título de reina. La muchedumbre, siguiendo el ejemplo del *Rey profeta*, se abandonó sin reserva al mayor desenfreno. Se miraba como un crimen el no usar de la *libertad cristiana*. Habia gentes empleadas en buscar por las casas á las muchachas nubiles, y las obligaban á casarse inmediatamente. En seguida de la poligamia se introdujo otra nueva corrupcion, y los Anabatistas se entregaron á todos los excesos que producen las pasiones, cuando no están reprimidas por las leyes ó por el pudor (1)

(1) *Prophetæ et concionatorum auctoritate juxta et exemplo tota urbe ad rapiendas pulcherrimas quasque saeminus discursum est. Nec intra paucos dies, in tanta hominum turba, fere ulla reperta est supra annum 14 gune stuprum passa non fuerit (Lamb. Hort. P. 303) — Vulgo viris quiras*

En fin se vió el libertinage disfrazado con máscara de religion, y todos los escesos de la licencia acompañados de las impostoras austeridades de la supersticion. (2)

El Anabatismo se habia esparcido en Holanda, en Frijia y en Wesfalia, y en este pais se encontraban compañías enteras de Anabatistas, que buscaban caminos para ir al socorro de Munster. Juan les mandó un cierto Gueren con el encargo de reunirlos. Trescientos Anabatistas se apoderaron en la Frijia de un antiguo monasterio, que en aquel pais llamaban la Antigua Iglesia; pero Jorge Schenk, gobernador de la provincia, habia tomado medidas para destruirlos. Fueron atacados en el monasterio que ocupaban, y casi todos degollados. (3)

esse uxores, pluribus senas, non nulli, sexenas et septenas. Puellas supra duodecimum actatis annum statim amare (id. 305) — nemo uña contentus fuit, neque cuignam extra effætas et viris ammaturas continentí esse licuit. (id. 207). Tacebo hic, ut sit suus honor auribus, cuanta barbarie et malitia usi sint in puellis vitiandis nondum aptis matrimonio, id quod mihi neque ex vano, neque ex tula, cui cura sic vitiatorum demandata fuit. auditum (105 Joh. Coruinus. 306).

(2) Robertson, t. 4.

(3) Struvius. Sect. IV.

Entre tanto los círculos de las provincias del Rin , convocados en Coblenza , acordaron fondos al obispo para avanzar con vigor el sitio de su ciudad , y Oberstein fué nombrado para dirigir los trabajos bajo las órdenes del obispo Waldeck. En Munster la terquedad y el fanatismo suplían la fuerza y el número. Cada dia Bockhold inventaba nuevos artificios para sostener su autoridad, y aumentar el fanatismo de sus sectarios. Habia algunos cuyo ardor empezaba á enfriarse y hablaban de rendirse ; estos fueron condenados á muerte. Habiendo una de las mugeres del rey dejado escapar algunas palabras poco respetuosas acerca de su esposo , Juan las hizo rennir á todas en la plaza, y allí ordenó á la blasfemadora , tal es el nombre que le dió , que se pudiese de rodillas, y le cortó la cabeza con su propia mano. Las otras mugeres , léjos de manifestar ningun sentimiento de horror , tomaron á Bockhold por la mano , y bailaron con una alegría frenética al rededor del cuerpo sangriento de su compañera. (1)

Sin embargo , algunos hombres lograron escaparse de la ciudad. Entre estos últimos se hallaba un soldado resuelto, llamado Haenslein von der Langer-strad ó Juan de calle Larga , el cual se presentó al obispo y le prometió introducir una partida de infanteria

en la ciudad. Langer-Strad cumplió su palabra ; introdujo en Munster un destacamento que se le entregó , y prontamente se vió flotar en uno de los bastiones el pabellon episcopal. Poco despues , la puerta dicha Jodefelds , se abrió al obispo y á su ejército. Este se adelantó en batalla hasta la plaza principal , y se hizo una horrorosa carniceria de Anabatistas en la ciudad. (1)

Juan Bockhold , cargado de cadenas y conducido á pié entre dos soldados de caballeria , fué llevado á presencia del obispo, quien le preguntó que rabia le habia inducido á sumergir su pueblo en tantas desgracias. « Querido Waldeck , dijo Juan al prelado , el mal de que os quejais no ignala á las quejas que de él dais. Munster era una ciudad débil , yo os la vuelvo fortificada. Y por lo que toca al dinero que os ha costado , encerradme en una jaula de hierro , y no lleveis sino un florin por persona para ver al rey de Sion , que recogeréis con que satisfacer vuestras deudas y aumentar vuestras rentas. (2) » Juan de Leyden fué efectivamente llevado de ciudad en ciudad en una jaula de hierro y le hacian ver al pueblo.

A principios de 1536 , se erigió un ca-

(1) *Barre, VIII. — 1536. Lambert Hortens de tumult, Anabapt.*

(2) *Ibit.*

dalso en la plaza pública de Munster, donde Bockhold se habia presentado tantas veces con el aparato de la dignidad real y le condujeron allí seguido de dos de sus principales oficiales. Hincó la rodilla, echó un gran grito como tenia costumbre de hacerlo cuando iba á perorar al pueblo y se dejó dócilmente atar al poste. Los verdugos le arrancaron la carne con tenazas hechas ascua. Al principio se mostró insensible, pero luego el dolor le arrancó algunos gritos que mezclaba con plegarias piadosas. En fin, despues de heberle despedazado y quemado durante una hora, le atravesaron con una espada. El obispo hizo volver á colocar el cuerpo de Juan de Leyden en la jaula de hierro, la que fué transportada á la cima de la torre de S. Lamberto, donde sirvió por mucho tiempo de espantajo á los inovadores. (1)

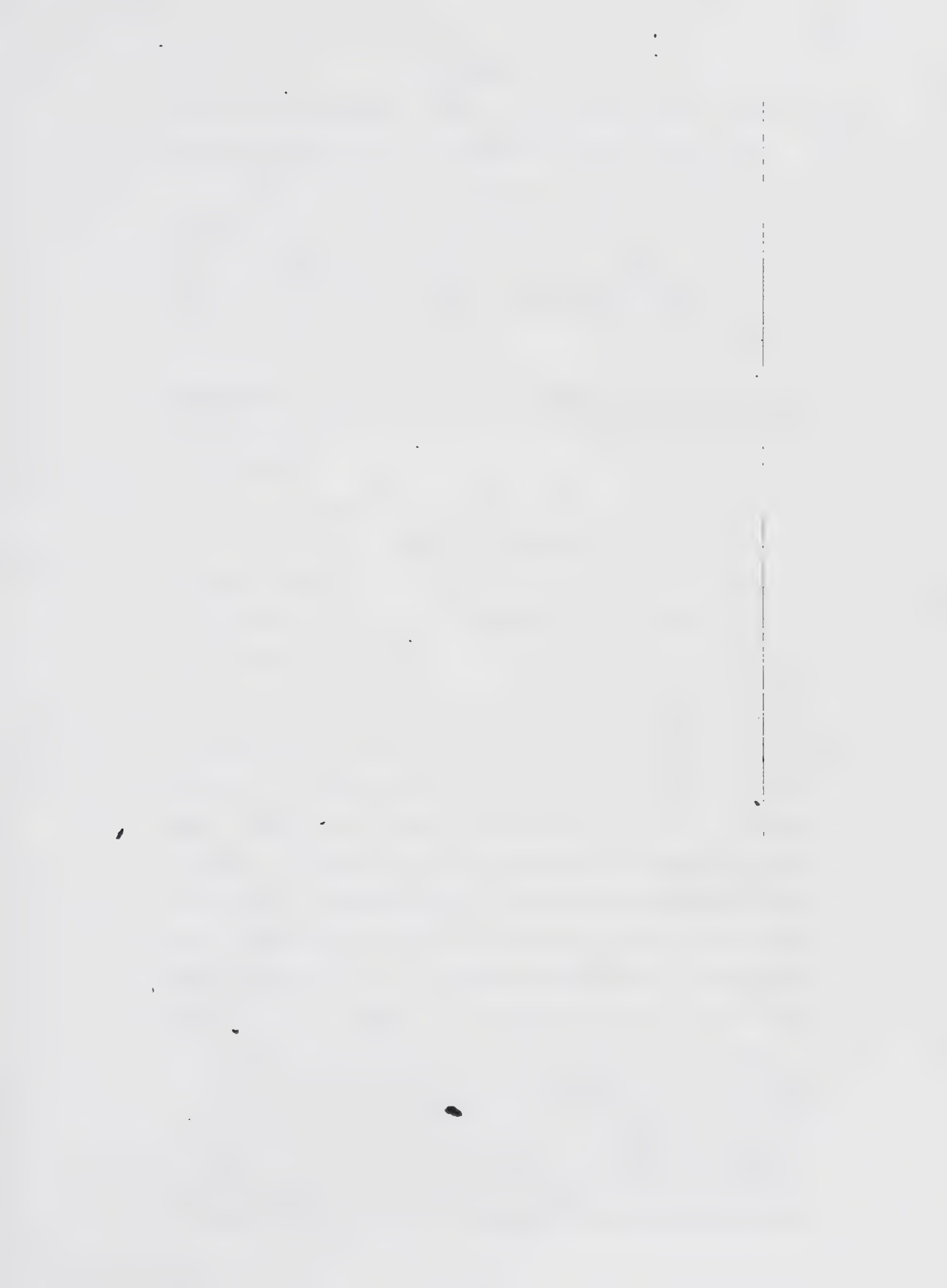
Kuipperdollinck y su compañero sufrieron la misma suerte que su gefe. Dispersos los Anabatistas; no volvieron despues á formarse en república.

De esta suerte, la falta de disciplina y de un plan concertado, disiparon una tras otra aquellas nubes de fanáticos; y un levantamiento que amenazaba de una ruina completa la constitucion política de Alemania y su sistema religioso, se apaciguó sin dejar

(1) *Aun se vé hoy dia esta jaula en lo alto de la torre de Munster.*

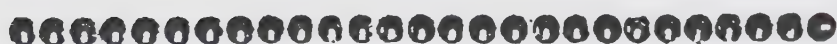
mas señales que campos desiertos, montones de cadáveres, castillos y ciudades reducidas á cenizas.





Los

ANABATISTAS.



CAPITULO I.

EN una hermosa mañana del mes de febrero del año de mil quinientos treinta y cuatro, el oficial armero y mariscal Alf Kippenbrak de Coesfeld, se encaminó ácia las puertas de la ciudad libre é imperial de Munster. Habia dejado á la espalda las villas de Baumberg y de Stestendorp; las miradas del viajero distinguian ya, á la estremidad del horizonte, la gigantesca torre de san Lamberto, la fértil llanura, en medio de la cual se hallaba la antigua y respetable ciudad de Munster se desplegaba delante de él, y la pla-

teada corriente del Aa brillaba á lo léjos con el resplandor del naciente sol.

Alf se paró junto á una cruz de piedra que se elevaba en la orilla del camino. Un vivo encarnado coloreó sus mejillas, y sus ojos brillaron de contento, contemplando la antigua silla episcopal; se quitó el sombrero, y lo agitó alegremente, levantándolo ácia la ciudad.

— ¡Que Dios vele sobre tí, cara Patria! exclamó con entusiasmo. Hemos estado largo tiempo separados, y ya no encontraré los buenos parientes que me acompañaron hace siete años hasta esta cruz, donde me diéron el último á Dios; pero tú te me presentas aun tan risueña, que parece que anuncias un feliz regreso. Sí, nada regocija tanto el corazon del hombre como la vista de la tierra nativa; y alabado sea Dios! yo vuelvo á ver la mia y encuentro en ella la verdadera creencia, en la que estoy resuelto á vivir y morir.

Al pronunciar estas palabras volvió á ponerse el sombrero, y continuó vigorosamente su marcha, dirigiéndose ácia la torre de san Lamberto. De re-

pente, el matutino viento llevó á su oído un ruido sordo y variado, al que se mezclaba el tañido lejano de las campanas, y al mismo tiempo vió elevarse una espesa nube de humo en las cercanías del monasterio de san Mauricio.

— Por vida mia! que allí abajo ha sucedido alguna desgracia, exclamó Alf, doblando el paso. Luego vió un innumerable gentío que se alejaba de la ciudad, y que se precipitaba sobre el camino que él acababa de seguir. A medida que se acercaba, la singular formacion de esta masa de gentes á pié, á caballo y en carruage, se distinguia de un modo mas claro. Parecia ser la emigracion de una poblacion entera. Senadores, canónigos, patricios y plebeyos, ancianos y enfermos, mugeres, niños cargados con toda clase de efectos; juntados con precipitacion, como sucede en medio de un incendio, pasaban alternativamente delante del viajero: los hombres se hablaban con calor, y con un aire sombrío; las mugeres lloraban, los niños gritaban, y aquel largo séquito parecia interminable.

Alf se paró lleno de admiracion, y apoyando en su palo la pesada alforja que llevaba cargada sobre las espaldas, se puso á considerar aquella extraña muchedumbre. Por fin el tropel pasó; un vecino anciano, seguia tambien, caminando con gran trabajo, la turba. Alf le salió al paso y le dijo: con vuestro permiso, padre mio, que significa esta fuga general? Munster ha sido acaso tomado por asalto por un ejército enemigo?

— Ah! aun mil veces peor, respondió el anciano enjugándose los ojos: los Anabatistas se han hecho dueños de la ciudad en esta noche de horror, y persiguen con espada en mano á todos los que no son de su partido.

— Dios sea alabado! exclamò Alf, con un feroz entusiasmo, la verdadera fé triunfa!

El viejo ciudadano echó sobre el jóven una mirada de desprecio y de cólera. — Se debe perdonar dijo, la ceguedad á la juventud pronto á juzgar y sin esperiencia; pero vos dareis cuenta algun dia delante de Dios de la manera horrible con que ensalzais su nombre! En diciendo esto, volvió á seguir

su marcha, y se esforzó á reunirse con sus compañeros de infortunio. Alf, rebotando de alegría, y no sintiendo casi el peso de su alforja, continuó á encaminarse ácia Munster. Pero pronto una nueva masa de fugitivos llegó ácia él en tal desórden, que se le hizo casi imposible abrirse paso, y el polvo que levantaban sobre el camino los caballos, los carros, las gentes de á pié y los ganados, se hizo tan intolerable, que se vió obligado á buscar un refugio en una venta aislada, á alguna distancia del camino.

Apénas habia descargado su alforja en la sala comun, y pedido un jarro de vino, cuando se abrió la puerta y un hombre de una palidez extraordinaria, vestido con una larga sotana negra, se adelantó vacilante. Un atolondrado muchacho con cara de Sátiro, le acompañaba y llevaba su equipage.

— Yo no puedo mas, dijo suspirando el hombre pálido, y se dejó caer sobre el taburete mas cercano.

— Si á lo menos estuviereis en seguridad, señor doctor, le dijo su compañero, poniendo el equipage sobre la banqueta de la estufa. Ahora, permitid

que yo beba un trago, y que me des-
pida de vos.

— Tu no quieres, pues, seguirme
al pais de Hesse, hijo mio? le pre-
guntó el afligido doctor. — No, con-
testó el muchacho, yo vuelvo á Mun-
ster. El nuevo régimen necesitará nue-
vos vestidos, porque la ropa hace en
gran parte la dignidad; mi aguja no
holgará un solo dia, y la ganancia no
puede faltar; por otra parte la nueva
doctrina me gusta bastante, y el dog-
ma de la libertad y de la igualdad,
me ha seducido desde el principio. So-
lamente estas buenas gentes tuviesen las
manos mas escrupulosas, no habria
nada que decirles.

— Yo te creia firmamente adicto
á la antigua creencia, dijo el doctor
suspirando, viendo que me servias con
tanta fidelidad...! — No, respetable se-
ñor! respondió riendo el atolondrado
jóven. Yo estaba aficionado á vuestra
persona, porque me habiais hecho bien:
ved ahí porque no he podido resolver-
me á abandonaros en vuestro conflicto;
pero ahora que estais en seguridad, yo me
vuelvo al solo lugar donde todavia noso-
tros valemos algo: porque así como así.

en cualquier otra parte yo no sería en todo mi vida sino un pobre pe-tate.

— Todavía una ilusion de ménos, dijo el doctor echando un nuevo suspiro; y se sumergió de nuevo en su sombría meditacion. En esto volvía el huésped, llevando en la mano el jarro de vino que Alf le habia pedido. En cuanto apercibió el doctor, dejó caer el jarro, y exclamó, levantando las manos sobre su cabeza: Dios-todo-poderoso, tambien os han echado á vos, mi digno Señor! Cuando los lobos quieren devorar en paz los desgraciados rebaños, atacan ante todo á los pastores vigilantes, dijo el doctor con una dolorosa sonrisa. Yo á lo ménos puedo gloriarme de haber resistido con firmeza hasta el último momento, y de no haber cedido sino á la fuerza y á violencia.

— Pero como se ha podido hacer esto en tan poco tiempo, señor doctor? preguntó el huésped. Puesto que los confesionistas de Ausburgo, y las católicos eran en gran número en la ciudad.

— El fanático Matéo, replicó el doctor, habia enviado á todas partes

de estos alrededores, sus cartas pastorales, y atraia todos los Anabatistas á Munster; de repente aquel populocho que no tiene nada que perder, se ha echado sobre nuestra ciudad, y esta noche, se ha apoderado del Arsenal, de la casa de la ciudad, y ha pegado fuego á los claustros de san Mauricio. A manera de energúmenos se han arrojado por las calles, con espada en mano, echando alaridos, y espantosos gritos; los unos rugian: *haced penitencia y recibid el bautismo!* los otros gritaban: *huid, huid impíos!* Desde entónces ya no ha habido consideracion, ni por la clase, ni por la edad, ni por el sexo; las mugeres convalescientes y los moribundos han sido desapiadadamente impelidos fuera de las puertas de la ciudad que les ha visto nacer, porque no profesaban las paganas abominaciones de aquellos hereges. No me quedó otra eleccion, sino la muerte, la fuga, ó la apostasia; y como he creido hacerme mas útil predicando la palabra á honrados cristianos, que sufriendo el martirio bajo las garras de aquellas fieras, he sacudido el polvo de mis piés, y me he ale-

jado: ahora que Dios sea mi juez!

— En verdad que vuestros discursos me llegan hasta el fondo del alma, dijo Alf conmovido. Teneis el aspecto tan venerable que estoy convencido que obráis lealmente con vuestros hermanos, á pesar de que marcheis en las tinieblas. Pero no por eso deja de ser ménos una terquedad de vuestra parte, muy digna de castigo, la que teneis vosotros luteranos de combatir con tanto ardor la nueva doctrina, que tiene tan claramente por su parte, el buen derecho de las Santas escrituras. El Mesías nuestro Salvador, no dijo formalmente á sus apóstoles: »id por todo el universo predicad á los pueblos y bautizadlos." Es necesario pues que la doctrina del bautismo pase ántes de todo segun las propias palabras de Cristo: Como osais pues arriesgaros á bautizar los niños reciennacidos que aun no pueden saber nada de Dios?

— Ah! otro anabatista mas! murmuró el huésped, mirando de reojo al orador; el digno doctor volvió sus miradas llenas de un tierno dolor hacia aquel jóven. — Otra oveja que se ha descarriado y que yo no puedo volver

al redil ! dijo : esto aumenta mi dolor.

— Vos no respondeis á mis proposiciones , dijo Alf , con un aire de triunfo.

— Porque esforzarse en enseñar el verdadero camino , á los que no quieren instruirse ? exclamó el doctor. Yo podria objetaros que los apóstoles de Cristo no pudieron bautizar sino adultos , porque en el origen , solo aquellos abrazaban el cristianismo ; pero que mas tarde , el ardiente zelo de san Agustin impuso con razon á los padres cristianos el deber de introducir temprano , en el seno de la iglesia á sus hijos por medio de la santa agua del bautismo , á fin de lavarles del pecado original y de hacerles aprovechar de la redencion del Salvador , ántes que una muerte prematura no les arrebatase estas ventajas. Pero ojalá que este cisma fuere el único que vuestros sectarios sostuviesen , con tanta furia y ferocidad. Vosotros teneis otras reglas que se dirigen á cambiar nuestra tierra , este hermoso templo del Señor en una caverna , ó en un campo de carniceria. Vuestra comunidad de bienes , vuestra igualdad de clases , vuestro encarniza-

miento contra las autoridades temporales, conducen directamente á los mas desastrosos desórdenes, al latrocinio, al asesinato y á la sedicion.

— Se puede calumniar hasta las mejores creencias, contestó Alf desconcertado; el Evangelio mira á todos los hombres como iguales. La diferencia que pone entre ellos el nacimiento, la condicion y los bienes de fortuna, es contraria á su espíritu, y los cristianos que se conducen segun sus lecciones, que tienen el espíritu de Dios por guia, no tienen necesidad de autoridad que venga á coartar su libertad espiritual. Pueden gobernarse por sí mismos segun la divina palabra, y el Espíritu Santo los sostendrá á cada paso, á fin de que no vacilen en el camino que la fé les abra.

— Desgraciado jóven, exclamó el doctor, con la mirada y tono solemne de un visionario, vete pues á aquella miserable ciudad, y verás en medio de las humeantes ruinas del monasterio y de los sangrientos cadáveres de que estan llenas las calles, como la doctrina del bautismo que profesan tus hermanos, los conduce al asesinato y

al incendio! y si este terrible espectáculo no es suficiente para mover tu corazón, acuérdate de las palabras que voy á decirte en esta hora, en nombre de aquel Dios á quien todos vosotros calumniáis: Estos horrores no son sino el preludio de los males que os aguardan; vuestra igualdad no será sino una medida igual de corrupcion para vosotros; vuestra comunidad de bienes, una miseria comun; y en lugar de las autoridades que echais, se elevarán malvados que cargarán sus sangrientas manos sobre vuestras cabezas, hasta tanto que la tardía cólera de Dios, se dispierte, hasta que el vengador se presente y os precipite en el abismo.

— Mirad que llega caballeria! exclamó el compañero del doctor, que habia estado durante este discurso, junto á la ventana con su jarro; y si yo no me engaño lleva el uniforme de nuestro señor obispo. Yo hubiera hecho quizás mejor de volver mas pronto á la ciudad.

— Caballeria del obispo! suspiró el doctor. La venganza no viene á menudo sino á pasos lentos; pero esta vez el Señor en su cólera le ha dado alas.

— La caballeria del obispo! exclamó el huésped con inquietud; Que Dios nos ayude! estos no ponen diferencia entre las gentes, y de un tijeratazo igualan á los Luteranos con los Anabatistas.

Los ojos de Alf parecian vomitar llamas, arrancó de su alforja un agudo puñal, de dos filos el que clavó al extremo de su garrote, y se puso en ademan de herir.

Durante estos preparativos los soldados de caballeria ya se habian precipitado en la sala de la venta.

— Esta es una reunion de anabatistas, gritó el sargento; que traigan los cabestros de los caballos, y los atarémos de dos en dos.

— Yo soy el *doctor Theologiæ*, Teodoro Fabricio, exclamó el anciano, con toda la dignidad de su profesion, arrojado de Munster por los Anabatistas, y colocado bajo la particular proteccion del Langrave de Hesse.

— Que es lo que nos cuenta este herege! dijo el sargento: volviendo á tomar aliento.

— Fuera discursos, y rendios buenamente, gritó otro cogiendo al pobre

doctor por la valona de su sotana.

Alf se arrojó de un salto, y con una mano vigorosa hizo soltar la presa al soldado.

— Atras! exclamó presentándole la punta de su puñal. El primero que osare tocar á este anciano, le tiendo al suelo.

— Animo, valiente jóven! gritó el huésped, colocándose al lado de Alf, con una hacha en la mano.

— Compañeros, el cuerpo os pide camorra, exclamó el soldado retirándose. — Sables en mano! manda el sargento, y ya las brillantes ojas relucian con los rayos del sol, cuando un segundo ruido de caballos atrajo todas las miradas ácia la ventana; una nueva partida de caballeria se precipita en la sala.

— Dios sea alabado, dijo Fabricio, juntando devotamente sus manos, es la divisa de mi señor, el Langrave.

— Que nuevas exacciones cometeis aquí vosotros episcopales? dijo con cólera, el comandante de los reciénvenidos.

— Nosotros no tenemos que dar cuenta de nuestra conducta á los de

Hesse, sobre todo cuando estamos en territorio de nuestro señor obispo, exclamó con furor el sargento. Yo podré á mi vez preguntaros con que derecho osais presentaros sobre nuestro territorio, armado y con escolta?

— Que poco juicio mostrais, dijo el capitan, en hablar así á vuestros aliados! nosotros hemos sido enviados por nuestro Seberano para daros socorro contra los rebeldes Anabatistas. Pero por ahora, yo he recibido orden espresa de proteger á los predicadores evangélicos, que se han visto obligados á huir de Munster, y yo no sufriré que maltrateis á uno de ellos en mi presencia.

— Si esperais que os creeremos bajo vuestra palabra, respondió el sargento con tono irónico, esta vez estais en error. El sacerdote herege es mi prisionero.

— Miserable! gritó el capitan con una atronadora voz; cuando se duda de la palabra de un caballero, este no invoca por testigo sino su buena espada — Al mismo tiempo desenvainó la suya y dijo á su gente: camaradas zurradles la badana. Y al instante los

sables de los Hesses se levantaron y cayeron pesadamente, y como á compas, sobre las espaldas de los episcopales los que obligados por el número se viéron precisados á ceder, quedando los soldados del Langrave sentados junto á los jarros llenos de vino.

— A donde quereis que se os acompañe, señor doctor, preguntó cortesmente el capitan.

— Yo pienso ir á Cassel, respondió Fabricio, para dar cuenta al Langrave de mi mision. Si quereis darme un par de vuestros soldados hasta Paderbon, espero llegar sin accidente al término de mi viaje.

— Si lo permitis señor capitan, dijo el posadero, yo mismo conduciré al digno confesionista en mi carro hasta Paderbon.

— Bien dicho, respondió el comandante, y sus ojos se fijaron sobre Alf á quien divisaba con el cuchillo en su garrote, y que se preparaba á ponerse en marcha.

— Quien eres? le preguntó, con un tono imperioso.

— Un honrado oficial de armero, respondió Alf con arrogancia; yo voy

á Munster á buscar trabajo.

— A Munster? murmuró el capitán; en aquel nido de furiosos donde se maquinan todas las desgracias de este país? y justamente en este momento! luego tu eres de ellos?

— Baldon eterno á aquel que niega su creencia por temor de los hombres! exclamó Alf. Sí, yo soy un partidario del doble bautismo.

— Munster no tiene necesidad de armeros por ahora, replicó el capitán. Una arma bien afilada no podría servir á niños y á borrachos; se herirían, ó herirían á los demás: tú vendrás con nosotros á Walbeck, al cuartel general.

— Jamas! gritó Alf con viveza, y sacó el cuchillo.

— Perdonad á este atolondrado, dijo Fabricio poniéndose entre los dos. Su espíritu está atacado de una grave enfermedad, pero su corazón vale mas que su loca creencia. El ha espuesto su vida para defenderme de los episcopales, á pesar de la diferencia de nuestras opiniones. Permitid que se vaya en paz.

— Vos no sabeis lo que pedis, señor doctor, dijo el capitán descontento;

es posible que yo deje á este vigoroso jóven ir á aumentar el número de los rebeldes?

— Ah! los malvados, desencadenados en aquella desgraciada ciudad, son en bastante gran número, respondió Fabricio; creedme es de desear que se encuentren tambien entre ellos algunas buenas almas, que suavicen en secreto tantas miserias, y que se opongan de cuando en cuando al crimen. Toda la conducta de este jóven me dice bastante que su error no resistirá largo tiempo á las perversidades que tendrá á la vista y á la voz de la verdad que se encuentra en su alma, él puede ser algun dia un útil instrumento para la defensa de la causa de Dios. Dejadle partir, os lo pido por favor.

— Vamos, márchate, dijo con impaciencia el capitan, poniéndose á la mesa de los bebedores.

— Dios os recompense! exclamó Alf conmovido, apretando la mano de Fabricio contra su pecho. Vos me habeis evitado un asesinato.

— Que el Señor te ilumine, replicó el doctor, alzando su mano sobre la cabeza del jóven, como para bende-

cirle; nos volverémos á ver un dia mas satisfechos.

— Vos me hablais con tal seguridad, dijo Alf admirado, que pareceria que el error está de nuestra parte. Por mí, yo creo firmamente que se halla en la vuestra. En nombre del cielo, quien pues tiene razon en esta triste lucha?

— Si esta misma duda no te ilumina, hijo mio, le dijo amistosamente Fabricio, prueba tu nueva creencia sobre la piedra de toque del corazon y de la razon; llévala á la copela de la Santa Escritura, y busca la verdad con ardor; tú la hallarás.

— No, no, exclamó Alf, luchando consigo mismo: El espíritu divino, que habla por el órgano de nuestros *videntes*, no puede engañar; es Satanas en persona el que me ha inspirado esta culpable duda, yo la arranco y la echo léjos de mí, como está escrito, que se debe hacerlo del ojo que nos escandaliza. Yo estoy aun aquí en el reino del Antecristo, y su poder me obscurece la vista. Vamos, marchemos, para la region de la luz! marchemos para ganar la santa ciudad de Sion!

A estas palabras, el fanático se arrojó fuera de la sala; el digno Fabricio le siguió tristemente con los ojos.

Alf marchaba ya á grandes pasos sobre el camino de la ciudad, cuando oyó gritar á su espalda y vió al sastre correr saltando ácia él. — Llevadme con vos, paisano, pidió de un tono suplicante. Yo me he despedido del doctor, y estaria muy contento de volver á la ciudad con compañía segura.

— A donde os habiais metido desde el principio de la jarana, le preguntó Alf.

— Detrás de la estufa, caro compatriota, dijo el sastre riendo; y cuando los Heseses y Episcopales empezaron á venir á las manos, yo me escurrí debajo, á fin de que los dos partidos no me tomasen por un enemigo, y por no esponerme á recibir dobles trompazos.

— No teneis vergüenza de una tal conducta? dijo Alf, con desprecio.

— Pues porque he de tener vergüenza? prosiguió el sastre. Cada uno en su estado. Un armero, provisto de tan fornidos músculos como los que

Dios os ha dado, debe pegar sobre sus enemigos, lo mismo que sobre un buen pedazo de hierro viejo; este es su deber. Pero un miserable sastre, como yo, tiene el privilegio de retirarse en los asuntos de honor; y yo no iré á arriesgar mi patente por una valentía mal colocada.

— Entonces yo no concibo como un corazón de liebre como el tuyo, podrá respirar en Munster donde las cosas no se pasarán sin porrazos y sin tumulto.

— Ah! Yo no arriesgo ni un solo pelo de mi cabeza! exclamó el sastre, con un aire de satisfaccion; no soy yo acaso el compañero de taberna, y el cofrade del segundo de los profetas que gobiernan actualmente la ciudad. Mis negocios no podrán ir mal, y cuando el antiguo régimen será enteramente derribado, yo tendré alguna buena dignidad en el nuevo estado. Verdad es que mi estrella no me llama á ser general en jefe, pero yo llenaré el empleo de canciller ó de tesorero tan bien como cualquier otro.

— Esto sería lo que Dios podría hacer de peor en su cólera, exclamó

Alf, con una involuntaria risa.

— Por que soy sastre, no es verdad? preguntó con ademan ofendido, el futuro canciller: como os ciega el orgullo de vuestros nervosos puños, amigo mariscal. Creeis que todo depende de las dimensiones de los huesos aquí abajo? Nuestro gran vidente, Juan Bockhold de Leyden que era sino un sastre; y que papel desempeña en el dia, sin contar con el que tendrá en adelante? Pero aguardad, el fin del mundo no ha llegado aun. El tiene cabeza por veinte, y cuando corriamos de un lado á otro, como cómicos ambulantes, porque el trabajo no corriá, él declamaba y gesticulaba el papel de emperador ó de rey, atrayéndose el respeto de todo un público. Dadle el universo, que lo gobernará de modo que esto tomará otro aspecto.

— Un farsante, un mendigo, era el que estaba destinado á verificar la obra del espíritu en mi patria! dijo Alf, suspirando y tratando de alejar de sí penosas ideas.

En este momento se hallaron á las puertas de la ciudad. Todo estaba allí en movimiento por la actividad de los

vecinos de Munster. Se reparaban y levantaban las murallas, se abrian zanjias, y se cortaban estacadas; nuevos atrincheramientos, y nuevos baluartes se alzaban con rapidez, y el ruido de los martillos, el de las trullas, el de las azadas, y el de las palas resonaba sin cesar. Hombres de todas edades y condiciones, trabajaban como á simples jornaleros; las mugeres y los niños les ayudaban; y por el ardor que les animaba era fácil de ver que aquella muchedumbre estaba escitada á aquellos trabajos por el mas grande entusiasmo.

— No es verdad, Landsmann, dijo el sastre dando alegremente golpecitos á la espalda de Alf, que el obispo se romperá mas de un diente contra nuestras murallas ántes de podernos tragar?

— Que significa aquello? preguntó Alf, que no dió ninguna atencion á aquella charlataneria, y mostraba con el dedo unas grandes tablas de piedra, cargadas de letras, que estaban suspendidas á las puertas de la ciudad.

— Aquello son los mandamientos de nuestro segundo Moises, de nuestro gran Matéo, contestó el sastre, con una

inflección respetuosa. El los ha hecho gravar sobre piedra y fijarlos en todas las puertas de la ciudad, á fin de mantener el pueblo en el temor del Señor, y para que cada cual pueda conducirse segun sus preceptos.

De repente resonó por toda la ciudad el toque del tambor de alarma, y un prolongado y terrible grito, aquel grito de un furioso populacho, respondió á aquel llamamiento guerrero. Un sudor frio corria por las espaldas de Alf, porque le parecia que los rugidos del populacho pedian sangre.

— Los profetas convocan el pueblo á la asamblea, dijo el sastre, arrastrando á Alf consigo. Venid á escuchar lo que tienen que decirnos. Nosotros pertenecemos tambien á la comunidad, y tenemos derecho de manifestar nuestra opinion si nos conviene.

Se apresuráron á llegar al mercado donde se veia una infinidad de gentes cuyos murmullos y oscilaciones se parecian á una masa agitada por una tempestad. Este gentio se apresuraba particularmente junto á la iglesia de san Lamberto, donde se habia formado un círculo de hombres armados con

arcabuces, y alabardas, y de en medio del cual se oía á pesar del ruido general, elevarse algunas voces lastimeras.

Alf saltó sobre el guardarruedas del ángulo de una casa y sosteniéndose con el hierro de un farol, se puso á mirar ácia al círculo de la gente armada.

— Que es lo que veis? dijo el curioso sastre alzando la cabeza hácia su compañero.

— Un hombre de buena corpulencia, cubierto con una manta de lana ordinaria: es todo lo mas si su espesa barba y largo pelo me permitiese ver su cara. Dirige la punta de su larga pica contra un vecino bien vestido, que está de rodillas delante de él.

— Es nuestro gran Matéo, exclamó el sastre.

En aquel momento, una nueva masa de gente desembocó por aquel lado, y echó violentamente á Alf á bajo de su guardarruedas. El sastre se agarró á su brazo, por miedo de ser arrastrado por aquel tropel; y dijo murmurando: es con todo bien desagradable que el populacho nos impida el ver lo que hace el pueblo en el ejercicio

de su dignidad soberana!

— Bendito sea Dios, ya finalmente encuentro una persona conocida! dijo gimiendo una muchacha rúbia y estremadamente pálida, que agarró las manos del sastre.

— Si conservais aun alguna humanidad, buen armero, venid á salvarnos del mayor peligro. Vos teneis algun valimiento con Juan Bockhold, el vidente; por favor os suplico que vengais á implorar el perdon de mi pobre tio.

— De vuestra tio señora Clara? preguntó este penetrado de admiracion. Que es pues lo que le ha sucedido al maestro Trutlinger.

— Trutlinger, Huberto Trutlinger, el armero? exclamó Alf, lleno de emocion, mi antiguo, mi escelente amo! Que le ha sucedido?

— Ah! lo han arrastrado al tribunal del pueblo! dijo llorando la muchacha. Le acusan de haber hablado mal de los profetas.

— Es una mala causa, replicó el sastre; y en un caso tan grave, hay poco que esperar de una recomendacion.

— Con todo es preciso tratar de

salvar al excelente maestro y de consolar á esta buena muchacha, contestó Alf.

En esto se oyó un tiro de la parte de la iglesia, el que fué repetido por el espantoso eco de mil gritos que salieron á la vez de la muchedumbre — Dios mio! que es lo que he oido, exclamó la jóven muchacha con espanto.

— Yo temo que mi recomendacion no llegue demasiado tarde, dijo el sastre con un aire pensativo.

El círculo se rompió, y algunos ciudadanos lleváron sobre sus alabardas el cuerpo del que habia sido ejecutado. La sangre salia á borbotones de una herida de pica que habia recibido en el costado, y de la humeante llaga producida por el tiro; y sin embargo el desgraciado todavia respiraba; penosos resuellos se escapaban de su oprimido pecho, y sus dolorosas miradas se dirigian ácia el cielo. No poder morir, decia con una voz sufocada por los suspiros. Dios mio! tu castigas severamente mis faltas.

— Anímate, infeliz, exclamaba el horrible profeta que le seguia, el cielo me ha anunciado que la hora de tu

muerte no ha llegado aun. Dios ha resuelto derramar su gracia sobre tí. Volvedle á su casa, mandó á los que lo llevaban, á fin que los suyos le den socorro; porque Dios, nuestro Señor, no quiere la muerte del pecador, y sí solo su conversion,

— Apresuraos á llevarme á casa, dijo el moribundo con un tono suplicante: aquellas palabras de la Escritura me despedazan el alma en aquella boca, ellas son otros tantos sacrilegios.

Lo llevaron ácia su casa. Alf le siguió penetrado de dolor, y la pobre Clara anegada en lágrimas, se esforzaba en vano, durante el tránsito, en contener la sangre que salia á borbotones de su profunda herida.

Una muchacha jóven y de una belleza encantadora rucibió la fúnebre comitiva en el portal de la casa de Trutlinger. Su espeso y negro pelo cubria su animado rostro, matizado de los mas vivos colores; y sus miradas llenas de fuego, junto con su magestuoso talle le daban un aspecto imponente y amable á la vez. á pesar de la sencillez de sus humildes vestidos, los que el rigorismo de la nueva creencia habia

despojado de todos sus adornos. Ella reconoció con espanto á su desgraciado pariente, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos: sus manos se levantaron ácia el cielo, y por la inmovilidad de su dolor se parecia la imágen de la afliccion. Alf contemplaba esta aparicion con miradas casi devotas, y olvidaba la sencilla y silenciosa Clara.

— En nombre del cielo! Tio mio que es lo que os ha sucedido? preguntó sollozando, y conduciendo á los portadores á una sala baja donde pusieron al paciente sobre una cama

— Se ha burlado de nuestros profetas y de su santa mision, respondió uno de ellos. El profeta Matéo le ha juzgado en presencia de la comunidad.

— Dios tenga piedad de su pobre alma! murmuró el reunido pueblo, disipándose, y luego Alf se quedó solo con las dos muchachas y el moribundo.

— Cómo ha podido el Espiritu divino abandonáros hasta el punto de dejaros llevar á un pecado tan grave tio mio? dijo la muchacha de los ojos negros, que ayudaba á Clara á curar sus heridas.

— Silencio, insensata! exclamó el

anciano maestro, reuniendo sus fuerzas. Sí, efectivamente el espíritu me ha abandonado, pero ha sido el espíritu infernal de los miserables á quienes yo miraba en mi locura, como profetas del Todo-poderoso. Mi error se disipa juntamente con mi vida que se escapa por mis heridas, y veo con horror que mi pobre patria, engañada por estos impostores marcha á su eterna ruina.

— Dios mio! blasfema de nuevo, dijo llorando la muchacha. — No estamos solos, tio mio, añadió Clara con una voz llena de dulzura.

Trutlinger levantó sus abatidos párpados y tuvo largo tiempo sus ojos fijos sobre Alf; le reconoció al fin y trató de hacer un esfuerzo para sonreirse que su dolor hizo inútil. Sí, veo distintamente dijo, con una voz debilitada, este es un antiguo amigo delante del que no debo contenerme. Mancebo, me engañaría acaso, no sois efectivamente, mi antiguo aprendiz Alf Kippenbrock?

— Ciertamente que lo soy mi digno maestro, dijo Alf, acercándose y tomándole la mano mientras que las

lágrimas corrían á lo largo de su cara.

— El dedo de Dios está aquí, exclamó Trutlinger, y sus ojos chispearon con un nuevo fuego. Estas muchachas son huérfanas, su único protector baja conmigo al sepulcro; la idea que yo dejaba su inocente juventud abandonada en esta caverna de asesinos, me hacia encontrar la muerte demasiado penosa. Vos, Kippenbrock habeis sido siempre un muchacho activo y excelente; prometedme, con la mano unida á la de vuestro antiguo maestro, moribundo, que velareis sobre estas dos pobres criaturas, y que las defendereis, como vuestra mejor alhaja.

Alf, echó una compasiva mirada sobre aquellas que recomendaban á su proteccion. La muchacha de los ojos negros le dirigió una mirada llena de ternura; Clara bajó sus ojos azules hácia el suelo. El corazon del jóven se contristó; apretó la ya casi fria mano de Trutlinger, y exclamó: Yo os lo prometo.

— Dios te recompense! dijo el anciano agonizando; su cabeza cayó ácia atras. Su despedazado pecho luchaba contra la muerte. De repente abrió los

ojos con ademan inspirado, sus miradas se dirigieron ácia el cielo: Sí exclamó con fuerza y con un aire satisfecho: Sí, tú has perdonado los errores del hijo de los hombres! Yo veo tu luz eterna!... y espiró.

— Señor, no le juzgueis con vuestra severidad, dijo arrodillándose la jóven entusiasta.

— Mi segundo padre! exclamó Clara derramando un torrente de lágrimas, é inclinándose ácia el morimundo cuyos lividos lábios besó.

— No, gritó Alf, con un dolor mezclado de rabia, no, este juicio no ha sido dictado por tí. ¡Dios de clemencia y de bondad!

CAPITULO II.

EL dia siguiente por la mañana Alf fué á visitar á su primo Gerardo Kippenbrock. El buen viejo, de honrado carnicero habia pasado con aquella revolucion, á segundo Burgo-maestre de la ciudad imperial, libre de Munster,

sin saber casi como la cosa habia sucedido. Se adelantó con gravedad ácia el recién llegado, con su negro traje magistral, adornado con su gorguera de encaje y la cadena dorada, le presentó á un personaje flaco y seco, vestido del mismo modo que estaba en la mesa, y cuyos ojos ya casi apagados se animaban de un momento á otro, con una espresion de estravio.

— Tú encuentras aquí la mejor ocasion de recomendarte á la proteccion de nuestro primer Burgomaestre, el hermano Bernardo Kuipperdolling, dijo al jóven el viejo Kippenbrock. Alf se inclinó delante aquel hombre singular; cuyo acceso no le parecia muy amistoso.

— Kuippendolling echó sobre él una ojeada escudriñadora, y dijo con una voz sorda y monotoná: una hermosa creacion del Señor! Hermano mio, es tu primo? podrá llegar á ser baile en la ciudad de Sion.

— Dios me preserve de ello, señor Burgomaestre, replicó Alf; yo no entiendo nada de lo que exige este destino; haria poco honor á vuestra eleccion.

— El que está poseído del espíritu divino, no tiene necesidad de ciencia terrestre, dijo Kuipperdolling con un tono cortante.

— Por otra parte, estoy atado por un deber sagrado, dijo con inquietud el jóven que el peso de la dignidad que le ofrecían había espantado: yo he prometido al desgraciado Trutlinger sobre su lecho de muerte, de cuidar de sus sobrinas; y yo creo que no faltará trabajo, porque seis aprendices están ocupados á batir el ayunque en la fragua particular de su amo, y se hallan una porcion de obras principiadas.

— Déjale hacer su voluntad, dijo el viejo Kippenbrock á su colega. Le conozco desde su infancia. Es un espíritu arrebatado que no es hecho para gobernar un estado, ni súbditos; pero es un excelente armero, y en este tiempo en que nuestra salvacion descansa sobre la punta de nuestras espadas, un hombre tal nos será muy útil.

— Está ya bautizado? preguntó Kuinpperdolling.

— Vuestra fé se hizo la mia en Amsterdam, respondió Alf, pero he diferido mi bautismo hasta este dia,

porque deseaba recibir la inmersión santa, en mi ciudad natal.

— Nuestro orador, el hermano Roltomann, te preparará á esta ceremonia, dijo Kuipperdolling.

— Confío que el hermano tiene ya un fondo de principios, dijo un hombre, vestido con una sotana negra, de unas facciones atrevidas y marcadas. Yo haré, dentro pocos días, un gran bautismo en la aguas del Aa, y esperaré hasta entónces al catecúmeno en mi habitación.

— Nosotros le asistiremos en esta santa obra, dijo Kuipperdolling haciendo un señal de protección con la cabeza, yo y mi colega Kippenbrock.

El prosélito murmuraba algunas palabras de reconocimiento por este inesperado honor, cuando la puerta se abrió precipitadamente. Un jóven de la misma edad que Alf entró con un aire orgulloso. Su cara hubiera ofrecido alguna belleza sin la excesiva palidez y el desorden que se notaba en sus facciones, los grandes ojos que revolvía de un lado á otro, su erizado pelo, su gran cota de clin que apenas cubría la desnudez de su cuerpo le

daban un aspecto espantoso, y Alf no pudo ménos de acordarse con un santo temor del cuadro del tentador cuando trataba de seducir al Salvador en el desierto, que habia visto por largo tiempo sobre el altar mayor de la iglesia episcopal. Los asistentes se levantaron con respeto, y con las manos cruzadas sobre el pecho, se inclinaron profundamente delante del jóven.

— Ved ahí lo que dice el Espíritu divino por la boca de vuestros videntes, exclamó con gestos muy extraños: Haced proclamar por todas las calles de Sion, que todo el mundo debe llevar todo su haber en oro, plata y en cosas preciosas, y que lo deponga á los pies del gran profeta Matéo; porque nadie debe ser mas rico ni mas pobre en la tribu que el Señor se ha escogido, y todo debe pertenecer á todos.

— Amen! exclamaron los oyentes, y un sofocado suspiro que echó el rico carnicero, acompañó esta esclamacion.

— Un verdadero cristiano no tiene necesidad de ciencia, continuó el vidente; la palabra interior vale mas que la exterior. Todos los libros que el espíritu audaz de los hombres ha com-

puesto, son inútiles si contienen las verdades escritas en la santa Escritura; impíos si las contradicen. Jun-
tad todos los libros que se hallen en Sion á escepcion de la Biblia; los lle-
vareis al mercado delante de la Iglesia de san Lamberto, y los quemareis en una grande hoguera, haciendo de este modo un sacrificio agradable á Dios.

— Que sea hecha su voluntad, di-
jéron todos los oyentes á una voz, y con una humildad profunda.

— El que predicará contra alguno de sus preceptos, prosiguió el profeta, lanzando espantosas miradas sobre el auditorio, será herido de muerte.

— Amen, dijo temblando el coro; y el vidente volvió á salir con fiereza.

— Quien era aquel hombre? pre-
guntó Alf con timidez á su primo.

— Juan Bockhold nuestro segundo profeta, respondió este á media voz; el brazo derecho del gran Matéo.

— Todos los libros! dijo suspiran-
do, el orador Rothmann.

— Todo el oro y la plata, con-
testó el honrado Kippenbrock, y su
mano se dirigió involuntariamente ácia
su cabeza como para rascarse; pero se

acordó con tiempo, que este gesto no convenia á un burgomaestre, y la volvió á dejar caer á su costado.

— El Señor lo quiere, y la obediencia conviene á sus servidores, dijo Kuipperdolling á Kippenbrock. Haced proclamar los preceptos del profeta hermano mio. Yo todavia tengo mucho que trabajar para concluir el estado de los bienes de los emigrados entrados al comun.

Salió, Rothmann no tardó á seguirle — Todo el oro, toda la plata, murmuraba aun otra vez el viejo Kippenbrock, y se alejó á su vez.

— Dios me perdone si es un pecado, dijo Alf, viéndose solo; pero estos profetas me parecen espantosos, y jamas experimentaré simpatía con ellos.

CAPITULO III.

SE pasáron algunos dias en los que Alf, sin ocuparse en los negocios politicos, trabajaba sin descansar en el taller del difunto Trutlinger. La idea

de trabajar por el bien estar de la hermosa Elisa, le animaba de un nuevo ardor; y á pesar que no hubiese todavía recibido ninguna demostracion de ternura, las ojeadas de amistad que obtenia de tiempo en tiempo, eran suficientes para alimentar su esperanza. En cuanto á la pobre Clara, jamas su protector habia aun encontrado las miradas llenas de dulzura que ella no se arriesgaba á lanzar sobre él sino furtivamente.

Un dia, el salvage ruido del tambor llamó de nuevo á la plaza á todos los que estaban en estado de llevar las armas. Obedeciendo Alf á aquella llamada, se equipó lo mismo que sus trabajadores, con las armas de su taller, no tardaron en estar prontos á partir, cubiertos de limpias armaduras, de brillantes yelmos, y provistos de alabardas y de buenas espadas.

— Vais á pelear, Kippenbrock, preguntó Elisa con el tono mas amistoso y apretándole la mano por la primera vez, mientras que Clara se mantenia algunos pasos y lloraba en silencio.

— Y con mucho ánimo, querida

muchacha, contestó Alf tiernamente, si vuestras oraciones acompañan al nuevo soldado en su primera expedición.

Vais á pelear por la palabra, exclamó Elisa inflamada: el espíritu está con vos, debeis vencer!

Cuidad de vuestra vida, murmuró la tímida Clara con una voz tan baja que apénas se pudo entender; y Alf se alejó apresuradamente con sus oficiales.

El punto de reunion que era delante de san Lamberto estaba ya lleno de vecinos que habian acudido para obedecer las órdenes de sus profetas. A un lado se veia levantar ácia al cielo una gran llama que consumia los pobres libros de la ciudad, y al otro dos Diaconos de Munster recibian las alhajas que se presentaban como ofrenda.

Dos adivinas, gitanas, que su oficio habia iniciado muy por menor de los asuntos domésticos de la ciudad, ejercian una especie de inspeccion en este negocio, y acusaban públicamente á los que ponian alguna restriccion al sacrificio que les habian impuesto.

Durante este tiempo, los batallones

de los Anabatistas se habian reunido y puesto en órden, Matéo se presentó vestido con su cota de lana parda, los ojos inflamados de cólera, la boca espumante, y teniendo en la mano su pica todavia manchada con la sangre del desgraciado Trutlinger

— El hijo único del antecristo, vociferó Matéo, el sacerdote de Baal que en otro tiempo reinó tiránicamente sobre vosotros, ciudadanos libres de esta ciudad, viene á presentarse de nuevo delante de nuestros muros con sus mercenarios. Ya ha establecido su campo al rededor de la ciudad, y si le dejamos tiempo para concluir sus circunvalaciones, aquellos santurrones que no se atreverian á batirse con nosotros, hombre á hombre, nos rendirán por hambre. Escuchad pues lo que dice el Espíritu: levántate Mateo; ciñe tu espada al rededor de tu cintura, toma contigo quinientos hombres de la tribu, sal con ellos y estermina aquellos impíos; porque yo les entrego este dia á tus manos. Levantaos pues hermanos míos, que el que sea verdaderamente fiel á nuestra santa causa, el que no quiera doblar su frente bajo

el yugo del impío. salga delante de las filas; el Señor le ha escogido para defenderle, y los escuadrones enemigos se disiparán delante de su brazo, como el humo.

Durante este discurso, Alf habia sostenido un rudo combate consigo mismo; porque anelaba batirse con los Episcopales que aborrecia con furor en su fanatismo, y al mismo tiempo sentia un horror profundo hácia los profetas bajo cuyas órdenes iba á pelear.

— Finalmente el pensamiento de volver vencedor junto á la bella Elisa, ganó, y cuando se hizo oír el retumbante *amen* del profeta, el jóven se precipitó fuera de las filas. Todos sus aprendices le siguiéron, y la corporacion entera de armeros y herreros imitó á estos últimos. Su decision arrastró la corporacion de los demas trabajadores en hierro; los carniceros se unieron al sobrino de su síndico, y pasando el ejemplo de unos á otros, el número de elegidos no tardó en ser mucho mayor, y quinientos voluntarios se encontraron formados en la plaza, prontos á marchar al combate.

— Tú has sido el primero que te

has presentado, dijo Matéo á Alf. sé pues tambien el primero en el ejército despues de mí, y guíalo en calidad de mi primer teniente.

El orador Rothmann fue á su vez á estrechar al jóven en sus brazos y exclamó: Tú hoy debias ser admitido en nuestra alianza por medio de la inmersión santa pero marcha á los trabajos mas importantes á los cuales el Señor te llama; y si tú sucumbes en la lucha que vas á presentar por la causa de Dios, tú recibirás el bautismo de sangre, que segun los preceptos de la primitiva iglesia, es aun mas eficaz que el otro por la remisión de los pecados.

— En este instante Matéo empezó á cantar: »Ven Espíritu Santo, ¡oh Señor Dios"! Toda la poblacion repitió estas palabras gritando bajo el mismo tono, y siguió al profeta que con la espada alta, la cabeza descubierta y sin coraza, abrió la marcha dirigiéndose hácia la puerta de la ciudad.

— Alf marchaba despues de él á la cabeza de los batallones que cantaban á coros. Apénas habian dejado á

sus espaldas las últimas obras exteriores, que una partida del ejército enemigo, les salió al encuentro; esta se adelantaba con la idea de probar de tomar la ciudad por asalto.

— Los Episcopales no quedaron poco sorprendidos apercibiendo una fuerza tan considerable, que á juzgar por los armeros que armados de corazas formaban la vanguardia, les parecia perfectamente bien equipada.

— "Dirijamos nuestras oraciones al Espíritu Divino" exclamó de nuevo Matéo con una fulminante voz, entonando otro cántico que su tropa repitió alegremente. El profeta todo cantando, se echó con la pica en la mano en las filas enemigas. Alf combatia á su lado, y fiel al deber que se habia impuesto, hacia de su armadura un escudo al profeta cuyo cuerpo medio desnudo, se presentaba sin defensa á los golpes que le dirigian de todas partes. Los Anabatistas, sin interrumpir su canto, se habian arrojado valientemente tras sus huellas con todo el furor de los fanáticos. Las mercenarias tropas del obispo espantadas de este imprevisto y fuerte ataque, y que

la idea del desprecio de la muerte no cegaba como á sus enemigos, hiciéron una debil resistencia. Pronto se les vió ceder y ponerse á huir aceleradamente ácia su campo.

— El Espíritu nos ha oído, hermanos, exclamó Matéo. Ahora cantemos, de su caverna la bestia de las siete cabezas cuyo nombre es *condenacion*; derribemos la gran Babilonia de su silla dorada, y echemos las dos en la caldera de fuego que hierve con azufre, y se puso a rugir con un tono lúgubre este grito de esterminio: Dran! dran! dran! que era el señal del asesinato con el que se inflamaban en otro tiempo, en sus horrorosas guerras los desgraciados labradores de Alemania bajo las órdenes de los Munzer y de los Metzler — Dran! dran! dran! rugia sin cesar el profeta arrojándose sobre los Episcopales, y su pica degotaba sangre de los Católicos que se dejaban degollar casi sin pelear — Dran! dran! dran! repitiéron los Anabatistas imitando su ejemplo, y en pocos instantes habian tomado las estacadas del campo detras de las que encontráron un gran número de gente armada.

— Victoria ó muerte! exclamó Alf á quien inflamaban los gritos de los combatientes, y que subido sobre la trinchera, con su alabarda en la mano, parecia un ángel exterminador en medio de los Episcopales que hacia caer á su alrededor. Escitados por las continuas exortaciones de Matéo, los Anabatistas se avanzaron con valor dentro el campo, y rechazando con ardor las gentes del Obispo, no tardaron en penetrar hasta delante una tienda ricamente adornada, sobre la que flotaba el estandarte episcopal.

— Esta es la caverna del Antecristo, gritó Matéo, y se precipitó dentro la tienda, mientras que Alf acababa de arrojar á los enemigos del campo. Cuando hubo cesado de perseguirlos, oyó, volviendo cerca de la tienda episcopal, lastimosos gritos que salian de ella. El joven se apresuró á penetrar en ella, y al principio sus miradas encontraron al horrible profeta que heria sin piedad á los indefensos criados del obispo. Ya el suelo estaba sembrado de cadáveres, y dos hermosos pages estaban de rodillas á los pies del fanático, con los ojos cerrados, que no aguardaban sino

el golpe mortal.

Alf agarró con vigor la pica que tenia levantada — Tú me has nombrado teniente de tu tropa, hermano Matéo, le dijo con severidad; yo no debo pues sufrir que des un mal ejemplo á mis soldados degollando á niños sin defensa, que seria mejor hacer prisioneros, á fin de tenerles en rehenes, y de conducir sus almas al cielo regenerándolos por medio del agua del segundo bautismo. Por otra parte nosotros no tenemos tiempo que perder. Los fugitivos han llevado la alarma en el otro campo, y nuevas tropas se dirigen contra nosotros. Apresurémonos á volver á Munster, y de poner nuestro botin en seguridad.

— Tú dices bien, hermano, exclamó el profeta dominado por la audacia del jóven. Tú entiendes la guerra. Haz reunir nuestras gentes y marchemos; pero llévate contigo esta jóven nidada del dragon; me respondes de ellos con tu cabeza. Quiero bautizarlos mañana yo mismo delante de todo el pueblo.

El ruido del tambor reunió á los Anabatistas que se ocupaban en saquear las tiendas. La tropa cargada con un

rico botin volvió ácia la ciudad, y los batallones del obispo que corrian al socorro del cuartel del campo que aquellos habian atacado, llegaron aun bastante á tiempo para ver las últimas filas de los sitiados, que entraban por la puerta de Munster.

CAPITULO IV.

UN inmenso gentío fuè al encuentro de los vencedores para felicitarles. Las jóvenes de la ciudad se avanzaron tambien delante de ellos, cantando en coro un alegre *hozanna*; el vidente Juan Bockhold iba á su cabeza, vestido de blanco y llevando en sus manos ramas de tejo. Alf se sentia todo conmovido pensando que bocas tan bonitas cantaban sus alabanzas; pero la idea que este lisongero recibimiento se dirigia igualmente á Matéo, no tardó á inspirarle ideas melancólicas; y se puso á marchar á la cabeza de sus milicianos, con un aire taciturno. Los batallones hicieron alto en la plaza del

mercado. El botín fué inmediatamente depositado como un bien común en la iglesia de san Lamberto, los páges del obispo fuéron entregados al orador Rothmann, para prepararles á convertirse, y los soldados licenciados llenos de alabanzas. Ya las sombras de la noche empezaban á estenderse cuando Alf acompañado del resto de sus aprendices, cuya mitad habia quedado en el campo de batalla, entró en casa de Trutlinger.

Fué recibido en la puerta principal, que estaba adornada con un haz de ramas de tejo, por la bella Elisa que salió á su encuentro con una dulce sonrisa.

— Sed bien venido, valiente soldado de Cristo, exclamó, y desprendiéndose de toda la timidez virginal, le abrió sus brazos.

— Querida Elisa, tartamudeó Alf, en la embriaguez del segundo triunfo que tan inesperadamente acababa de conseguir, y apretó con fuego á la seductora muchacha contra su coraza; y á pesar del incómodo casto, su boca buscó la de su pupila, y sus ardientes labios quedáron unidos algunos instantes

con el doble ardor del fanatismo y del amor que en su ceguedad tomaban por una pasión lícita.

En aquel momento, un hombre pequeño, con la cara amarilla y descarnada, se presentó á la puerta; llevaba sobre los andrajos que apenas le cubrían, una capa rota, de un color que habia sido negro. Con sus pequeños ojos pardos y brillantes de picardía echó una amistosa mirada á la tierna pareja, y alargando en seguida á Alf una cadaverica mano exclamó con una voz ronca: — Hermano esta noche te he visto, en sueños, combatiendo y triunfando por la causa de Dios, y mira, mi vision se ha realizado, y el Señor cuyo servidor eres, ha hecho cosas grandes por tu medio, por tanto mantente bueno y conserva buena esperanza, porque el Espíritu te ha elegido para grandes cosas y su nombre será glorificado por tí en la ciudad de Sion — Despues de estas palabras el cadaverico profeta se alejó con una ridícula magestad. Alf le siguió con la vista, y pasando su mano por la frente, dijo, se me figura algunas veces desde que he regresado á mi buena patria, que he venido á una

casa de locos, en la que todos los insensatos están á sus anchuras. Quien es pues este hombre singular?

— Johannes Tuiskoschier, contestó Elisa con un tono de reprension; un platero arruinado, pero un grande hombre desde que el Espiritu ha entrado en él: ha edificado el comun con sus piadosos discursos y sus divinas profecías; y despues de nuestro gran Matéo, Johannes es ahora primer profeta de Munster.

— Gran Dios! que cantidad de profetas! dijo Alf suspirando, miéntras que Elisa le conducia á la sala.

La rúbia Clara estaba sentada junto á una mesa preparada con gusto, é iluminada con altas bujías de cera. Los flotantes bucles de su ensortijado pelo se escapaban á lo largo de sus blanquísimos vestidos; su cabeza se apoyaba lánguidamente sobre su mano derecha, y de sus ojos llenos de tristeza, se escapaban algunas lágrimas.

— Y vos no me dais la bienvenida, querida Clarita? preguntó amistosamente Alf; es con lágrimas que celebrais nuestra victória?

Clara miró dolorosamente al jóven

— No te enfades querido Alf, le dijo con un tono lleno de dulzura; cada gota de sangre que se derrama en esta horrorosa guerra de opinion, cae como una gota de veneno sobre mi corazon. Siempre la memoria de mi pobre tio me persigue; él tambien fué degollado por esta nueva creencia, y yo no sé aun si la debo mirar como la verdadera palabra de Dios, ó como una heregia abominable.

— Deja á esta loca, dijo Elisa á Alf llenándole su vaso; su entendimiento no está abierto á la luz, está encadenado en las tinieblas. Ella no ha aprendido aun á sacrificar con alegría sus mas tiernas inclinaciones sobre el altar del Señor.

— Dios me preserve de esta alegría! dijo en voz baja Clara suspirando. Elisa apoderándose con viveza de la mano de Alf, lo llevó junto á ella sobre una camilla; los mancebos tomaron su puesto frente de la tierna pareja, y se pusieron á hacer honor á la comida. Se habló largamente de la espedicion que se acababa de hacer, y todo prodigando elogios á su valor, la bella Elisa hacia circular los generosos vinos del Rin

del viejo Trutlinger : Alf olvidó prontamente las ideas siniestras que le inspiraban el estado de los asuntos de la ciudad , y no pensaba en otra cosa , sino en entregarse al dulce sentimiento que le agitaba.

Los aprendices hicieron aun por largo tiempo grandes y copiosas libaciones , y al fin tratáron , perturbados por los humos del vino , de coger sus camas. Alf y Elisa continuáron á conversar , sucediéndose prontamente las caricias á los amorosos coloquios que no tardáron en sumergirlos en los delirios de un amor culpable. En cuanto á Clara , con la cabeza tristemente apoyada sobre su brazo , contemplaba el dichoso par , con los ojos cargados de lágrimas.

De cuando en cuando un sufocado suspiro se escapaba de su corazon , y lo comprimía con fuerza , como para desechar un vivo dolor. La segunda hora de la noche tocó en la torre de san Lamberto , y los dos amantes estaban todavía sentados uno junto á otro , con los brazos entrelazados , y los ojos llenos de pasión. Clara se levantó de su sitio , tomo de sobre la

mesa una de las bujías de cera, casi enteramente consumidas, y dijo á Elisa afectando un continente tranquilo: hermana es ya tarde, voyme á dormir, que no vienes conmigo?

No recibió respuesta porque Elisa nada oía ni veía, sino á su amante.

— A Dios! marmuró en voz baja la pobre muchacha, y se metió tristemente en su solitario cuarto.

CAPITULO V.

Los primeros rayos del dia halláron á la jóven pareja, dormida en la camilla, al lado uno de otro. De repente un tumulto exterior despertó al jóven. Quedó algun tiempo inmóvil contemplando en su sueño aquella hermosura. Finalmente, se inclinó poco á poco, y la despertó con una caricia, — Querido Alf, marmuró ella con ternura.

En aquel momento entro Clara á la que el ruido de la calle habia despertado lo mismo que Alf. A su vista

Clara se cubrió la cara con sus dos manos, y se escapó arrojando un grito de espanto y de dolor.

— Era mi hermana! exclamó Elisa levantándose espantada, y separando de su cara los bucles de su negro y en-sortijado pelo.

— No tengas temor, vida mia, dijo Alf con cariño; en seguida de mi bautismo el hermano Rothmann bendicirá nuestra futura union y la debilidad de la desposada encontrará un juez lleno de indulgencia en el espíritu de gracia que domina sobre la nueva Sion.

— Esto es lo que voy á decir á esta loca, exclamó Elisa con viveza, á fin de que cese de ofenderme con su frio silencio, que es el arma que emplea siempre que no estamos acordes.

Se entró á su cuarto. Alf se levantó para ir á su obrador; encontró en la puerta á su compañero de camino el Sastre.

— Que profeticé? preguntó este sentándose sin cumplimientos en la mesa que todavía estaba cubierta de la noche anterior. — Que profeticé? preguntó de nuevo, trinchando una soberbia lomja

de un magnífico jamon que tenia cerca. En seguida, echando una buena cantidad de vino del jarro al vaso, y tragándolo de una vez, preguntó por tercera vez: pues bien! que profeticé?

— Esto es lo que sabe el diablo! exclamó Alf con impaciencia: de tantas maneras se profetiza en el dia en Munster, que ya me tienen vuelta la cabeza.

— Yo lo habia dicho de antemano, prosiguió el Sastre con un tono patético, que mi querido hermano, el vi-dente Juan Bockhold, un dia llegaría á ser un gran personaje en el mundo. Vos no queriais creelo porque orgulloso de la fuerza de vuestros puños, no haceis gran caso de un sastre; pero ahora teneis que aquel sastre es vuestro gefe y vuestro señor absoluto, y que tiene sobre vós el derecho de vida y muerte.

— Habeis vaciado vuestro vaso demasiado pronto dijo Alf irritado; ya estais borracho, y me haceis perder una hermosa mañana con vuestros cuentos.

— No son cuentos, murmuró el Sastre con la boca llena; aunque os

costase perder la cabeza. Hoy al despuntar el día, el profeta Matéo ha reunido el pueblo en el mercado, mientras que dormiais vergonzosamente; allí declaró que iba á hacer una salida con un puñado de gente para batir como Gedeon el ejército de los impíos. Llamó solamente á treinta hombres del pueblo, y marchó con ellos ácia el campo del Obispo. Pero yo no sé si habia interrogado bien al Espíritu, ó si el Espíritu le habia bien contestado; en pocas palabras, si alguno fué batido, este no fué el ejército de los impíos, pero si el buen Gedeon con sus treinta hombres. Ni uno tan solo ha vuelto, y cuando he llegado á la plaza he encontrado el pueblo furioso de haber perdido su gefe de un modo tan deplorable, y algunos bocarrubios hasta osaban asegurar que el gran Matéo no habia estado muy seguro de su empresa. Pero Juan Bockhold se adelantó y habló al pueblo. Dios mio! que palabras no ha empleado para apaciguar y reanimar los ánimos. Habia ya sabido por el Espíritu la muerte de Matéo, que debia como un segundo Macabeo, caer peleando por la salvación de su pueblo;

y así todo iba bien, y no podía suceder de otro modo. Inmediatamente nos pusimos á proclamarle en el mercado por nuestro gefe; y ya manda que es maravilla, con mucha mas firmeza que su predecesor Matéo. Su máxima es: Se debe elevar á los que se humillan, y humillar á los que se elevan. Por lo que hace arrasar las iglesias y ponerlas al nivel del suelo, porque son los edificios mas elevados de la ciudad. Pero como esto seria un poco fastidioso y que tenemos necesidad de los brazos robustos para defender nuestros muros, nos limitaremos por de pronto á saquear un poco las casas de Dios, aguardando que su última hora haya tocado.

— Saquear de este modo las iglesias dijo Alf suspirando: esto es horrible.

Se oyó nuevamente un gran tumulto. Un tropel de gentes pasaba debajo las ventanas corriendo aceleradamente. Detras venia un hombre enteramente desnudo, saltando con la boca llena de espuma y haciendo mil contorsiones — Ved ahí el rey de Sion! gritaba el pueblo que se agolpaba á su alrededor. Alf herido de estupor se alejó de la ventana.

— Quien es este insensato furioso? preguntó al Sastre despues de algunos momentos de silencio.

— No le conoceis? respondió este. Es nuestro gran profeta Juan Bockhold, es el mismo. El Espíritu ha venido á él, es preciso que corra para ver lo que vá á hacer.

Saló — Y este hombre vá á gobernar Munster! se dijo Alf con inquietud; esto no puede acabar en bien.

CAPITULO VI.

EL último golpe de fanatismo que habia tenido á la vista, habia producido en Alf una impresion tan profunda que cesó de solicitar el segundo bautismo que debia liarlo mas estrechamente con los gefes de los profetas. Desde entonces, con el pretesto de entregarse á los trabajos que necesitaba el armamento de los ciudadanos, se dispensó, á pesar de su adesion á la nueva doctrina, de asistir á las asambleas generales en las que los videntes, se en-

tregaban á todas sus acostumbradas extravagancias.

No vivia sino en su taller y con su Elisa cuya inagotable ternura abria cada dia un nuevo manantial de delicias. En cuanto á Clara, parecia mirar el dichoso par con un ojo tranquilo; solamente su tristeza y su palidéz iban en aumento.

Esta circunstancia no pudo escapar, á la benévola alma del buen jóven, y un dia que encontró á la pobre muchacha sola, sentada junto á su torno, se sentó á su lado, y le dijo con dulzura: — Que es lo que puede entristecerte así, Clará mia, hermana mia querida?

— Ah! no me llameis así, Kippenbrock dijo Clara con tristeza, y retirando la mano de la que Alf se habia apoderado.

— Y porque reusar este nombre? preguntó admirado. No puedo llamarte mi hermana, yo que soy tu hermano en nuestra fé, y el futuro esposo de mi querida Elisa?

La jóven muchacha levantó ácia él unas miradas que espresaban un dolor profundo; vos volveis á abrir una llaga

muy dolorosa, Kippenbrock, le dijo, pero vos no sabeis el mal que me haceis, y yo os lo perdono de todo corazon.

Yo no te comprendo, dijo Alf; pero te veo siempre afligida, y no puedo soportarlo por mas tiempo. Yo me encuentro tan dichoso al lado de tu hermana que quisiera que todo el mundo lo fuese igualmente á mi alrededor. Abreme pues tu corazon, querida muchacha, y está segura que yo haré todo esfuerzo para mitigar tus penas — Confiarme á vos? á vos? exclamó Clara fuera de sí y procurando escaparse.

Pero el fogoso jóven la detuvo con fuerza entre sus brazos. — No querida Clara, dijo, yo no te dejo hasta que me hayas abierto tu corazon. Por el Dios eterno, tu dicha me interesa.

Clara suspiró profundamente, sus miradas llenas de ternura, se pasaron sobre las de Alf; é imposibilitada de combatir por mas largo tiempo su corazon, ella se precipitó sobre su pecho.

En este momento se abrió la puerta y el diforme Tuiskoschirer, envuelto en su rota capa, se adelantó ácia ellos.

— Jesus! exclamó Clara aperciviéndole; y arrancándose de los brazos de Alf huyó precipitadamente.

El hombrecillo la siguió con los ojos hasta que se hubo alejado, y adelantándose con paso grave delante de Alf, le dijo con una voz enronquecida, y con un gesto espantoso: Quieres ser rey de Sion, hermano mio?

— Yo rey de Sion! replicó Alf lleno de sorpresa. Que quereis decir?

— Yo te pregunto, gritó de nuevo Tuiskoschirer, si quieres ser rey en la nueva Sion, que ántes llamaban Munster bajo el reinado del Antecristo.

— Yo reinar en Munster, dijo Alf, riendo; es un proyecto bastante extravagante; y me parece que ni uno, ni otro somos hombres de ejecutarlo.

— Espíritu tímido, exclamó Tuiskoschirer encolerizado, no sabes que es necesario que los primeros sean los últimos y que á su vez, los últimos sean los primeros? Nosotros no somos sino el barro en manos del Alferero. El Espíritu acaba de ponerse en este momento á trabajar para amasar un rey, y es á tí á quien quiero hacer elegir porque eres un valiente soldado,

un buen jóven, y que tú gobernarás el pueblo con toda la firmeza y dulzura necesarias.

— Ah! dejémonos de tonterías, dijo Alf, y pasemos á otras; y Juan Bockhold tendria mas de una reclamacion que dirigir contra el nuevo rey.

— Juan Bockhold, replicó Tuiskoschirer, es una pluma que puede alzar el aliento de mi boca. El bien ha sabido proponerse por rey, pero en esto no habrá hecho sino servirte si quieres aceptar el cetro. He profundizado á este vidente; tiene el furor, y no el valor; y es un hombre intrépido que necesitamos para ocupar el cetro.

— Pues que es seriamente que me haces esta proposicion, dijo Alf, debo tambien responderte sobre el mismo tono. Yo no me siento llamado á gobernar un estado; y cargarme con un empleo por el que no me siento ninguna vocacion, es de lo que Dios me preserve en su misericordia!

— Pobre loco! exclamó Tuiskoschirer; el reinar es una cosa tan dulce como fácil.

— Pero el dar cuenta allí arriba

de un mal reinado, es una cosa tan amarga como difícil, respondió Alf. No, busca otro rey.

Por toda contestacion, Tuiskoschirer separó los girones de su capa y descubrió una magnífica corona real, artísticamente trabajada, del mas fino oro, cargada de diamantes, rubies, esmeraldas y záfiro. El viejo platero la agitaba en todas direcciones á los rayos del sol, y las chispas que despedían las piedras de que estaba adornada, reflejaba sobre las paredes todos los colores del arco Iris, y herían con tanta vivacidad las miradas del honrado armero, que sus ojos no pudieron soportar el brillo.

— Todo lo que poseo sobre la tierra, dijo Tuiskoschirer, lo he empleado para la confeccion de esta corona. He puesto toda mi ciencia y he empleado mis vigiliass en esta obra en un tiempo de tinieblas, á fin que un dia el Espíritu coronase con ella el nuevo rey de Sion. Te he escogido entre mil; pronuncia una sola palabra, y coloca sobre tu cabeza este bello adorno que con la ayuda de Dios sabremos afirmar. El jóven contempló

por algunos instantes aquella brillante corona, y sintió despertarse en su corazón algún deseo de alargar la mano para recibirla, pero su excelente organización triunfó de aquella debilidad.

— Léjos de mi seductor! exclamó de repente con energía; y obligando al profeta á colocar de nuevo la corona bajo su capa, y tomándole por las espaldas le puso fuera de la casa.

— Tú te arrepentirás un día, le gritó el hombrecillo, y se alejó con precipitación.

CAPITULO VII.

ALGUNAS horas mas tarde, uno de los aprendices de la fragua fué á anunciar á Alf que trabajaba en el obrador, que el señor Dilbeck, uno de los doce, deseaba verle y hablarle. Admirado de la visita de un hombre cuyo nombre y destino le eran igualmente desconocidos, se fué á su cuarto donde encontró, vestido con el venerable traje negro de juez, con las espaldas sobre-

montadas con una enorme gorguera, una gigantesca espada colgada á su cintura, al salpicante Sastre que habia viajado con él, el dia de su llegada á su ciudad nativa.

— Como no dudo que os intereseis por mí, mi estimado camarada, dijo el nuevo magistrado farfullando con un tono de importancia, yo no he podido ménos de participaros en persona que lote me ha caído por la gracia del Espíritu divino.

— Que significa este disfraz? dijo Alf de mal humor, quitaos este vestido de loco; bajo mi palabra ella no siente al aire de vuestra cara.

— Observad el respeto conveniente, amigo mio, replicó Delbeck con gravedad; el traje magistral realza á un hombre, y mi deber es, el de llevar este, en mi calidad de uno de los doce jueces de Israel.

— Vos! vos juez? dijo Alf echándose á reir. Ved y buscad algun tonto que os crea.

— Vos sois y sereis siempre el incrédulo Tomas; dudais de todo lo que no podeis tocar con vuestras patas. Yo os digo, que vengo del mercado, donde

el pueblo ha organizado el nuevo tribunal.

— Y los Burgomaestres, y los consejeros que nos han gobernado hasta ahora? preguntó Alf.

— Depuestos, todos depuestos! respondió el Sastre, que se paseaba por el cuarto, examinándose con placer. Vuestro primo corta de nuevo sus bueyes y sus cerdos en persona; y el buen Kuipperdolling, que es un sabio, y que por consiguiente no se sabría á que emplearle; ha sido gratificado con el honorífico empleo de verdugo; porque es preciso que todo el mundo viva.

— Buen Dios! exclamó Alf, que significan todos estos cambios.

— Esta sábia organisacion viene de nuestro primer profeta, le contestó el Sastre magistrado. Desde que por la inspiracion del Espíritu, ha corrido las calles de Munster en estado de pura naturaleza, no se le ha podido arrancar una sola palabra. y ha hecho conocer por escrito que conservaria el silencio por tres dias. Espirado en término, ha venido á anunciar al pueblo los nuevos mandamientos del Espíritu. Inmedia-

tamente el consejo se ha despojado dócilmente de sus funciones, y hoy he sido instalado con mis colegas.

Que Dios me conserve mi entendimiento! Esclamó Alf; yo corro riesgo de perderlo en medio de todas estas locuras, y de estos movimientos perpetuos.

— Paciencia dijo el Sastre con misterio; las cosas irán aun mejor de lo que ván. Yo sé que se prepara mas de una cosa y nuestro Juan no es hombre de pararse á la mitad de su camino. Acordaos de lo que os dije cuando caminábamos juntos: el fin del mundo aun no ha llegado! Pero por ahora es necesario que os deje. Nosotros los doce jueces estamos convidados á la boda del primer profeta que se casa hoy con la hermosa viuda de su predecesor, el gran Matéo. — A dios! yo siempre estoy bien dispuesto por vos, y si, en adelante, debo subir mas arriba en la escala de la fortuna, encontrareis en mí un buen protector.

Despues de algunos infructuosos esfuerzos para hacer pasar con dignidad su persona, y su largo espadon por la estrecha puerta del cuarto, el nuevo

magistrado se alejó con una gravedad grotesca.

— Viendo que semejantes entes ocupan los bancos del tribunal, se dijo á sí mismo Alf, encogiéndose de hombros, empiezo á arrepentirme de no haber aceptado la corona que me ofrecía aquel viejo insensato; yo hubiera tenido á lo ménos el poder de oponerme á todas estas extravagancias.

CAPITULO VIII.

ALGUN tiempo despues Alf estaba sentado con Elisa en la sala, Clara hilaba en silencio junto á una ventana y mojaba su hilo con amargas lágrimas; de repente la puerta se abrió bruscamente y entró un vigoroso soldado de á caballo, y tendiendo la mano á Alf, le gritó con un tono festivo: Dios te guarde, mi antiguo camarada de escuela! me reconoces.

— Haenslein de la Calle Larga! exclamó Alf abrazando cordialmente á su amigo de la infancia. Seas bienvenido á Münster.

— Haenslein de la Calle Larga? dijo la bella Elisa con sorpresa, me engañaría acaso; me parece que estabais en el partido del Obispo?

— Sin duda, replicó Haenslein; y de corazon y alma hasta anteayer; pero tuve una disputa con un sargento de armas, miéntras bebíamos juntos y le apliqué mi oja sobre el cranco, de tal modo que pienso que no volverá en sí jamás. Como tengo apego á la vida lo mismo que cualquier otro, salí del campo sin ruido, apreté espuela para reunirme á vosotros, y he venido á hacerme lavar la cabeza una segunda vez por vuestro orador; ahora echaré tajos á derecha y á siniestra sobre mis antiguos compañeros de armas.

— Si el primer profeta os encuentra digno de ser recibido en nuestra comunidad! dijo Elisa con un tono de mal humor, vivamente escandalizada de las palabras libres del desertor.

— El noble Sastre ya me ha recibido con los brazos abiertos, replicó Haenslein; he sido nombrado capitán de la séptima compañía y estoy alojado en casa del burgomaestre y verdugo Kuipperdolling, en cuya casa hay vino

y muchachas á discrecion.

Elisa se levantó encolerizada, y sin decir una sola palabra, é hizo señal á Clara de seguirla.

— Que par de caras tan bonitas! dijo Haenslein siguiéndolas con ansiedad

— Y tú mortal dichoso, tú serás probablemente tú serás el favorito de estas dos niñas?

— Estoy desposado con la mayor, replicó Alf, y conozco mi deber.

— Un Anabatista que se hace el escrupuloso! prosiguió la buena pieza. Créeme, obsequia á las dos; si alguno te busca quimera, tú puedes con toda seguridad, citar el ejemplo de nuestro primer profeta.

— Es imposible! exclamó Alf con horror. Clara entró, colocó delante de Alf un jarro de vino y dos copas y se retiró.

Haenslein la habia examinado con atencion y cuando hubo salido dijo á su amigo: — Vamos, hombre discreto, una y otra te aman, no te disculpes. Te he encontrado al lado de una, y la mirada que la otra acaba de echarte; me dice bastante por su cuenta.

— Te digo que te engañas! exclamó

Alf lleno de impaciencia y llenando las copas; no me fastidies mas con tus majaderías, mas vale que bebamos por el triunfo de nuestra buena causa.

—Con mucho gusto! continuó Haenslein tocando los vasos y vaciando el suyo, á pesar de no estar aun muy acorde conmigo mismo sobre la cuestion de saber si es aquí ó allí abajo en el campo de los viejos católicos que se debe buscar la buena causa. Pero volviendo otra vez á mi primer testo, te das una vida dura muy fuera del caso á tí y á estas pobres muchachas. Porque no te casas con las dos.

— Eres loco, exclamó Alf con cólera. No pecaria así contra la ley de Dios?

— Que nimiedad tan fuera de propósito! y en donde? En una ciudad donde el principal gobernante vá á prescribir la poligamia y dará el ejemplo de ella, y donde todos los habitantes se apresurarán á obedecer á tan sabrosa ley!

Alf, no pudo ménos de echarse á reir de esta habladería.

— Yo no sé como tú te atreves, exclamó, á establecerte el abogado de

la poligamia. Me parece que un cazador como tú debería alegrarse de encontrar por todas partes sotos sin cerca.

— Siempre quedará alguna caza para mí, sea en el parque, sea fuera de él; pero un buen mozo como tú siempre debe ser el primero en seguir una nueva moda, particularmente cuando ofrece una cosa tan agradable como esta.

— El primer profeta nos haría arrepentir de seguir esta nueva moda dijo Alf: la poligamia, no está acaso prohibida por nuestras antiguas leyes bajo las penas mas severas?

— El primer profeta? replicó Haenslein riendo. Y si te dijese que la doctrina que acabo de predicar ha salido de su boca. Y de donde habria yo sacado este profundo saber?

— El primer profeta? exclamó Alf petrificado.

— El mismo, replicó Haenslein. Cuando vió que sus intrigas secretas no me eran desconocidas, me hizo seña de acercarme á él: me dió un bolsillo lleno de ducados, y me regaló con una hermosa disertacion sobre la obli-

gacion en que está todo cristiano de tomar mas de una muger: esta es una prerrogativa que Dios ha reservado á sus santos; es así que vá á hacer sobre este asunto una proposicion á la comunidad; y para predicar con el ejemplo, vá á empezar por casarse con una docena de mugeres.

— Pero esto no se puede hacer! dijo Alf sacudiendo la cabeza.

— Que es lo que hay imposible para el divino sastre? replicó Haenslein vaciando la última copa. Adios hermano mio, debo ahora ir al ejercicio, y mañana por la mañana entro de guardia. Cuando me habrán relevado, tú te habras ya arreglado con tus bellezas y te suplico que me convides á la boda.

Salió precipitadamente. Alf quedó en su silla como atónito — Ahora tambien la poligamia! dijo suspirando. Rómpen todos los diques. Como acabará esto.

CAPITULO IX.

EN su calidad de capitán elegido de los armeros; Alf mandaba el puesto de la poterna nueva, donde el Aa se precipita en el Eux. Era ya de noche; el comandante estaba acostado sobre su cama de campaña, y las imágenes de Elisa y de Clara revolteaban alternativamente delante de sus medio cerrados ojos. El centinela de las armas hizo oír su grito de quien vive! y un instante despues, Haenslein embozado en una capa, entró en el cuarto del oficial.

— Que me traes á esta hora hermano mio? dijo Alf admirado, saltando de la cama de campaña.

— Nada de bueno! hermano mio, replicó Haenslein con voz baja. Salgo de casa del primer profeta. Antes de todo, haz sin ruido poner toda tu gente sobre las armas, hazles cargar los mosquetes con hala, y dispon que salgan fuertes patrullas: la ciudad está ame-

nazada por dentro y fuera.

Alf se fué á pasos precipitados á la gran sala para hacer ejecutar la órden, en seguida volvió á buscar á su amigo, y le preguntó con el tono de la curiosidad y del mas vivo interés lo que pasaba.

— La poligamia que hemos considerado anteayer bajo el punto de vista el mas agradable, no ha parecido una cosa tan divertida á todo el mundo. Esta mañana en el momento que tú acababas de entrar de guardia, Juan hizo reunir la comunidad al son del tambor, y propuso la delicada cuestion. Un vecino viejo que probablemente le sobraba con su Xantippe, dijo con un tono revoltoso que semejante proposicion era contraria á la Biblia y á todos los principios del cristianismo. El Soberano Juan que no gusta que se le contradiga, entró en furor, hizo agarrar al instante el viejo revoltoso, y le hizo cortar la cabeza por el amigo Kuip-perdolling. Semejante modo de confundir á sus adversarios en la discusion, parecia algo demasiado lacónico y apretado al vecindario; se formaron reuniones acá, y acullá, y una parte de

los descontentos resolvió en sesión secreta de entregar esta misma noche la ciudad al Obispo. Pero el soberano Juan que tiene buenas narices, ha sabido la trama con tiempo. Sus medidas están aun mejor tomadas, que las de sus enemigos, y ciertamente que Kuiperdolling tendrá una buena cosecha mañana por la mañana.

— Malditos sean estos eternos asesinatos, exclamó Alf con dolor. Yo estoy casi tentado á creer que lo que hasta aquí hemos obtenido no vale la sangre que ya se ha derramado.

— El árbol de la libertad cristiana, pide ser regado cuidadosamente, para que brote, replicó Haenslein, con un tono irónico y levantando las espaldas.

En este intervalo las patrullas habian regresado á la gran sala. Los dos amigos fueron á unirse á ellas. — Nada de nuevo; tal fué el parte de los guías. Solo los que habian recorrido las obras exteriores, decian haber oido un ruido de armas á lo léjos.

— Y. no os habeis acercado para ver lo que era? les dijo Alf. Para que la patrulla cumpla su deber será ne-

cesario que yo mismo la conduzca. Marchen.

La patrulla, teniendo á su frente á Alf y Haenslein, salió por la porterna, atravesó los puentes y se adelantó en medio de las tinieblas — Quedad aquí en el mas profundo silencio, dijo Alf á su gente, yo voy adelantarme con el capitan; al menor ruido que oigais, venid á sostenernos al paso de carga.

El y Haenslein se dirigieron por el alrededor de los ángulos salientes de las obras exteriores. De repente oyeron á lo léjos un ruido de espuelas que se iba acercando por instantes.

— Escondámonos detrás de esta estacada, dijo Haenslein con voz baja á Alf. Apénas estuvieron agazapados cuando oyéron el ruido de espuelas junto á ellos y que distinguieron á dos hombres; luego que aquellos hubieron pasado delante de los dos amigos se pararon.

— Este es el lugar, dijo uno en voz baja.

— Sargento dad la señal. Su compañero acercó las dos manos á su boca é hizo oir tres veces el canto de la corniz.

— Arriba, gritó Alf saliendo de su escondrijo; y agarró con una mano vigorosa el hombre que estaba mas cerca de sí, y le apoyó la punta de su espada en el pecho. Haenslein habia aplicado un sablazo al otro hombre el cual desapareció con la obscuridad gritando: Jesus! María!

— Cobarde! gritó el primero con cólera; pero Alf le dijo con un tono de autoridad: ni una sola palabra, ni tan siquiera un gesto, ó eres muerto; síguenos á la ciudad.

— Concluir así! dijo el prisionero rechinando los dientes, y en este momento el primer rayo de la luna que acababa de salir, partió de la orilla del horizonte y fué á alumbrar la presa de Alf. Era un anciano caballero de bella apariencia, una cadena de honor adornaba su coraza de plata, y la desgracia que acababa de sucederle no habia podido borrar de sus venerables facciones la espresion de un extraordinario valor.

Alf, verdaderamente admirado con la vista de este hombre cuya cara prevenia el respeto, hechó sobre Haenslein una mirada interrogativa. Éste le contestó con una ojeada que tenia la

misma espresion, y los dos amigos quedaron inmóviles junto á su prisionero, como si se hubiesen convenido de no hacerle ningun mal.

— Y entregaríamos al horrible Juan un hombre tan venerable? dijo finalmente Alf á su compañero de armas.

— Yo estaria verdaderamente afligido, dijo Haenslein, de ver caer esta cabeza bajo la cuchilla de Kuipperdolling.

— Tú sientes lo mismo que yo, dijo Alf con alegría. — Volved en paz, señor oficial, ó cualquiera que seais, prosiguió, nosotros no queremos tener parte en vuestra muerte.

— Deberé yo la libertad y la vida á los Anabatistas? dijo el caballero con sorpresa y casi con cólera.

— Aceptadla como quiera que sea, replicó Alf; y estad convencido que no todos los habitantes de Munster son bestias feroces como podeis haberlo creido hasta el dia de hoy. Pero si el servicio que os hacemos os parece que merezca algun reconocimiento, tened clemencia ácia aquellos de nuestros hermanos, que caerán en vuestras manos.

— Esto es lo que haré, amigo mio,

replicó el oficial con emoción; os doy de ello mi palabra. Y para manifestaros de un modo patente la buena opinión que tengo de vosotros, os insto á que me sigais en este mismo instante á nuestro campo. Hombres como vosotros, no están en su lugar en el corral de tigres establecido allá bajo, y que un día ú otro acabará de un modo espantoso.

— Ahorrad palabras contestó Alf. Nosotros somos muy adictos á nuestra creencia! Y fuera de esto, añadió Haenslein llevando la mano á su cuello, nosotros tenemos fuertes razones para reusar el honor de encontrarnos con el señor Obispo.

— Nuestras gentes se acercan! exclamó Alf dirigiendo la vista á la parte de la ciudad. Señor caballero apresuraos á retiraros ántes que no sea demasiado tarde para ello.

— Pobres descarriados, que Dios os enseñe el verdadero camino, dijo el caballero con tono de interés; y se alejó á pasos precipitados.

Alf se acercó á su gente — No debiais sostenerme al primer ruido? les dijo con cólera, y no me habeis oído

mandar, arriba! Si hubieseis llegado como debiais, hubiéramos hecho prisionero á un oficial enemigo de distincion. Ahora nos ha escapado, se ha juntado á los suyos, y no nos queda otra cosa que hacer, sino volver apresuradamente, á fin de que no nos cojan á nosotros.

Los honrados vecinos de Munster se disculparon como pudieron, suplicaron á Alf que ocultase su falta al feroz Juan; y siguieron cabizbajos á los dos amigos, á la ciudad.

CAPITULO X.

A LA vuelta, se levantaba en Munster tal ruido que se hubiese dicho que el fin del mundo estaba cerca. Las campanas tocaban, las cajas batian; los hombres armados se reunian, proferiendo vociferaciones. Alf corrió con Haenslein sobre la muralla bajo la que estaba practicado el cuerpo de guardia, á fin de gozar de la vista de la ciudad: todos los faroles estaban encendidos,

torbellinos de llamas se levantaban en el mercado delante la iglesia de san Lamberto; y se oían los clamores de muchos millares de personas.

— Ved ahí una noche tumultuosa, dijo Alf, con un aire sombrío apoyándose sobre su espada.

— Si sostenia que me divierto mucho en esta buena ciudad, dijo Haenslein, mentiria; en verdad sin mi desgraciado asunto de honor, me hubiese vuelto al campo Episcopal, con el viejo caballero.

Un cierto órden parecia en fin establecerse en el mercado, en medio del caos; pero era como todo lo que pasaba entónces, de un género espantoso. A cortas vociferaciones de la masa del pueblo, sucedió un silencio profundo y siniestro; en seguida resonó una descarga de mosquetería, hubo luego una nueva pausa; los clamores, las pausas y las descargas se sucedieron algunos momentos; Haenslein contó cerca de veinte de aquellas descargas.

— Que pueden significar estos tiros de mosquete? dijo Alf con aprension, como si hubiese adivinado lo que se pasaba en la ciudad.

— Puede ser que el soberano Juan proceda en este momento á alguna purificacion de su rebaño, replicó Haenslein.

— Pero es necesario, exclamó Alf sumido en un dolor profundo, es necesario que en toda revolucion, por buena que haya sido la intencion con que se haya emprendido, por indispensable que sea para la felicidad de todos, se pongan siempre á la cabeza del movimiento, hombres que no tienen corazon en el pecho, y que juegan con la vida de sus hermanos!

— Parece que es así, dijo Haenslein. Cualquiera que en las turbulencias civiles se pone á la cabeza de la muchedumbre, debe ser necesariamente un hombre revoltoso que no tenga que perder ni propiedades ni el reposo de conciencia. Un hombre tal no respeta ninguna barrera; la vida de algunas docenas de hombres es muy poca cosa para él. Gentes como tú hermano mio, serian escelentes demagogos, porque para serlo, no se necesita en el fondo mas que energía, probidad y un, entendimiento sano: pero las gentes de tu especie se retiran precisamente en

seméjante ocasion, por falta de confianza con ellos mismos, y dejan el campo libre á los pícaros, en lo que, en el fondo tienen gran culpa.

Alf, que en este momento se acordaba de haber reusado la corona que le ofreció Tuiskoschirer y de la profecía del viejo Fabricio; exclamó con un tono de desaliento: Yo he vuelto á mi patria en una hora bien desgraciada! y se entró en el cuerpo de guardia.

CAPITULO XI.

AL dia siguiente Alf atravesaba el mercado al frente de su gente que acababa de ser relevada; un horroroso espectáculo le aguardaba. La plaza delante de san Lamberto estaba convertida en una vasta carnicería, donde habia carne humana en abundancia. De una infinidad de desgraciados atados á dos postes y talarados á balazos, los unos habian ya terminado sus sufrimientos, y los otros que habian sido errados, luchaban aun con los tormentos una larga agonía;

otras víctimas, decapitadas, ó destrozadas á sablazos, estaban tendidas sobre el ensangrentado suelo; el feroz Kuiperdolling, vestido con el traje de ordenanza de su nuevo destino, cubierto con su pezpunte encarnado, las mangas arremangadas hasta los codos, agitaba todavía su ancha damasquina cuchilla en su mano empapada en sangre; un infeliz estaba á sus piés, y unos hombres armados conducian á otros miserables destinados á la muerte.

— Por el flanco izquierdo, á la izquierda! gritó Alf, apartando los ojos con horror, y condujo su tropa al punto de reunion de la compañía, tomando una calle lateral.

Cuando la muchedumbre se hubo dispersado y que Alf entró á su alojamiento, la pobre Clara salió á su encuentro, con los ojos encarnados é hinchados, y la desesperacion pintada en su rostro.

— Kippenbrock, le dijo, con una voz suplicante, concededme un instante de audiencia particular. Se trata de mi vida; á pesar de que no hagais gran caso de mí, teneis el corazon demasiado bueno para no interesaros por

una desgraciada, que cree encontrar en vos su último refugio.

— En nombre de Dios, que es lo que aquí pasa? exclamo Alf espantado, mientras que la pobre muchacha le conducia al jardin; habla mi querida Clara, ábreme tu corazon, toda mi sangre es tuya.

— El primer profeta y los doce, respondió Clara, han dado un decreto, que no tan solo permite la poligamia, sino que la manda. El no hacer uso de esta libertad espiritual, es hacerse criminal. Los espías hacen visitas domisiliarias y arrancan de sus casas á las muchachas nubiles, para forzarlas á casarse inmediatamente. Creia mi honor en seguridad á causa de la poca importancia de mi persona; pero el horroroso Tuiskochirer me ha escogido por su tercera muger; y ántes que correr á mi perdicion aceptando la mano de aquel insensato, yo me echaré en el Aa para encontrar allí el fin de mis penas.

— Que Dios nos preserve de ello! prorrumpió Alf, tú no te echarás ni en el Aa, ni en los brazos de Tuiskochirer, donde quizás reposarias aun

peor. Pero ese pequeño hechicero que se ha vuelto enteramente loco, de levantar los ojos ácia una tan bonita muchacha como tú!

— Todavía hay un medio de salvarme, dijo Clara. Vais á casaros con mi hermana, mi querido cuñado, os lo suplico, dadme á mí tambien, por piedad el título de vuestra esposa, á fin que esté al abrigo de los atentados de aquel insolente. Comprendeis bien lo que os digo, continuó con vehemencia, no es sino el nombre de muger vuestra. Estas nuevas relaciones, no me darán ningun derecho; y si la suerte de esta desgraciada ciudad, algun dia cambia, seremos uno y otro enteramente libres.

— Pero un casamiento semejante no puede convenirnos; no podrias encontrar en Munster, algun jóven y hermoso muchacho con el que te casases realmente segun la ley de Dios?

— Que Dios me libre de los hombres! exclamó Clara, y un vivo encarnado coloreó de repente sus mejillas. Despues de lo que aquí me ha sucedido, les he tomado todos en horror!... A vos mismo no os he escogido, sino

á causa de la afliccion en que me hallo, y porque en el estado de relaciones en que nos hallamos, puedo llevar vuestro nombre sin perteneceros.

— La proposicion no es mas lisonjera de lo que se necesita, respondió Alf; pero ántes que sufrir que te arrojés al rio, debo aderir á ella. Solamente quisiera, que se hubiese ya entablado á tu hermana de un modo conveniente: yo no sé si la altanera Elisa encontrará la ley de los Doce á su gusto.

— Pero vá en ello la vida de su hermana, replicó Clara, con el tono del mas profundo dolor; de su hermana que consiente á quedar su criada como lo ha sido hasta este dia, que renuncia con alegría recibir de su marido hasta la menor mirada de ternura.

— Este será un matrimonio singular, dijo Alf lleno de confusion y frotándose las manos. Pues bien, al cuidado de Dios! Ojalá que de nuestros dias no se hubiese visto nada peor en Munster!

— Aquí está el mónstruo; Kippenbrock protéjeme! exclamó Clara con el tono de la mayor afliccion, y ocultando

su cara en el seno de Alf.

Este levantó los ojos, y el digno Tuiskoschirer entró en el jardín, conducido por Elisa, y seguido de una tropa de hombres armados, cubiertos de andrajos.

— Por mas que hagas, hermano mio, dijo el pequeño profeta con una voz socarrona, yo no puedo pasarme de tí. Es necesario que nuestros nombres figuren uno al lado de otro en el libro del Espíritu. Tú has reusado con desprecio la union que yo te proponia con buena intencion; yo te ofrezco hoy, otra que nos unirá con los lazos del amor fraternal; yo pido la hermana de tu desposada, mi querido cuñado, quiero conducirla á mi casa como mi esposa en Jesucristo.

— Siento mucho que llegues demasiado tarde, replicó Alf apretando á Clara en sus brazos. Obediente á la nueva ley de nuestro primer profeta, acabo de suplicarla de ser mi segunda muger, y ella me ha dado su consentimiento.

— En verdad! exclamó la orgullosa Elisa; y se mordió los labios lanzando una mirada á su hermana que no era demasiado tierna.

Hum! hum! murmuró Tuiskoschirer, sobre el que la admiración había producido el efecto de un ataque de apoplejía.

— Honor al profeta, al gran Tuiskoschirer! su petición merece la preferencia! gritó uno de los compañeros de andrajos del pretendiente, y se arrojó sobre Clara, la asió del brazo y quizo llevarla ácia el asqueroso profeta. Pero Alf agarró al orador por el cuerpo y lo arrojó con fuerza por encima de las tapias del jardín. — Hay todavía alguno que tenga algo que decir; esclamò adelantándose ácia la tropa. Toda la andrajosa banda se retiró con espanto, y tomó la puerta.

— Una negativa insolente era todo lo que pedia, dijo Tuiskoschirer, rechinando sus dientes, y siguió su tropa.

— Así eres hermana y cuñada mia todo á un mismo tiempo, dijo Elisa con amargor, señalando á Clara; esto á lo ménos valia la pena de consultarlo conmigo, añadió, y salió con furor del jardín.

— La necesidad no tiene ley, querida Elisa, dijo Alf con un tono conciliador, corriendo ácia ella.

— Mostrar indiferencia al hombre que mas amo en el mundo! Es un penoso deber que con esto me he impuesto; pero Dios me asistira se dijo Clara.

CAPITULO XII.

PASADOS algunos dias, Alf habia finalmente logrado calmar un poco la cólera de Elisa. No fué sin mucho sentimiento que consintió partir con una hermana que no amaba, el nombre de un marido que adoraba. Sin embargo Alf se fué, provisto de su aprobacion, á casa de su honrado pariente, el ex-burgomaestre Gerardo Kippenbrock, para convidarle á sus desposorios. Le encontró de pié en el portal de su casa. Este escelente hombre, vecino tan pacífico, como su colega era demagogo sanguinario, vestido con su armilla parda y de su mandil blanco, estaba ocupado á picar carne para hacer salsichones; perlas de sudor que degotaban de su gruesa y rubicunda

cara , atestaban que se habia entregado de corazon á aquel trabajo vulgar.

— Me alegro mucho , mi buen primo , le dijo Alf saludándole , de ver que habeis tomado tan pronto vuestro partido , sobre las vicisitudes de las grandezas humanas.

Sí primo , con un tono de confianza , dejando su cuchilla sobre el tajo , á tí quiero decirlo , tú no lo hablarás con nadie , y el secreto quedará en la familia. Cuando me ví obligado á quitarme la hermosa cadena de oro , y el trage de burgomaestre , me pareció que me habian herido en el colodrillo con una hacha , lo mismo que un buey. Los primeros dias me costaba el digerir la pérdida de mi honorífico puesto ; pero luego que volví á poner la mano al trabajo , mi sentimiento se calmó poco á poco , y ahora me encuentro en una disposicion de espíritu , muy tranquila. En realidad , mi destino me daba muchas desazones , y muchas veces no sabia como salir de ellas. Cuando de repente uno se encuentra en el caso de hacer muchas cosas que nunca ha aprendido , generalmente lo hace muy mal , y aun puede suceder que se haga daño

á las gentes sin quererlo. Aun era una verdadera dicha el que mi colega Kuip-perdolling estuviese él solo cargado de las sutilezas eruditas, porque á no ser así, me hubiera hallado en el caso de desentar mi puesto desde el primer dia. Ahora, al contrario, yo vivo como un bienaventurado, porque entiendo perfectamente de matar mis bueyes y mis cerdos, mis salsichones continúan como siempre, siendo los mejores de Munster, y es una muy buena cosa el saber uno bien su oficio. Mira, aun que nuestro primer profeta quisiera ahora hacer de mí el mas grande personage, lo reusaria y nada me haria dejar mas mi hacha y mi tajo.

Alf alabó, como debia, la noble moderacion de su pariente, en seguida le hizo su incitacion en términos muy corteses.

— Te deseo la mayor felicidad! exclamó Gerardo sacudiendo amistosamente la mano de su primo. Y sin necesidad de decirlo, el proveer de carne tu convite de desposorios y el de boda corre por mi cuenta; é independiente-mente de esto, no olvidaré la nueva familia.

Alf quiso protestar contra aquella liberalidad.

— En mi calidad de hombre casado desde largo tiempo, debo entender esto mejor que un bocarrubio como tú, replicó Gerardo enfadado. Sé lo que me ha costado mi única muger, y tú tomas dos á la vez. Necesitarás gorras, corpiños de brocado, otros de paño y de seda, pieles, zapatos y medias, cama, sábanas de lienzo de toda clase, y todo doble, tratar hasta, Dios nos ayude! de la cuna y todo lo que la acompaña. Necesitarás hacer bailar bonitamente tu martillo sobre tu yunque para subvenir solamente á lo mas perentorio, y en semejantes coyunturas la buena voluntad de tu viejo primo el carnicero, no es de despreciar.

Para refutar la mitad de esta hipótesis, Alf contó como se habia encontrado con una segunda novia.

— Oh! Oh! dijo Gerardo, la conducta de esta muchacha me gusta. Pero con todo, como es muy bonita, el primer profeta, si llegaba á saber este arreglo, podria ocurrírsele mas de una objecion; por lo demas me alegraré de que te cases con ella; porque hablando

francamente, es de las dos hermanas la que mas me gustaria que fuese tu muger. Tiene el corazon de un ángel. Elisa no es precisamente mala, pero es imperiosa y altanera; si por casualidad Clarita te encontraba en lo venidero algo mas cariñoso, aquella amazona no dejaría de calentarte las orejas.

Las protestas de Alf, que tan gran desgracia no debía él temerla, fueron sofocadas por la gritería del pueblo, de vuelta de la asamblea, que acababa de ser disuelta en el mercado.

— Todavía una asamblea del pueblo, dijo Gerardo con mal humor; no se vé otra cosa. Corren como galgos para acudir al mercado, allí gritan como á furiosos, cortan de cuando en cuando una cabeza, y mirando la cosa de cerca, no hay en esto un grande adelanto para la prosperidad pública. Con todo esto el Obispo nos vá estrechando de dia en dia: pronto no podremos absolutamente salir de la ciudad. Hay momentos que estoy bien cansado de todo esto. Mientras que durarán mis bueyes, y que podré hacerlos pacer en el prado comun, tomaré paciencia, pero si esto llega á faltar, yo me paso,

Dios me lo perdone, al partido del Obispo, como cualquier otro.

— Silencio, primo! exclamó Alf que vió pasar á Dilbeck, uno de los doce, por debajo la ventana.

Gerardo se dió un golpe en la boca con la palma de la mano, el Sastre entró haciendo cabriolas y abrazó al grueso carnicero con la ternura la mas expansiva.

— Yo te saludo, mi muy querido hermano y colega; exclamó alegrement.

— Colega? dijo Gerardo con mal humor y volviéndose adonde tenia la carne para los salsichones; no estamos en aquel tiempo.

— Que es lo que dije? prosiguió Dilbeck hiriendo la espalda de Alf. Que es lo que os dije cuando entramos juntos á Munster?

— Yo no doy tanta importancia á vuestros discursos para retener todo lo que decis, respondió Alf, con bastante despego.

Os dije, continuó Dilbeck con enfasis: dad á nuestro profeta, á nuestro gran Juan, el mundo entero, y lo gobernará de modo que os sorprenda. Pues bien

el principio se ha hecho ya. Juan I. es rey de Sion, llamado por otro nombre Munster: lo es desde hoy.

— Rey! exclamaron á la vez Alf y Gerardo.

— Rey, repitió Dilbeck. Y lo ha verificado con mucha destreza, como acostumbra. Esta mañana hizo convocar á los doce en su habitacion, y nos dirigió este discurso: Jueces de Israel! así habla el Eterno: del mismo modo como yo hice de Saul, y despues de David, de pastores que eran, reyes de mi pueblo, del mismo modo establezco á Juan Bockhold, mi vidente, por rey de Sion.

Rey? dijo Alf en voz baja sofocando un suspiro, y se acordó nuevamente, con recuerdos amargos de la corona de Tuiskoschirer.

— Hablando francamente, prosiguió Dilbeck, nosotros no encontrábamos esta revelacion demasiado de nuestro agrado, pues que ella ponía restricciones á nuestra autoridad, y teníamos mas de una objecion que hacer. Pero fuímos bien recibidos — Estais ciegos! exclamó el profeta, no debo aceptar esta dignidad contra mi voluntad? Pre-

feriria guardar bueyes y burras que ser soberano, si no me sintiese conducido á ello por la mano de Dios; renunciad inmediatamente vuestro empleo, y prestad homenaje á vuestro rey.

— Este hombre tiene un verdadero frenecí para destituir á las gentes de sus dignidades, murmuró Gerardo, agriado por sus recuerdos.

— Nosotros no queríamos consentir, continuó Dilbeck, y no sabiendo como salir del apuro dijimos que esto dependia del pueblo; pero no sirvió de nada. Miéntas que Juan nos imponia con sus razonamientos, aquel viejo ganso disecado de Tuiskoschirer habia seducido el pueblo, y cuando nosotros Doce, acompañamos en cuerpo al profeta al mercado, el hombrecillo vino á nuestro encuentro, llevando en la mano una enorme espada desnuda que presentó á Juan. — En nombre de Dios, te doy la investidura de la dignidad real, le dijo con una voz gruñidora; Juan, gobierna bien tu pueblo! Viva el rey de Sion! gritó el pueblo á una voz, y nosotros Doce, nos miramos los unos á los otros, como si hubiésemos dejado caer nuestra manteca de encima

de nuestro pan. Entónces Su Magestad dignó perdonarnos nuestra oposicion, y hasta se dignò elevar á varios de nosotros á dignidades eminentes, y se acordó al propio tiempo de sus antiguos cooperarios en la viña del Señor. Kuiperdolling ha subido grandemente en grado, de carcelero lo teneis gobernador de la ciudad; Barend Rothmann es orador real; yo soy mayordomo mayor de la corte; cuatro de los Doce han sido consejeros del rey, y en cuanto al señor Gerardo, tengo el honor y la satisfaccion de saludar en él, el gran tesorero de la corona.

— A fuera chanzas sin gracia! exclamó el carnicero, y su ancha cara que ya no estaba muy pálida, se animó con el mas vivo encarnado.

— Como me atreveria, replicó Dilbeck, á gastar irreverentes chanzas á uno de los grandes dignitarios del imperio de Sion!

— Hay de que volverse loco con estas continuas inovaciones, dijo Gerardo, y se hizo echar agua apresuradamente, en las manos por Alf, en seguida se lavó cuidadosamente los brazos y la cara.

— Al propio tiempo, prosiguió Dilbeck: estoy encargado por el rey de invitar al señor gran tesorero de ir sin dilacion al palacio de Su Magestad, á fin de recibir sus ulteriores órdenes.

— Susana, gritó Gerardo, abriendo la puerta del cuarto, mi vestido negro, mi capa, mi sombrero de pluma, mi cadena de oro, mi espada!

— Continuais, todavía llamandoos Gerardo Kippenbrock? le preguntó Alf, cargando el acento sobre estas palabras, para recordar á su variable primo, lo que acababa de decir un momento ántes.

— Cállate! le gritó el tesorero de nueva creacion, quien á pesar de su corpulencia se vistió en un instante su traje de ceremonia, que su muger le acababa de traer, con una sorpresa mezclada de alegría.

— Si me lo permitis, señor mayordomo mayor, dijo Dilbeck con aire muy grave, voy á dirigirme en vuestra compañía junto á Su Magestad.

— Me recomiendo á vos, señora tesorera, dijo Dilbeck haciendo una elegante cortesía á la carnicera; y los dos grandes del nuevo reino, salieron juntos.

— Mirad por de pronto Munster

entregado á una locura completa, y mi honrado primo no ha perdido ménos la cabeza que los demas! exclamó Alf. Ojalá que yo fuese tambien loco de atar, yo estaria ménos incomodado de lo que estoy en mis momentos lucidos.

CAPITULO XIII.

ALGUN tiempo despues Alf, entró desde su obrador á la sala comun. Los platos humcaban ya sobre la mesa, pero sus dos prometidas esposas estaban de pié junto á la ventana considerando con un ojo curioso algunas monedas nuevas que les enseñaba Tuiskoschirer. Alf se acercó á ellos.

— Son las monedas de oro y de plata que el nuevo rey ha hecho acuñar, le dijo Tuiskoschirer con un tono meloso, y le puso algunas en la mano.

Alf leyó sobre el reverso:

» La palabra se ha vuelto carne y habita en nosotros. Cualquiera que no haya nacido del agua y del espíritu no puede entrar en el imperio de Dios.

Un rey sobre nosotros, un Dios, una fé, y un bautismo." A Munster 1534.

Dios haga que pronto sea lo mismo por todo el mundo, dijo Tuiskoschirer arrojando un suspiro, y moviendo los ojos con aire devoto.

— Bajo este rey, alcanzaremos pronto este colmo de dicha, exclamó Elisa volviendo una de las monedas que Alf tenía sobre la mano. El busto del profeta vestido con el traje real, hirió los ojos de Alf: las facciones del vidente ofrecían la espresion de un fanatismo feroz. El retrato gravado con atrevimiento era perfectamente parecido.

Alf contemplando aquel ojo furibundo que la perfeccion del buril parecia hacer rodar sobre el metal, se acordó de los últimos asesinatos mandados por Juan; lleno de horror, echó las monedas sobre la mesa; pero Elisa cogió bruscamente la mas grande para deleitarse aun una vez con la vista del busto coronado — Sí, exclamó en fin, con un completo transporte, aquí teneis un hombre como se necesita para ser rey, ó no existen!

— Que transporte, Elisa! dijo Alf admirado, tú jamas has hablado del

vidente con tanta predileccion !

— Una corona embellece al que la lleva ! dijo Tuiskoschirer con una voz melosa y con una sonrisa infernal ; en este momento el mayordomo mayor Dilbeck , entró precipitadamente en el cuarto.

— A las ventanas, hijos míos, gritó, si quereis disfrutar de un espectáculo verdaderamente magnífico. El rey hace á caballo su primer paseo por la ciudad, y dentro un momento va á pasar por aquí.

— El rey ? preguntó Elisa con tanta alegría como admiracion ; un delicado encarnado se esparció sobre sus mejillas, y salió del cuarto.

— Que significa todo esto ? dijo Alf suspirando, la siguió con una mirada inquieta, y se acercó á la ventana.

Los gritos del pueblo : Salud al rey de Sion, resonaba á lo léjos, y el tumulto se iba acercando por instantes. Un tropel que precedia al monarca se esparció por la calle.

— Ahora poned atencion que llega el séquito. Se oyeron relinchar los caballos : cuatro pages vestidos de terciopelo bordado de oro abrian la marcha,

los que llevaban delante de su amo una espada desnuda con puño de oro, la corona de Tuiskoschirer colocada sobre una biblia abierta, el globo de oro y dos espadas cruzadas.

— El hermoso muchacho de los rizos de oro que lleva la grande espada es el propio sobrino del Obispo, dijo Dilbeck al oído de Alf, que reconoció en los dos pages que marchaban en primera línea, las víctimas que había arrancado de las garras del tigre Matéo.

— Pobre muchacho, dijo Alf, apenas puedo sentir alegría por haberte salvado una miserable vida; porque el llegar á ser el criado del enemigo mortal de tu tío y protector es para tí la muerte del alma que me parece mucho mas cruel que la del cuerpo!

En este momento, el soberbio caballo tordo que montaba el rey, se avanzaba relinchando. El joven profeta, no parecia embarazado de manera alguna de la alta dignidad á la que acababa de elevarse, llevaba el traje real con soltura y magestad. Altas plumas de aveztruz ondeaban al rededor de su birrete de púrpura. Al traves de los pliegues de su túnica de tela de

oro, brillaba su peto de terciopelo adornado con cordones de oro. El manto de Armiño caía en ricos pliegues sobre la mantilla de oro del fogoso cuadrúpedo, lo que completaba aquel magnífico vestido, y el mismo Alf, que en su interior estaba lleno de horror por el profeta; no pudo ocultar su admiración.

— El vestido adorna al monje, no es verdad? le dijo el mayordomo mayor en voz baja, pero con un aire de triunfo; y todo aquello es obra de mi industriosa aguja! He pasado tres noches sin acostarme, para que todo aquello fuese concluido secretamente. Desafío á cualquiera de hallarme, las casullas que he empleado para hacerlo.

El rey habia pasado ya. Despues de él, se dejaron ver, el gobernador Kuiperdolling y el tesorero Kippenbrock, uno y otro á caballo. Doce trabanos, vestidos de terciopelo de color de ceniza y verde, uniforme de la casa real, montados sobre hermosos caballos, enjaezados con sillas doradas, cerraban la marcha. La comitiva se parò un momento. Alf se avalanzò fuera la ventana para descubrir la causa de aquel

retardo, y vió inclinarse el rey de un modo particularmente gracioso delante la bella Elisa, la que por verle mejor se habia colocado delante la puerta de la calle. Ella contestó al saludo real, con una turbacion en la que se conocia que aquella distincion no le habia sido nada desagradable; y cuando el Sobe-rano habia picado su caballo para alcanzar la comitiva, Elisa le siguió largo tiempo con la vista.

— Ved ahí un cambio tan pronto como singular! exclamó Alf, todo desconcertado. Veo bien que debo casarme desde mañana, bajo el supuesto que mi casamiento tenga aun lugar.

— Sí, á su tiempo hubieses aceptado mi ofrecimiento, le dijo Tuiskos-chirer con una ironía que ocultaba bajo un tono amistoso, te habrias ahorrado este disgusto, y Dios sabe cuantos otros que quizás todavía te aguardan. En seguida se retiró. y Dilbeck le siguió. Alf, triste y pensativo, jugaba en su distraccion con las monedas que habian quedado sobre la mesa. — Sin duda, dijo con tono amargo, cualquiera que hace acuñar moneda, tiene una gran ventaja sobre el que está obligado á

recibirla en su comercio.

Entònces la pobre Clara, se acercò á él.

— No conserveis rencor á mi hermana, le dijo con un tono dulce y muy insinuante; el fondo de su corazon es bueno, y tambien esta vez, le hará volver del error á que su desgraciado orgullo le ha arrastrado.

— Querida niña! exclamò Alf movido de la generosa intercesion de aquella pobre muchacha tan descuidada. Porque la ingrata no tiene tu corazon? ò porque no tienes sus atractivos? añadió en voz baja, nada faltaria á mi dicha! Saliò con precipitacion, y Clara que le habia oido, se retiró á su pequeño cuarto donde llorò largo tiempo. El elogio que acababa de darle el hombre que amaba, aunque dictado con una buena intencion, no podia ménos de herirla profundamente.

CAPITULO XVI.

ALF al dia siguiente volvia de la ha-

bitacion del orador real Bothmann, al que habia ido á encontrar, para poner fin á todas sus incertidumbres sobre su bautismo y matrimonio con las dos hermanas, y habian decidido que ambas ceremonias se verificarian aquella misma tarde. Al acercarse á la casa de Trutlinger, no quedo poco sorprendido de ver delante de la puerta algunos trabanos con el uniforme real, que tenian varios caballos por la rienda. Quedó particularmente atonito á la vista de un caballo de mano, blanco de leche, enjaezado con una rica brida color de púrpura, y una mantilla de brocado de oro. Impaciente de saber lo que alli se pasaba, entró á la sala donde encontró al noble Tuiskochirer y al mayordomo Dilbeck, uno y otro en traje de ceremonia.

— Salud, salud, salud, hermano mio! le grito el pequeño profeta abrazandole á pesar de la repugnancia que Alf mostraba por este abrazo. Del mismo modo que Abraham que fué juzgado digno de ofrecer en sacrificio lo que mas queria sobre la tierra, del mismo modo tu has sido elegido entre mil para ofrecer no tan solo tu corazon, sino para sa-

crificarte en el altar del deber hacia tu amo y señor.

— Ya las obscuridades empiezan en grande bien de mañana, dijo Alf con mal humor, y arrojando un suspiro. Yo no comprendo ni una sola palabra de lo que me decia. En cuanto á vosotros ; señores , vuestro trabajo cesa desde el momento que quereis , puesto que no teneis nada que hacer. Pero por lo que á mi toca , soy un pobre artesano que debo trabajar para vivir , tened pues la bondad de decirme en breves palabras , lo que quereis de mi , á fin de que pueda contestaros convenientemente , é irme á mi obrador.

— No es de tu respuesta de lo que aqui se trata , contestó Tuiskoschirer , con una maligna sonrisa. Aguardamos la de la noble virgen Elisa , á la que acabamos de pedir en nombre de nuestro gracioso soberano , que acceda á ser su tercera muger y reina de Sion.

— Dios mio ! dijo Alf tartamudeando , y se apoyó contra la pared , palido y tremulo.

— Es una cosa que no puede cambiarse , mi querido amigo , le dijo al oído el mayordomo mayor : resignaos

pues bienamente, así podreis aspirar á ser recompensado por vuestro proceder.

— Elisa ha dado yá su consentimiento? preguntó Alf, temblando.

— Se ha retirado á su gabinete, respondió Tusikoschirer, á fin de consultar primeramente con el Espíritu; al instante que salga sabremos su resolución definitiva.

— No! no! gritó Alf torciéndose las manos. La naturaleza y el amor nos han unido con lazos demasiados estrechos, porque pueda abandonarme!

La puerta del gabinete se abrió. Elisa salió de él, pero Alf tuvo trabajo de conocerla á primera vista. Un vestido de tela de plata, sujeto bajo de su seno con una cinta de piedras preciosas, realzaba la riqueza de su talle esvelto y elevado, su pecho y brazos estaban adornados de alajas de gran precio. En medio de sus negros cabellos, relucía una rica diadema semejante á un meteo-ro que luce en medio de una noche oscura.

— Salud á nuestra reina Elisa; esclamaron Tusikoschirer y Dilbeck doblando una rodilla delante la magestuosa aparición.

— El Espíritu ha decidido! dijo Elisa presentando su mano para que la besasen. Yo obedezco su voz. Conducidme al rey mi esposo.

— Elisa! exclamó Alf con el acento del mas profundo dolor, colocandose delante de la hermosa infiel.

— Tu aquí, Alf? dijo ella con un ligero movimiento de sobresalto; yo te hubiera querido ahorrarte el dolor de despedirte de mí.

— Tu eres mi futura esposa, ya reconocida, y mi muger delante de Dios! exclamó Alf, lleno de desesperacion, tu no debes, tu no puedes abandonarme!

— Las pequeñas consideraciones de la vida privada, deben desaparecer delante los acontecimientos de la tierra, respondió Elisa con énfasis. El rey de Sion desea poseerme, á fin de que mis caricias le dulcifiquen los sinsabores de la autoridad soberana. Como podria pues tener una alma tan pequeña para reparar en los lazos que me unian á tí? El pueblo de Israel debe ser para mi mas que tu, y es con alegría que sigo mi alta vocacion y que obedezco la voz del Espíritu.

— No tu no me has amado jamas!

dijo Alf con el tono del mas profundo dolor.

— Yo hé tenido siempre por tí un grande afecto, replicó tartamudeando la nueva reina, apoderada de una repentina emocion. Pero se recobró luego de ella y posiguió con el tono de soberana y cuando esté sentada sobre el trono de Sion, tu puedes contar con mi proteccion.

Aceptó apresuradamente el brazo que le ofrecio Dilbeck y salió con él á pasos precipitados sin volver la vista. Tuiskoschirer dijo sonriendose á Alf que estaba petrificado por el dolor: te arrepientes ahora hermano mio, de haber hace poco desechado mis ofrecimientos.

— Amor, fidelidad, vosotros no sois sino ilusiones exclamó el desgraciado joven, rechinando los dientes y llevando con rabia una casi yerta mano á los negros rizos de su pelo.

CAPITULO XV.

A instancias de Clara no se habia verificado aun la bendicion del matrimonio. El bautismo de Alf, por el que este todos los dias se sentia menos inclinacion, tampoco habia tenido lugar la variacion que habia habido en casa de Trutlinger con la repentina elevacion de Elisa, suministró un plausible pretexto para diferir ambas ceremonias. El desorden y la confusion que iban diariamente en aumento en la ciudad, hacian que estos retardos no eran reparados por nadie; y como de despues de la promulgacion de la ley de los Doce á favor de la poligamia, la mi ad de la poblacion de Munster vivia en uniones de su eleccion, que no estaban sancionadas por aquella ley, nadie encontraba raro que Alf y Clara, siguiesen segun creian, el ejemplo general. Los dos jovenes continuaban á vivir juntos como un hermano y hermana que hubiesen perdido á sus padres. Alf se

habia hecho un grato habito de hallar en las inocentes y tiernas miradas de Clara, una indemnizacion de la pérdida cruel que habia experimentado. La joven que ya no sentia el pesado yugo que le habia impuesto su imperiosa hermana, y que ya no veia en los brazos de otro, el hombre que amaba, empezó á recobrar su hermosura y su salud, y de dia en dia Alf, fijaba sobre ella su vista con mas placer: pero supo encerrar con tanto cuidado sus sentimientos al fondo de su corazon que jamas ni sus labios, ni sus ojos hicieron traicion á su secreto. Con todo, ella manifestaba todos los dias una grande inclinacion á Alf, y se apresuraba á procurarle todo lo que podia serle útil, ó agradable. Aquellas relaciones tranquilas, los cuidados asiduos de Clara atraian á su frente una parte de la serenidad, que le habia adornado en dias mas dichosos. Bastante á menudo una graciosa sonrisa hermozeaba sus mejillas en las que un ligero color de rosa habia remplazado la palidez; y á algunas veces sus hermosos ojos, pero antes cargados de lágrimas y siempre fijos al suelo, centelleaban una inocente

malicia que daba nueva gracia á sus facciones. Admirado Alf de esta variacion no podia separar sus miradas de la amable muchacha, y todos los dias sentia menos la herida que la infidelidad de Elisa habia hecho en su corazon.

Mientras que el tumulto de una passion impetuosa empezaba á calmarse en el seno de Alf encerrado en el estrecho círculo de la vida doméstica, la tempestad que amenazaba la ciudad, despues de haber sonado á lo lejos, se acercaba mas y mas de sus muros. Los desórdenes y las atrocidades de toda clase de que se habian hecho culpables los anabaptistas bajo el velo de un cisma religioso, habia acabado por revoltar todo lo que habia de hombres sensato y verdaderamente piadosos en Alemania; y sin escepcion de disidencia de opiniones; lo mismo católicos que protestantes, todos estaban acordes que en semejantes escesos no podian tolerarse por mas tiempo, y que como las refutaciones de los teólogos, igualmente que las caritativas exhortaciones, nada era escuchado, ni por los fanáticos ni por los demagogos que les conducian por el camino del error, era preciso destruir aquella

secta con la espada. Los círculos del Rin tuvieron una asamblea en Coblenza la que juntó de su propia voluntad, Juan Federico Elector de Sajonia. Esta asamblea puso á la disposicion del obispo de Munster, tres cientos hombres de caballeria, y tres mil de infanteria, prontos á marchar sobre su residencia que estaba en rebelion: el gefe de este cuerpo, igualmente que la direccion de las operaciones que debian emprenderse contra Munster, fuéron confiadas al valiente Ulric, conde de Oberstein.

Pero por el cuidado de los profetas, de los Anabaptistas, que en aquellas circunstancias críticas habian ya hecho prueba de una rara provision, las murallas, las torres los fosos de Munster, se hallaban en el mejor estado, y la guarnicion de la plaza, animada por el fanatismo, mostraba unavigilancia y un valor tal, que el conde de Oberstein juzgo, que el dar el asalto á Munster, bajo tales auspicios, era llevar los soldados á una carniceria, y no conducirlos á la victoria.

Despues de una tentativa que hizo Oberstein para penetrar en la ciudad, por traicion, que se estrelló contra la vigilancia de Juan, el general se contentó

con estrecharla por todas partes , á fin de cortarle completamente las provisiones. Miéntras que los habitantes no sintieron inmediatamente y en maza las consecuencias de esta medida, ligero como lo es siempre el pueblo, se afligian poco por lo venidero. Pero cuando la escasez de viveres llegó al punto que las mesas públicas que el rey habia establecido no pudieron ser servidos convenientemente; cuando el populacho instrumento servil de los demagogos de todos los siglos, sintió el punzante aguijon del hambre, el valor de la ciudad se debilitó y se oyeron murmullos proferidos á media voz; porque el terror que inspiraba el cetro de hierro bajo el que gemian los anabaptistas iguales y libres por su doctrina, sufocaba todas las quejas.

El rey á cuyo oído no dejaban de llegar las quejas, vio bien que era urgente el poner remedio al mal; pero como no estaba dispuesto en manera alguna á seguir el ejemplo de su atrevido predesesor Mateo, resolvió probar, hasta que punto, con falta de valor, se puede salir adelante con el fanatismo y la astusia; y al mismo tiempo desacerse de

algunos profetas que tenían el atrevimiento de querer representar el papel de Samuel, junto á aquel nuevo Saúl y que se esforzaban en aligerarle del peso del gobierno. Para alcanzar á la vez todos estos fines, imaginó una nueva farsa que á lo menos hacia honor á su inventiva, por los golpes de tanto talento que tambien habia desarrollado ejerciéndolo frecuentemente.

CAPITULO XVI.

LAS trompetas resonaron en el grande cementerio como si llamasen á los muertos al juicio postrero, y Haenslein armado de pies á cabeza, se precipitó al obrador de Alf.

— Como, compañero, aun sin armas? exclamó. Ponte luego el arnés y hazlo poner á tus gentes. Todo el pueblo es llamado á las armas, y no debe un solo hombre faltar á la llamada.

— El enemigo está ya adelante de nuestras puertas? pregunta Alf, mientras iba poniéndose la coraza.

— Aun no , respondia Haenslein , y creo que toda esta alarma concluirá de un modo muy pacifico , el profeta Tuiskoschirer , ha mandado al rey que celebrase la cena en el cementerio y que enviase despues de esta ceremonia á sus apóstoles á todas las partes del mundo. Esta última idea no es tan mala, porque el Obispo nos estrecha ya de muy cerca; y si la elocuencia de nuestros oradores no nos procura prontamente socorros de afuera , pudiera ser muy bien que fuese ya tiempo de pensar en una capitulacion admisible.

— Mientras que nuestros muros no estén abatidos y que nuestros brazos conserven su fuerza , yo nada temo por la ciudad , replicó Alf.

— Esto hablar como valiente , contestó Haenslein; pero yo me he apercebido por aqui y por alli, que nuestra gente padece escaséz. Si el hambre se apodera de nosotros , es facil el calcular hasta que tiempo podremos sostenernos , y cuando estos brazos sobre los que cuentas dejarán de ser fuertes. Por lo demas todo lo que yo puedo decirte , es que desde hoy trataré de hacer lo posible para procurarme todas las noticias

necesarias para ganar el campo antes que me cierren las puertas. Un buen gato encuentra siempre un agujero por donde salvarse. Cuando estemos en este caso, te invitaré con el tono mas amistoso del mundo á acompañarme; porque ademas, que es mejor á fé mia el tocar retirada á tiempo, que el morir de hambre, ó contraer relaciones particulares con los carceleros, por no decir con los verdugos de su Alteza Serenísima el ilustrísimo señor Obispo.

Durante esta conversacion, Haenslein, Alf, y los mancebos de este último habian llegado al cementerio, donde estaban puestas hasta una distancia inmensa, mesas, sobre las que humeaban ya una gran cantidad de platos; cuatro mil ciudadanos de Munster habian acudido alli armados, llevando sus vacios estómagos encerrados dentro de sus corazas.

Se presentó el rey: toda su persona llevaba el sello de una magestad que no debia á su traje, porque no tenia puesto otro vestido sino un pezpunte de seda. Hizo una señal con la mano, y los ayudantes de ceremonias hicieron colocar los cuatro mil vecinos en las

diferentes mesas. Despues de haber pronunciado con uncion una corta plegaria, el rey hizo un gesto afable el que manifestaba, que permitia que pusiesen la mano al plato: y el banquete á cielo descubierto empezó.

Cuando se quitó el primer servicio, se sirvieron los asados, y los jarros de cerbeza circulaban rápidamente.

— Vaya una cena particular, dijo Alf á Haenslein al oido, al tiempo que este le pasaba el jarro.

— Parece que no estamos sino al principio de la pieza, replico quedito Haenslein: esto son agapas tales quales tenían uso de celebrar los antiguos cristianos. Un corto momento de paciencia, el fin será mejor que el principio.

— Apenas hubieron quitado los asados, cuando el rey se acerco de nuevo á la asamblea. Le seguian dos pages que llevaban el pan sagrado sobre dos platos de oro — Tomad y comed, y anunciad la muerte del Señor! dijo el rey con tono solemne; y diciendo estas palabras rompio el pan y cada uno de los convidados recibio su pedazito, con aire el mas devoto. Haenslein sabia me-

jor que nadie hasta que grado este gran sacerdote estaba en estado de desempeñar las funciones que ejercia. Así fué que al llegar su vez , no pudo contener una sonrisa sardonica. La primera reina, la hermosa viuda de Mateo , seguia al rey , con la copa de oro en la mano; la segunda y la tercera iban tras de ella llevando cada una un vaso del mismo metal lleno de vino.

Cuando la primera reina llegó cerca de Alf y fue á presentarle la copa, se paró: las facciones del vigoroso joven , los flotantes rizos de su negro pelo que realzaban la robusta salud de que brillaban sus megillas; aquella franqueza germanica de la que sus ojos llevaban la espresion , esparcieron la turbacion en sus sentidos. Por su parte , Alf inmóvil , contemplaba en una especie de estasis aquella aparicion. que jamas se habia ofrecido á sus ojos. Aqui habia mas que las gracias de Elisa y Clara fundidas en un mismo modelo reuniendo en si sola todos los atributos de la belleza, que parecia dejaba de serlo. Su alta estatura llevaba á la vez la espresion de la magestad y de todas las gracias. Negruzcos rizos se balanceaban sobre un

seno ricamente redondeado, cuya blancura hacia desaparecer la de una túnica de la mas blanca lana. Una cabeza de querubin estaba colocada sobre un cuello de alabastro, unos ojos azules parecian interrogar, á aquellos sobre quienes se fijaba su mirada, y si no espresaban el deseo estaban lejos de quitar la esperanza al corazon que habian inflamado, Alf estaba fuera de sí.

— Tomad y beved! ella le dijo, y con una mano trémula le ofreció la copa. Con los ojos fijos sobre la que acaba de presentarsela, el jóven la vació de un golpe. La primera reina estaba turbada de tal manera que sin añadir: «porque esta es mi sangre», paso con el rostro colorado del encarnado mas vivo, al inmediato á Alf. Elisa que la seguía pasó rapidamente delante de él. Sus ojos en los que hacia poco que habia leído tan amenudo la dicha, dejaron ver sobre el una mirada de una espresion singular; arrêpentimiento, furor, zelos; oscuras nubes á través de las que se apercibia como un ligero rayo, como un antiguo resto de amor, decia todas estas cosas; aquella mirada pero la impresion que esta hizo sobre el jo-

no tuvo bastante poder para apartarle su atencion de la primera reina, la que sus inflamados ojos continuaban á seguir mientras que acababa de recorrer las filas á lo largo de la mesa.

El fiel Haenslein le pasó la mano por el rostro, diciendole en voz baja: no olvides hermano mio, que aquella muger que tus ojos síguen con tanto ardor es la primera reina, y que el Señor rey, no escucha chanzas sobre cierto capitulo.

— Que venga á hablarme! replicó Alf con tono brusco. Yá en posesion de esta obra maestra de la creacion, el, que no tiene sino que escoger entre todas las hermosuras de Munster, ha venido á arrancar de mi corazon á mi prometida esposa, semejante al rico perverso de la Biblia, que poseyendo numerosos rebaños, todavia vá á robar al pobre su única oveja.

El salmo de accion de gracias que entonó la asamblea, sofoco las quejas de Alf: y no fué sino con mucho trabajo que Haenslein logró finalmente calmar su justa cólera.

El rey se presentó otra vez al pueblo, pero iba con el traje regio; rodeado de

sus grandes funcionarios , de sus trabanos , y decorado con todos los atributos del poder supremo.

— Estais prontos , preguntó al pueblo , con una voz atronadora , á cumplir la voluntad de Dios ? á vivir y á morir por la fé ? — Semejante al murmullo de las olas , precursor de una tempestad , la ruidosa aprobacion resonó de todas las bocas.

Un nuevo profeta abriéndose paso de entre la muchedumbre que rodeaba al rey , exclamó con el tono áspero que dá el fanatismo á aquellos cuya razon estravia. El Eterno dice asi ! escoged algunos hombres en mi pueblo de Sion , mandadlos á las cuatro partes del mundo para obrar milagros , para anunciar mi palabra á las naciones ! El que no obedecerá mi voz sera herido de muerte asi dijo el Eterno.

El profeta sacó de su seno un rollo de papel y empezó á leer los nombres de los nuevos misioneros. El profeta Tuiskoschirer se acercó ; la sonrisa diabólica que le conocemos hacia gesticular sus facciones. Todo se le volvia oido : ya oyendo proclamar al principio de la lista los nombres de algunos de

sus adversarios, contestaba, haciendo con la cabeza signos de aprobacion; pero de repente el nombre de Juan Tuiskoschirer resono de la boca de Wahrendorf. El pequeño esqueleto parecio herido del rayo, dirigiendo sus miradas inflamadas por la cólera sobre el rey.

—Tambien me han burlado, dijo á media voz; bien; yo sabre hacer comprar cara esta victoria al malvado!

—Tu te engañas, hermano mio, gritó á Wahrendorf con una voz que se asemejaba á los aullidos de un lobo: tu has tomado la palabra de un hombre por la voz del Espíritu aun esta noche última, he tenido una vision que me manda quedar en Sion, á fin de defender en ella, el rebaño contra sus antagonistas y sus enemigos.

—Silencio! gritó el rey con una voz semejante al trueno. El Señor me manda terminar un negocio de mayor importancia. Es preciso que ponga fin á él en este mismo instante. Hizo una señal á sus trabanos los que le condujeron un soldado de la tropa asalariada de Munster, cargado de cadenas.

—Este miserable, dijo el rey con un tono solemne; este miserable, nuevo

judas , ha urdido pérfidas tramas contra Sion ; ha manifestado los culpables deseos de su corazon perverso y desobediente á los preceptos del Espíritu — Que su sangre caiga sobre su cabeza.

La espada del rey relució , la cabeza de la victima cayó , y con la ensangrentada oja en la mano , el espantoso soberano se paró delante de Tuiskoschirer y le dijo : hermano mio , que tenias que proponer al pueblo ?

— Yo me humillo bajo la mano del Señor , replico Tuiskoschirer rechinando los dientes , y Wahrendorf acabó la lectura de la lista.

El número de los apóstoles elegidos subió á veinte y ocho ; el rey les señaló que pasasen Usnabrülk, Coesfeld, Wahrendorf y Soert — Abandonadlo todo, les dijo , no temais nada y propagad la fé. — Amen ! exclamaron todos los apóstoles con el tono de la mas pasiva obediencia. Amen ! gritaron todos los ciudadanos retirándose , y pronto quedó el cementerio desierto.

CAPITULO XVII.

POR la noche; Alf estaba sentado junto á Clara, y la hacia una relacion circunstanciada de la escena singular á que habia asistido, cuando Haenslein entró de nuevo con su impetuosidad ordinaria — A que no puede llegar un picaro? exclamó tu no te hubieses ciertamente imaginado, segun pienso, que yo fuese un pedrusco en el que la fortuna le diese la gana de esculpir un Duque.

— Duque? dijo Alf admirado, y que creia haber entendido mal.

— Duque! y no otra cosa, prosiguió Haenslein riendo. Su magestad empieza á experimentar opresiones; parece no creer ya su vida en toda seguridad en medio de sus subditos. Es por esto que ha dividido Sion en doce quarteles, por cada uno de los cuales ha nombrado un Duque escogido de entre sus mas fieles servidores. Este duque que dispone de una fuerza armada suficiente, está encargado de mantener el orden y la

tranquilidad de su distrito y de sofocar en su principio todo movimiento popular, que pudiese suceder: yo soy uno de estos duques ó *duces* y es por esto que te prevengo que me tengas el correspondiente respeto.

— Que locuras hara aún este miserable rey en mi desgraciada patria! exclamó Alf, suspirando.

— Es la envidia la que te inspira estas quejas, replicó Haenslein, chaceándose. Pero cálmate, tu eres tambien elevado á una alta dignidad. El rey te ha nombrado coronel de sus guardias de corps y te traigo la orden de presentarte delante de él al instante; tu empezaras tu servicio desde hoy porque este cobarde Sastre quisiera dormir tranquilmente esta noche bajo la proteccion de tu valiente espada.

— Yo coronel de los guardias de corps? exclamó Alf, enfadado. Y como ha sido que la eleccion del rey haya caído en mi persona?

— Esto se ha encontrado, esto se ha arreglado, dijo Haenslein con una sonrisa misteriosa, del mismo modo como todas las cosas se encuentran y se arreglan en este bajo mundo. En cuanto

á mí, yo puedo esplicarme muy bien todo esto, y encuentro que tu vote es mejor que el mio. Trata solamente de disfrutar de tu dicha con prudencia, y que Dios te guie! Al acabar estas palabras salio.

Vaya que es singular, dijo Alf volviendo á tomar su coraza que no habia dejado sino pocos instantes — Es muy singular repitió ceñiendo su espada. En aquel momento apercibió una pequeña mancha de vino que habia sobre su gola; la bella reina con la copa en la mano, se presentó de repente á su imaginacion, vagas conjeturas se ofrecieron á su entendimiento, con motivo de su promocion, y para ocultar el encendido color que subia á su rostro, metió hasta sus ojos el casco de caballero que en razon de sus nuevas funciones acababa de estoger en su obrador; en seguida, no alargando la mano á la buena Clara sino de paso, se fué á palacio con paso precipitado.

Un page le introdujo á la presencia del soberano, quien fué á su encuentro con una dignidad tal, que se hubiera dicho que habia sido criado para el trono.

— En la sorpresa del campo del

obispo dijo, con tono noble y orgulloso, te hiciste conocer por un buen soldado: te debo una indemnización por una gran pérdida que has experimentado, y como por otra parte, no hay quien no me haya hecho tu elogio, he resuelto aproximarte á mi persona. Tu mandarás en clase de coronel mis guardias de corps, cuyo número hé aumentado considerablemente, á fin de que la cabeza de la cual depende la salvacion de Sion, pueda á lo menos descansar sin estar espuesta á las tentativas de los asesinos.

Alf manifestó que no se creia la capacidad necesaria que pedia semejante destino.

— No necesitas para desempeñarlo, dijo el rey, cortandole la palabra, sino vigilancia, valor y fidelidad; no exijo juramento de tí. Jesucristo dice que vuestra palabra sea si y si, no y no; lo que es peor. Es por esto que tu solamente me tocarás la mano, prometendome que me guardarás fielmente.

Alf le dio temblando su mano derecha: porque se horrorizaba á la sola idea de contratar empeños personales con respecto á semejante hombre, y no tocaba sino con horror aquella mano que

tanta sangre habia ya derramado.

— Los trabanos están yá informados de tu nombramiento. Ahora vas á presentarte á la primera reina , y con un ademan muy gracioso le hizo señal de retirarse. .

Alf se dirigió á la habitacion de la reina : su corazon le palpitaba con violencia.

— Entrad ! entrad , gritó una voz sonora desde el aposento en cuya puerta daba su nombre y calidades á la zafata de servicio. Entró , la reina estaba sentada sobre una poltrona dorada , colocada sobre gradas ; una mar de luz y de llamas se esparcia de sus bellos ojos sobre el joven , y le deslumbró de tal manera que apenas reparó á las dos otras reinas que estaban colocadas en asientos menos alevados , á los lados de su ansa.

— Es á vos joven gallardo le dijo con una voz armoniosa á quien debere-
mos en lo venidero nuestra seguridad durante el dia , y nuestra tranquilidad durante la noche ?

Alf se inclinó guardando silencio.

— Guardaos tan solo , continuo la reina con una sonrisa encantadora , de no quitar á las damas de este palacio el re-

poso que estais encargado de conservarlas.

Alf estaba cortado, y no encontró respuesta y la reina Elisa se levantó precipitadamente de su silla y se puso á la ventana.

— Sois casado ? le preguntó la reina.

— Yo no soy — yo no estaba — sino desposado — y lo soy todavia á medias, dijo Alf tartamudeando con una voz apenas inteligible.

— Y la otra mitad ?.... le preguntó la reina con un tono picarillo.

Elisa fijó sus ojos inflamados en el suelo.

— Señora, permitid, que guarde silencio sobre este punto, replicó Alf con un tono suplicante y modesto.

— Honrado joven, dijo la reina á media voz, y le dio su mano á besar, alargandosele con aire casi tierno.

Alf la agarró con ansiedad é imprimió en ella un interminable beso sobre aquel cutis afelpado que cedia blandamente á sus labios; llegó á creer que aquellos bellos dedos apretaban ligeramente los suyos, y al levantar los ojos leyó en sus miradas que no se habia engañado; olvidando, en el enagena-

miento en que le puso aquella certidumbre, toda especie de miramiento, estendió los brazos como para abrazarla.

Una fulminante mirada le hizo retroceder. Però en contra, la soberana le dijo con un tono el mas afable, nos volveremos á ver muy pronto, y le hizo señal de retirarse.

El joven arrebatado de amor, se alejó en una disposicion tal de espíritu, que leera imposible el combinar dos ideas.

CAPITULO XVIII.

DURANTE la noche que siguió aquel dia, Alf, cubierto de su completa armadura estaba sentado en una silla de brazos delante del cuarto dormitorio del rey. Acababa de ceder un instante al sueño, y tres hermosas mugeres que conocemos bien, conducidas por el dios de los sueños, formaban ligeros bailes á su alrededor; un rayo de luz que cayó de repente sobre sus ojos le despertó con sobresalto; se levantó y puso la mano á su esnada.

— Déjala en la vaina , hermano mio! le dijo quedito una voz enrronquecida y se vió delante el digno Tuiskoschirer en trage de viage , su paquete sobre la espalda y llevando en la mano lo que llamamos un farol de ronda , y en algunas provincias de Alemania farol de ladron.

Que haces aun aqui? le dijo Alf con tono brusco. No deberias tu segun la orden del rey , hallarte ya en el camino de Osnabrult con tus compañeros de viage?

— Si; respondió Tuiskoschirer con tono agrio , asi es como lo ha mandado el gran rey ; se ha vuelto en general un Monarca muy severo y muy poderoso: llegado á la cumbre rechaza con desden la fiel escalá que lé ha servido para subir. Por fortuna me ha concedido un plazo de algunas horas , y un hombre de buena cabeza sabe sacar partido de este intervalo.

— Bien , dime en pocas palabras, lo que te conduce á mi presencia, le dijo Alf con cólera , y en seguida retírate porque tu charlataneria no dispierte al rey.

— Que Dios me preserve de ello,

dijo Tuiskoschirer con un tono áspero, quien iria á despertar la pantera adormecida? mientras que duerme, á lo menos no deguella á nadie. Preferiria prolongar su sueño hasta la eternidad.

— Cual es tu designio? le preguntó Alf, apoderado de siniestros presentimientos.

— Tu has despreciado ya una vez mis buenas intenciones, respondió Tuiskoschirer: y despues que este furioso, este ingrato está sentado en el trono donde te queria colocar, creo que te has arrepentido mas de una vez de tu locura. Yo te hé observado hoy cuidadosamente, y conozco el iman por medio del que todavia es posible producir algun efecto sobre una pesada y fria masa de hierro como tu. Es con este motivo que con peligro de mi vida, hé entrado aun otra vez en esta caverna de asesinos, para ofrecerte la mas bella flor de la vida: no puede ser sino un insensato que pase delante de ella sin cojerla, cuando ostenta su esmalte á sus ojos y le deleita con sus perfumes. No me contradigas en este momento, añadió con tono suplicante, viendo que Alf iba á hablar. No te pido sino que

9.

me sigas, verás, y despues tomarás la resolucion que te acomodará.

— Donde quieres conducirme? dijo Alf inquieto, con un tono que anunciaba una negativa.

— No lo adivinas? le preguntó Tuiskoschirer sonriendo; y Alf que empezaba á adivinar la intencion de su tentador, le siguió con enagenamiento. Le condujo á traves de silenciosos y oscuros corredores hasta los aposentos de la reina.

— Ya hémos llegado, dijo Tuiskoschirer, parándose delante de una puerta cerrada con llave, pero que abrió con un instrumento de cerragero. Atravesaron á paso lento algunas piezas en las que las camaristas estaban entregadas al sueño, y entraron en el cuarto de dormir de la reina.

— Mira! dijo Tuiskoshirer con una laconica energia, dirigiendo la claridad del farol sobre la cama.

Alf se acercó y miró. Y hubiera deseado tener mil ojos, para ver otras tantas veces lo que se ofrecia á su vista. Una sonrisa celeste animaba la cara encantadora de la reina, que el dulce reposo en el que estaba sumergida ani-

maba del mas vivo encarnado ; sus labios de coral , parecian que provocaban al amor y sus entreabiertos ojos tenian la espresion de una tierna languidez. Alf que parecia haber echado raices al suelo , detenia su respiracion por temor de despertar á la reina , y de privarse del espectaculo que le encantaba.

Un risueño sueño , parecia revoltear delante del alma de la bella dormida ; estendió sus brazos de alabastro y hablo á media voz , con el acento de la mas ardiente pasion.

— Ha pronunciado mi nombre! dijo Alf que la escuchaba con tono triunfante, y quiso estrecharla en sus brazos pero Tuiskoschirer le detuvo con fuerza y le dijo al oido : quieres echarlo todo á perder , y privarte tu mismo , por tu impetuosidad , de la mayor felicidad de la que es posible gozar sobre la tierra? Esta hermosa muger será tuya , però el momento no ha llegado aun. Una tal mercaduria se vende cara nos entendemos en cuanto al precio. Esta vez , no te he conducido aquí sino para ver, ahora quiero que me escuches , que tomes una resolucion , y que en seguida obres como conviene á un hombre , con

prontitud y energia, para llegar al término de tus deseos.

Mientras estaba haciendo estas representaciones al joven, se lo llevaba á traves de los aposentos; cerró la ultima puerta con su ganzua, y volvieron á la antecámara del rey. Tuiskoschirer cuyos pequeños ojos llevaban la espresion de un triunfo infernal, alzó el pestillo de la puerta exterior hizo señal que andase á puntillas, y abrió con precaucion la puerta del cuarto de dormir del rey, entró quietamente en él, con el cuello tendido hacia delante, é hizo todavia otra vez señal á Alf de seguirle.

Alf le siguió; y se hallaron uno y otro juntos á la cama del rey, delante de la cual estaban colocadas la corona y las otras insignias sobre almohadas de terciopelo, Tuiskoschirer abrió las pesadas cortinas de seda adornadas con franjas de oro, y vieron á Juan dormido, palido, con los ojos abiertos y descarriados, un sudor sobre su frente, la boca espumante, y los dos puños cerrados; ofrecia un aspecto horroroso.

— El rey se halla enfermo, y no debe tardar en despertarse, dijo Alf con inquietud.

— De ningun modo , replicó Tuis-
koschirer desde que el sueño huye de
los ojos del asesino , jamas se acuesta
sin haber tomado una porcion soporifi-
ca : es verdad que esto no le preserva
de sueños que por el contrario no le
atormentan sino con mas furor , y es
feliz que durante un periodo de su vida,
reconozca la existencia del Espíritu que
le prepara una suerte funesta , y cuyo
brazo está ya estendido para ejercer so-
bre él espantosas venganzas.

— De rodillas ! gritó el rey rechi-
nando los dientes. De rodillas ! necesito
bever sangre ! sangre ! Y su brazo dere-
cho se agitaba como si hubiese estado
armado con la espada homicida.

— Alli á bajo te he enseñado la
recompensa , aqui debes ejecutar la ac-
cion , con la que puedes merecerla. Tu
ves sumido en el sueño este mónstruo,
cobarde , voluptuoso y cruel que degue-
lla sus victimas á sangre fria. Si con-
serva la vida y el poder , la pérdida de
millares de hombres es cierta. Valiente
joven se necesitan palabras para deter-
minar tu resolucion ? Los favores de la
fortuna no vendrán á buscarte por ter-
cera vez despues que los habrás despre-

ciado dos. Aquí tienes la espada del rey teñida con la sangre de los inocentes; un golpe vigoroso. — Nosotros esparciremos la voz de que se ha suicidado — Munster se verá libre de su tirano, tu subes al trono, la adorable Gertrudis, la infiel Elisa, todas las hermosas serán tuyas; confíate á los cuidados del viejo Tuiskoschirer para asegurar sobre tu cabeza la corona que te colocará en ella en presencia de todo el pueblo.

Alf se encontraba colocado sobre el estrecho límite que separa el crimen de la virtud. Sus chispeantes ojos, se habían fijado sobre el mónstruo sumido en el sueño, ya su mano se extendía para tomar la espada.

— Hiere! gritó Tuiskoschirer, cada instante de dilacion cuesta sangre humana. Quieres echar sobre ti la responsabilidad de todos los horrorosos crimines que este hombre exacrable cometerá aun en lo venidero si tu perdonas su vida por vanos escrúpulos.

Peró en aquel instante la fidelidad alemana alcanzó en la pura alma de nuestro joven una victoria completa — Yo le hé tocado la mano, se dijo entre si: ha sido lleno de confianza en

mi que se ha acostado — Y se volvió hacia el pequeño viejo cediendo al furor concentrado que hacia nacer en él la idea que aquel miserable habia atisado en su corazon culpables llamas, para que sirviese de instrumento á su venganza personal, le agarró por la manga de su sobretodo sin proferir una sola sílaba, y se lo llevó á pesar de su resistencia, como un insecto venenoso, que no obstante la pequeñez de sus dimensiones manifiesta su rabia esforzandose en morder todo lo que se encuentra junto á si de este modo atravesaron los aposentos y corredores, bajó la escalera, y soltó su carga con poco miramiento delante de la puerta del palacio — Alli tienes tu camino, exclamó Alf, indicando con la mano á Tuiskoschirer, la carretera de Osnabruck: si la salida del sol te encuentra en Munster, te denuncio al rey, que pronunciará sobre tu suerte segun le parezca.

El tentador respirando apenas, se escapó tropezando, y profiriendo con tono lastimoso quejas que le arrancaba la congoja: pronto desapareció entre las tinieblas de la noche.

CAPITULO XIX.

MUNSTER continuaba á defenderse con un valor digno de mejor causa. Es verdad que la dieta de Worms que Fernando, rey de romanos, hizo abrir en 1535, otorgó sumas considerables al obispo, pero como los pagos se hicieron con muy poca regularidad, la falta de fondos hizo estallar una rebelion entre las tropas mercenarias del ejército sitiado, que como decian, no querian acreditar por mas tiempo. No fué sino con mucho trabajo, y con peligro de su vida que los gefes lograron calmar aquella rebellion. No hubiere sido prudente tomar la ofensiva con tropas tan mal dispuestas; los generales se vieron pues obligados, á tenerse por entonces al bloqueo, y los sitiadores formaron al rededor de Munster círculos cada dia mas estrechos, semejantes al bejuco, que enlaza espirales, mas y mas cerradas en el arbol al que concluye por darle la muerte quitándole todos los jugos nutritivos.

Este bloqueo tuvo por la ciudad resultados que cada día se hicieron mas funestos. La clase mas pobre de los habitantes, reducida á alimentarse de raices de hierbas, cortezas y ojas de árboles, con el rostro pálido, y los ojos concavos rodeaban al rey cada vez que recorria las calles con toda su magnificencia, y le pedia pan con una voz desfalleciente; se vieron precisados á reducir el ordinario de las personas dependientes de la corte, á fin que el rey, sus diez y seis mugeres y los grandes pudiesen continuar á tener una mesa con tanto gusto como abundancia.

En vano el Obispo trató de obligar á los vecinos á entregarle la ciudad, prometiéndoles una completa y entera amnistia, de la que no serian esceptuados sino el rey, y sus cómplices mas inmediatos, los que pedia que pusiesen en sus manos. El temor que inspiraba el sanguinario Juan, venció el deseo de verse libres, que con todo empezaba á nacer en mas de un corazon. En vano el Langrave de Hese empeñó á sus antiguos correligionarios á abrir el oido á la razon, á cuyo fin les enviò una embajada particular. El rey para

manifestar que era muy superior al Langrave por su clase, reusó dar audiencia á sus embajadores, y aquellos se volvieron sin haber llenado su mision.

Miéntas tanto, los veinte y ocho profetas habian llegado á las ciudades que les fuéron designadas, y habian predicado con su fanatismo habitual los absurdos dógmas de los Anabatistas. Pero las autoridades, á quienes habia espantado el ejemplo de Munster, desplegaron tanta vigilancia como severidad. Por todas partes los enargúmenos fueron arrestados, é interrogados sobre su doctrina, y como persistiesen con terquedad en sus dogmas, les ejecutaron sin dilacion. Uno solo de entre ellos, escapó á la muerte y fué Enrique Hilversinn. Habiendo caído en manos del Obispo de Munster, prometió á este que le serviria de espía en la ciudad; le pusieron en libertad y volvió al lado del rey. Hilversinn contó á Juan que un ángel le habia libertado de la prision en que aguardaba la muerte, y le habia ordenado de anunciar al rey de Sion, que Amsterdam, Vesel y Deventer caerian en su poder, si todavia enviaba un mayor número de profetas.

Estas palabras resonaron como una música armoniosa en los oídos de Juan. Hizo marchar inmediatamente algunos apóstoles en cuyo número se encontraban Juan de Kempen y Juan de Geelen, á fin de que acabasen de convertir aquellas importantes ciudades y las dispusiesen á su favor. Juan recibió tambien en su palacio al intrigante Hilversinn, le hizo vestir el uniforme de la corte, le dió la sortija de oro, señal distintivo de los oficiales agregados al servicio de su persona, y le confió sumas de consideracion las que debia emplear en comprar socorros exteriores.

A la primera ocasion favorable, Hilversinn fué á reunirse al Obispo con aquellas sumas; despues envió una carta á Munster en la que exortaba á los habitantes que abandonasen el impostor, y á volver á entrar bajo la obediencia de su soberano legítimo, y á su antigua creencia.

Este acontecimiento hirió al rey en su flaco mas sensible, porque destruyó el prestigio de la infalibilidad de sus inspiraciones en la opinion de todos los que aun tenian ojos para ver. Una parte de los habitantes de Munster empezaron á

comprender que eran los esclavos de un execrable impostor que les conducia á su perdicion; pero el temor que inspiraba el monstruo ganó sobre esta conviccion, y viendo muy bien Juan que el terror era casi la única palanca que estuviese á su disposicion, la empleo con frecuencia, é hizo lo mismo que Dracon, escribió sus leyes con sangre.

Por mas que hiciese Alf en su posicion para mitigar la suerte de uno, proteger ó salvar á otro, cada dia veia caer nuevas víctimas, y la poblacion de una gran ciudad temblaba como una turba de esclavos delante del cobarde Sastre, convertido en tirano.

CAPITULO XX.

SIN embargo Alf continuaba ejerciendo sus funciones de coronel de guárdias, con tanta fidelidad como exactitud, á pesar de que desde el dia en que se concluyó la nueva organizacion de los trabanos, no velase ya en la puerta del rey, lo que confió á los capitanes cuyo servicio inspeccionaba.

En cuanto al sanguinario Juan, pasaba las horas de su sueño en una seguridad tan completa como si hubiese estado guardado por ángeles con espadas de fuego. Pero el jóven Alf que por sus funciones, estaba diariamente en palacio no podia dejar de encontrar á menudo á la hermosa Gertrudis, y aquellos encuentros atizaban mas de lo que él debia desear, el fuego que desde la memorable noche, no habia dejado de arder en su corazon. De dia en dia, las miradas de Alf se dirigian con mas ansiedad sobre los ojos de Gertrudis; espresaban un ardor cada vez mas abrasador, y no tardaron á hablar sin sujecion. Ya muy cansada Gertrudis, de su Sastre—Rey de cuyo amor participaba con trece rivales, amaba al bello coronel del modo que una muger voluptuosa y sin principios puede amar á un hombre robusto en la flor de su edad: su pasion no tenia mas freno que los zelos de su Sultan, con el que la menor infidelidad la esponia á una sentencia de muerte. Pero la mas violenta de las pasiones sobrepujó en fin, hasta aquel mismo temor.

En una de aquellas ruidosas fiestas de la corte, con las que el rey procu-

raba alucinarse, igualmente que á los que le rodeaban, Alf, despues de un baile animado, descansaba con las manos cruzadas detras la espalda. De repente sintió que le apretaban con cariño su mano derecha unos dedos delicados, y que le abandonaban un billete, y en aquel instante la primera reina pasó junto á él con la rapidez del rayo, echándole una espresiva mirada. Salió inmediatamente, y junto á la mas vecina lámpara, leyó estas dulces palabras.

— «A la una de la madrugada, en el corredor superior, la primera puerta á la izquierda»

En su enagenamiento, besó con ardor la agradable invitacion, y la tragó para que todo descubrimiento fuese imposible. Luego volvió á entrar en la sala del baile: sus mejillas echas áscua, sus ojos inflamados, y su aire triunfante informaron á la hermosa Sirena que habia leído y comprendido su billete.

Tocó media noche. De repente Gertrudis fué atacada de una violenta jaqueca, y se hizo conducir á su aposento. El rey dijo con una voluptuosa sonrisa algunas palabras á Elisa la que por toda respuesta, bajó con rubor los ojos. La

reunion se separó, y Alf sumido en ilusiones agradables, tomó el camino de su habitacion. Encontró á la fiel Clara que le aguardaba hilando á la luz de su lámpara, y sus ojos por lo regular tan animados, estaban obscurecidos, sin que se pudiese distinguir, si habia llorado, si solo estaba cansada de su larga vela, ó si era cansancio y tristeza á un mismo tiempo.

— Empezaba á creer que no volveriais á casa esta noche, dijo la buena Clara, con un tono amistoso pero melancólico.

— Se ha bailado hasta mas tarde que de costumbre, dijo Alf con negligencia, echándo una ojeada al espejo de Bohemia que habia colgado en la pared, á fin de adquirir la seguridad que era digno de la hermosa reina, y se calò algo mas sobre los ojos su birrete adornado de plumas, para darse un aire mas emprendedor.

— Clara habia encendido en la lámpara el candelero que Alf debia llevarse á su cuarto, y se lo presentó.

— Salgo ahora mismo, querida Clara, dijo Alf con alguna turbacion. Yo no hé vuelto si no para prevenirte de ello, porque temí que no velases toda

la noche aguardándome.

— Salis otra vez? dijo Clara con el tono de la sorpresa y de la curiosidad. Pero esta no es la hora de vuestras rondas de noche?

— El dia de hoy lo ha desarreglado todo, continuó Alf aumentandose siempre su turbacion. Debo realmente volver otra vez á palacio.

Entonces Clara se apoderó de su mano derecha con ámbas manos, y sus ojos que manifestaban la espresion de la dulzura y de la fidelidad, fijaron sobre él una mirada escudriñadora.

— Alf que se sintió culpable bajó sus ojos Kippenbrock, exclamó Clara apoderada de un repentino temor, no salis, espero con intenciones vituperables?

— Tu sueñas, muchacha, antes de dormirte; acuéstate, te lo suplico, prosiguió Alf en tono de chanza, y se inclinó hacia ella para abrazarla, cuyo agradable hábito habia tomado hacia algun tiempo, cuando la dejaba. Pero Clara se retiró y le dijo con tono serio: — Hoy no, querido Kippenbrock. Yo no se lo que me inquieta y aflige.

— Tú eres una loquilla, exclamó

Alf, entre enfadado y medio conmovido; salió con precipitación, como si hubiese querido escaparse á los sentimientos penosos que aquellas observaciones dictadas por la mas tierna solicitud le habian hecho nacer. Cuando dió el tercer cuarto despues de la media noche, se encontraba ya embozado en su capa en el corredor superior de palacio; lleno de impaciencia, no apartaba los ojos, de la pálida luz de la lámpara, colocada en la otra estremidad, de la puerta indicada en el anónimo.

Finalmente, tocó la hora y la puerta permaneció cerrada, y por las singulares contradicciones del corazon humano, su mal humor le condujo á reflexiones morales.

— Pero, en el fondo, se dijo Alf á si mismo está muy mal hecho el hallarme yo aquí. Que el rey merezca toda clase de castigos, me importa poco, una vez le hé reconocido por mí Soberano; y Gertrudis es su muger legítima. Mi deber es el mantener el orden en el palacio, y estoy en el punto de perturbarlo de un modo inicuo ! En fin hiero tambien los derechos de la pobre Clara que me ama con tanta sinceridad, y

que oculta su cariño con tanta modestia, de Clara que debo mirar como a mi futura esposa. Si ella supiese que estoy aquí aguardando el momento que se abra aquella puerta? Buen Dios! añadió el cándido Alf, con que cara me presentaré mañana delante de ella, si... No, la hermosa Gertrudis que no me aguarde, yo me ahorraré un pecado, y ella tambien....

Ya se alejaba. Cuando de repente una brillante luz se presentó en el fondo del corredor. Una muger, bella, alta y magestuosa vestida con una bata blanca, se adelantaba á paso lento hacia él, llevando en la mano un candelero de dos brazos. Alf la conoció, y exclamó con emocion: — Elisa.!

Aquella hermosura quedó muy sorprendida reconociendo la voz de Alf. Pero se puso inmediatamente sobre sí y dijo con tono magestuoso — Coronel sois vos? Como os encontrais aquí á esta hora.

— Señora, mi servicio me autoriza á ello: replicó Alf.

Elisa miraba fijamente al jóven, y sus negros ojos parecia que estaban prontos á lanzar sobre él una mirada

amorosa; pero de repente llena de pavor, arrojó un ligero suspiro, llevó la mano á su frente, se volvió, y dijo á Alf por encima la espalda: buena guardia, coronel! y se adelantó con paso vacilante en el corredor principal. Alf que la seguia con la vista, la vió acercarse á los aposentos del rey, los trabanos que estaban de faccion abrieron la puerta, Juan se adelantó hacia Elisa con los brazos abiertos, y la puerta se cerró tras ella. Entonces halló una coneccion muy natural entre las palabras que el rey la habia dicho al oido y lo que acababa de ver; dió una patada, transportado de zelos y de cólera.

— Esto es admirable! dijo rechinando los dientes; este libertino se entrega al placer en los brazos de la mujer que habia de ser mi esposa á los ojos de Dios y de los hombres, y que me arrebató con violencia. Sin que mi aspecto la mueva, la infiel se le abandona; y yo como un niño que tiembla delante de una doncella, temo hacer otro tanto con el tirano. Ojo por ojo, diente por diente, tal es la antigua ley: y á fé, que yo no la derogaré.

La primera puerta de la izquierda

giró sobre sus goznes; la bella Gertrudis, en el mayor abandono, se presentó con una bugía en la mano, y con la mas graciosa sonrisa, hizo una señal á nuestro joven — Venganza! exclamó dentro de si Alf, precipitándose en los brazos de Gertrudis; y la puerta se cerró detras de la amorosa pareja.

CAPITULO XXI.

AL dia siguiente por la mañana, Alf se entregaba á sus deliciosos recuerdos miéntras aguardaba en la antesala las órdenes del rey. De repente entró Krechting, prevoste de la ciudad, fanático furibundo y fiel discípulo de Juan: le seguian algunos soldados mercenarios que conducian á dos pages atados. Alf reconoció en aquellas caras pálidas y descarnadas por el hambre los dos jovencitos que habia salvado de las manos del profeta Matéo. Movido de compasion, preguntó al prevoste que crimen aquellos muchachos habian cometido.

— Los hemos encontrado en las obras exteriores, exclamó Krechting con furor, disponiéndose á pasar al campo de su antiguo Señor el Obispo! anunciadnos al rey, hermano coronel.

— Ay de mi! estimado señor, dijo llorando uno de los pages, nosotros nos hubiesemos quedado aquí de muy buena gana, pero no hémos podido soportar por mas tiempo el hambre que nos devora.

— Vos pudiereis muy bien sofocar este asunto dijo Alf. El conducir estos muchachos á la presencia del rey, es darles la muerte, y yo no quisiera cargar mi conciencia con su sangre.

Krechting le miró de soslayo con indignacion, y entró precipitadamente al cuarto de dormir del rey. Muy pronto él pareció á la puerta, é hizo una señal á los mercenarios, los que le condujeron los muchachos. Se oyeron allí voces confusas. El rey en su cólera, dirigia violentas reprensiones á los pages que lloraban y le suplicaban que les perdonase. Elisa exclamaba con una voz compungida: Juan, te lo suplico en nombre de nuestro amor, por esta vez solamente, muéstrate clemente.

Casi en el mismo instante, se oyeron lastimosos ayes, en seguida el ruido de una caída en el suelo. Lo mismo que si una fuerza irresistible hubiese arrastrado á Alf, se precipitó al dormitorio del rey.

El crimen se habia consumado. Los dos muchachos se veian tendidos sin vida, el rey estaba cerca de su cuerpo, con la espada desnuda en la mano. Elisa que todavia permanecia postrada á sus pies, soltó sus brazos de las rodillas del déspota y se levantó, indignada de la crueldad de su esposo, resentida de que no le hubiese concedido su demanda aquella orgullosa muger exclamó con el tono el mas vehemente. Yo no creo Juan; que sea servir á nuestro Dios el derramar sobre su pueblo las miserias con las cuales le has afligido!

Despues de este temerario discurso de Elisa, Krechting arrojó un grito de terror; el rey la echó una mirada fria é infernal, y la dijo con tono tranquilo: — Yo te daré mi respuesta en la plaza del mercado. En seguida se volvió hacia Alf. — Haz que vengan aquí mis mugeres y toda mi corte, le dijo. Haz tambien reunir mis trompetas y pitos,

pues hemos de ir á la plaza del mercado, donde tengo que ejercer al instante mis funciones de juez á la vista de todo el pueblo. Kippenbrock, tu me acompañarás con toda tu tropa.

Aquella singular solemnidad hizo nacer presentimientos siniestros en Alf; y salió con el corazón oprimido para ejecutar las ordenes del rey.

CAPITULO XXII.

EL pueblo se agolpaba á bandadas en la plaza mayor, ansioso de saber que nuevo espectáculo iba á ofrecerse á sus ojos. Una marcha fúnebre ejecutada por trompetas y pífanos se oyó á lo lejos. El duque Haenslein el de la calle larga, formó un espacioso círculo con sus mercenarios, á fin que hubiese lugar para el rey y su corte.

Llegó la comitiva. Detrás de la música venia Alf á la cabeza de un peloton de sus trabanos; luego seguian el rey y Krechting, y en medio de ellos iba Elisa, vestida todavia con su bata de noche,

pálida, vacilante, con el pelo esparcido y las manos unidas. Despues se veia la bella Gertrudis, seguida de todas las otras mugeres del rey, los oficiales de la corte y algunos trabanos que cerraban la marcha.

El rey hizo una señal; Krechting se retiró respetuosamente; las trece mugeres formaron un círculo al rededor del rey y de Elisa.

— De rodillas, mugeres puras! gritó Juan con una voz igual al trueno. Las mugeres cayeron de rodillas, la espada del rey resplandeció, y la cabeza de Elisa se desprendió de su ensangrentado tronco, rodando sobre la arena.

— Execrable asesino! gritó Alf poseido del mayor furor y de rabia, viendo perecer de un modo tan inesperado á una muger que habia amado apasionadamente, y con la espada levantada se precipitó hacia al rey para abrirle el cráneo; pero el fiel Haenslein se arrojó sobre él y detuvo su brazo.

— El pobre coronel exclamó, yá ayer tuvo la fiebre! la sesion redobla en este momento! Ayudadme á contenerle y á conducirle á su casa, á fin de que se le den los socorros que reclama su estado.

Los trabanos se apoderaron de Alf, quien á pesar de su porfiada resistencia fué desarmado y conducido á su habitacion.

— La que acaba de sufrir su sentencia blasfemó contra el Espíritu, que esta esparcido sobre su rey y Esposo, dijo Juan dirigiéndose al pueblo: ella se hizo pues culpable de un adulterio espiritual y ha merecido bien su castigo. Rendid gloria á Dios.

Las trece mugeres se levantaron y cantaron con una voz sonora « Gloria á Dios en el reino celeste.» Las trompetas y pífanos tocaron una marcha festiva; el rey tomó la mano de Gertrudis y empezó con ella un baile alegre; las otras mugeres y oficiales de la corte siguieron aquel augusto ejemplo. El descarriado pueblo, se puso igualmente á bailar á pesar de los gritos de sus vacíos estómagos: y de todas las bocas resonó el grito de alegría. « Gloria á Dios en el reino celeste.»

CAPITULO XXIII.

Alf se halló realmente atacado de la enfermedad, que en su oficiosidad Haenslein le habia prestado, por salvarle la vida. La agitacion en que le tenian sin cesar aquellos raros y crueles acontecimientos; la confusion de pasiones que trastornaban su corazon; y sobre todo la conviccion en que se afirmaba mas de dia en dia, de que el Anabatismo, al que habia sido adicto tan de buena fé, era una doctrina perjudicial; los remordimientos que experimentaba por haber tomado parte hasta entonces á tales desórdenes; todo contribuia á destruir su salud, á pesar de su vigor y de su juventud. La tirantez que habian dado á sus nervios los nuevos horrores de aquel dia, habian solo sostenido sus fuerzas: pero el último crimen de Juan, el tierno interes que Alf todavia conservaba á la víctima, la rabia de ver escapar la justa venganza que queria tomar del execrable asesino, habian completamen-

te abalido á este desgraciado jóven. Estuvo durante muchas semanas, poseido de una violenta calentura, en la casa de Trutlinger, donde la fiel Clara, pálida y desfigurada por el pesar, le daba los cuidados mas asiduos.

En fin su juventud y su buen temperamento que ningun esceso habia alterado triunfaron de la enfermedad: y luego que se calmó la calentura recobró sus fuerzas con la misma prontitud que las habia perdido. Salió por la primera vez de su cuarto para disfrutar de la saludable influencia del dia, en uno de los hermosos del verano, cuando Haenslein corrió á su encuentro, le abrazó cordialmente, á pesar de todos los esfuerzos que hizo para impedirlo, y le felicitó por su restablecimiento.

— Déjame! le dijo Alf con cólera: Yo no tengo nada de comun en este mundo con el defensor del tirano.

— Siempre serás precipitado! le replicó Haenslein riendo: siempre el corazon puede mas que la cabeza. Así te he conocido desde tu infancia. Te he retirado del abismo donde ibas á precipitarte sin ninguna utilidad. La

pobre reina, una vez muerta, nadie podia socorrerla. Tú hubieras concluido con el rey, los fanáticos que hormiguean en la masa del pueblo te hubieran despedazado al instante. Su Magestad no valia la pena de ello, y Munster no se habria hallado en mejor estado con tu muerte Kuipperdolling y compañía se habrian apoderado del poder, y los asesinatos continuarian como ántes Yo te he pues conservado para cosas de mucha mayor importancia de las que nos vamos á ocupar lo mas pronto posible, ya que estás bien fortalecido de piernas.

— Alf echó sobre su amigo una mirada indagadora y se hizo conducir por él á su cuarto, y colocar en una silla.

— La ciudad está en una triste posicion, dijo Haenslein. El hambre se hace cada dia mas intolerable, veo muy próximo el momento en el que el desgraciado pueblo se entregará á la mas completa desesperacion. No hay pues que esperar que se levante el bloqueo. El grueso de los Anabatistas se habia reunido á Bolswart en Frisia y no hubiese tardado en venir á nuestro

socorro; pero el gobernador de la provincia ha atacado aquella plaza y la ha tomado en el cuarto asalto, y ha degollado casi toda su poblacion. En Amsterdam, Juan de Kempen y Juan de Geden han hecho todo lo que han podido para obtener que se nos levantara el bloqueo. Miéntras que el consejo y los vecinos notables estaban reunidos en la casa de la Ciudad por un banquete, nuestros partidarios han asaltado el palacio, y han acuchillado á todos los que hacian resistencia: los burgomaestres Pedro Colyn y Simon Beste han quedado muertos; pero el burgomaestre Goswin Rekalf, habiendo reunido el vecindario, tuvieron un porfiado combate, y los nuestros quedaron muertos allí, ó lo fueron luego en los suplicios, entre otros el pobre Kempen que tomaba ya el título de Obispo de Amsterdam. Pero Geden se colocó arriba del campanario de casa de la Ciudad, y allí fué traspasado de un balazo y cayó muerto en el mercado; y con él murió nuestra última esperanza.

— Dios mio! estos horrores no concluirán jamas! dijo Alf arrojando un

suspiro y levantando las manos ácia al cielo.

— Quizás muy pronto para Munster, dijo Haenslein, pero la catástrofe será terrible. La ciudad debe rendirse dentro poco, y entónces el señor Obispo Francisco podria no tratarnos con mas dulzura de la que no nos ha tratado hasta aquí el señor rey Juan. Yo en mi particular, no tengo que esperar perdon suyo dentro de estas murallas; por lo que he resuelto en mi cuerdo juicio volverme hoy mismo al campo de mi antiguo soberano.

He descubierto una salida por la cual es fácil escaparme, yo me atrevo á conducir un ejército entero á Munster por el mismo camino; yo espero que este secreto servirá para hacer mi paz con el Obispo. Si quieres acompañarme tomaremos las de Villadiego esta misma noche. Los centinelas que ahora tienen la costumbre de indemnizarse del hambre que han sufrido durante el dia, durmiendo en su puesto durante la noche no nos impedirán nuestra marcha.

— La casa de mi padre, es una casa de oracion, y vos habeis hecho

de ella una caverna de asesinos! dijo Alf con tono sombrío, despues de haber permanecido por largo tiempo sumido en profundas meditaciones. — Si! la doctrina originariamente pura de los Anabatistas, podia ser un don precioso que nos hacia la mano misericordiosa de Dios, pero los mónstruos que nos la predicán, y que la modifican segun el capricho de los deseos de su corrompido corazon, han manchado aquella noble imágen con tanto cieno y sangre que se ha hecho desconocida. Una doctrina que autoriza un rey Juan á ejercer su furia sobre los hombres, como el lobo ejerce la suya sobre un rebaño de corderos sin defensa, no puede dimanar de Dios. Yo renuncio á ella: que el Dios de Bondad me perdone si he obrado, si he peleado á favor de una causa que debe ser mala, pues que eleva á los malvados y conduce á los buenos á su perdicion.

— Luego me acompañas? le preguntó Haeuslein presentándole la mano á fin que tocase la suya.

— Sí, contestó Alf, bajo el supuesto que Clara pueda y quiera ser del viaje. Prometí á su tio protegerla,

y no puedo abandonarla en una ciudad que se hallará espuesta á todos los horrores que experimenta una plaza tomada por asalto.

En aquel momento, Clara entró para presentar á Haenslein lo que ella podia ofrecerle en un tiempo en que los víveres se vendian ya á peso de oro; una copa de agua y algunas rebanadas de pan frotadas con sal.

— Vos estais muy tranquila y muy confiada en nosotros, buena muchacha, dijo Haenslein llevando la mano al plato, miéntras que meditamos contra vos un plan espantoso. Queremos sacaros de Munster.

— Ah! ojalá Dios! dijo la jóven suspirando.

— No es chanza, continuò Alf. Esta noche salgo de Munster con este amigo; siempre, que tú querida Clara, quieras acompañarme.

— Por todo el mundo, exclamó Clara con un interesante abandono; que tengo todavía en el mundo, fuera de vos!

— He aquí el juego concluido, gritò Haenslein. Preparaos para la marcha, pero no os cargueis de equipage inútil.

Nada de armadura, Alf. Una corta espada para el caso más desagradable, será suficiente. Clara irá mejor vestida de hombre. Tendremos que trepar por varios lugares y necesitamos que nada nos incomode. Estad prontos, que vendré á buscaros á media noche en punto. — Saliò y Clara embriagada de placer al ver su libertad tan cercana abrazó con ardor á nuestro jòven, y exclamò: — Con que yo saldré con vos de este infierno, querido Alf! Ahora empiezo á esperar que podré un dia ser feliz en la tierra.

Escurriéndose delante de los dormidos centinelas, trepando por sobre las murallas y parapetos, atravesando los fosos en los parages vadeables; los tres fugitivos habian llegado por último á la campaña en aquella noche decisiva sin haber sido detenidos, y ya se adelantaban á buen paso ácia los fuegos del campo de los Episcopales.

De repente oyeron cerca de ellos un ruido de armas, y una voz áspera les dió el *quien vive*?

— No tengo ganas de que me pillen aquí, dijo Haenslein en voz baja á Alf: si fuese cogido, podria ser muy bien

que mi regreso voluntario no me serviría de nada, y tengo necesidad de sacar partido de ello á causa de mi antigua cuenta. Yo voy pues á ver como podré escurrirme por la derecha, para alcanzar la tienda del Obispo. Continuad vosotros á marchar de frente y nada temais.

— Quien vive! repitió la misma voz con tono mas fuerte.

— Amigos, respondió Alf, mientras que Haenslein se escapaba por la izquierda con mucha agilidad; desertores de Munster! y al instante fueron rodeados de soldados.

— Desertores? preguntó el comandante del peloton: es una gran cuestion el saber si este título os salvará la vida! Estos últimos dias han emigrado cerca de mil habitantes de Munster, y la mayor parte de los hombres han sido acuchillados por orden de nuestros gefes.

— Es la maldicion que cae sobre esta especie de guerras: el que tiene la justicia de su parte se vé obligado por los escesos de sus adversarios á ejercer injustas venganzas. Entónces un crimen produce otro crimen; las atro-

ciudades se suceden unas á otras sin interrupcion, y la compasion queda sofocada en los corazones.

— Hablais con tanta elegancia, dijo el gefe del peloton, con tono irónico como si fueseis uno de los profetas de Munster. Primeramente dadme vuestra espada, y seguidnos al campo con vuestro muchacho; El Obispo pronunciará sobre vuestra suerte.

— Vos me conducireis ántes delante de vuestro general, replicó Alf, con tono firme; debo hacerle revelaciones de grande importancia.

— Pero vos hablais como si en vez de ser nuestro prisionero fueseis nuestro capitan, dijo el gefe del peloton; con aire mal humorado. Por fin, veremos si el general se dignará admitiros á su presencia. Adelante.

— Que Dios nos proteja dijo Clara toda temblando, y arrimándose á su protector.

— Buen ánimo, mi querida Clara, le dijo Alf, todo irá bien; y siguieron á paso largo á los soldados ácia el campo.

CAPITULO XXIV.

EL hermoso sol de junio iluminaba ya el campo. Alf y Clara se hallaban con sus conductores delante de la tienda del general. Un predicante flaco alto vestido con su traje negro, se adelantò ácia la tienda; á la vista de Alf se parò con sorpresa, y preguntó al gefe del peloton quienes eran aquellas gentes.

— Son desertores de Munster, respondió aquel, que hemos cogido esta noche. Quieren absolutamente hablar al general.

El predicante consideró con un ojo muy atento á Alf, que estaba sepultado en una profunda meditacion; luego se le acercò y le dijo presentándole amistosamente la mano.

— Es como desertor que os vuelvo á ver? demos de ello alabanza al cielo! de este modo mi prediccion se ha cumplido: — Señor doctor! exclamó Alf con tanta alegría como admiracion, al

reconocer á Fabricio.

— Luego, los escesos que se cometen en la nueva Sion han llegado á su colmo? dijo éste. Me admiro que no os hayais desengañado ántes; que vuestro corazon y vuestro entendimiento hayan podido resistir tanto tiempo, á la vista de aquellos horrores dignos de los paganos.

— Señor doctor, le respondió Alf, cuando un aleman ha tomado ley á un amo de su eleccion, se necesitan muchos golpes de acha para que le abandone, si es que no le queda fiel hasta la muerte.

— Y los golpes de hacha no os han faltado segun parece, dijo Fabricio. Luego sois ya de los nuestros?

— Con todo mi corazon, replicò Alf con vivacidad.

— Lo demas lo dejaremos para el confesionario donde creo poderos aguardar en breve, dijo Fabricio. Por de pronto, me concretaré en prepararos una buena acogida del general.

Sacadiò cordialmente aun otra vez la mano de Alf, y entró en la tienda. Algun tiempo despues fué llamado el jòven y su pretendido compañero. O-

berstein estaba sentado con el doctor, y junto á ellos se veia puesta una mesa para el almuerzo colocadas en ella varias copas para amenizarla con algunos tragos.

— Acércate! le dijo el general con tono serio y un poco sombrío, que tienes que descubrirme?

— El sonido de la voz del que le preguntaba, dió á Alf la certidumbre que era el coronel, que habia dejado escapar en la noche que él estaba de patrulla, pero no lo manifestó.

— Para poner fin á la miseria de la ciudad, respondió, estoy pronto á enseñar á vuestros soldados el camino por donde me he escapado.

— Tambien es el sonido de su voz! exclamó Oberstein, levantándose de su asiento y colocándose delante de Alf. Ya nos hemos encontrado otra vez en este mundo, añadió; y fué en las obras exteriores delante de la poterna nueva, al claro de la luna; vos sois el oficial que me hicisteis prisionero, y que me dió la llave de los campos? No es verdad?

— Fué con un particular placer, respondió Alf, que cogí la ocasion que

se me ofreció de salvar á tan noble y antiguo capitan.

— Y ahora quereis entregarme la ciudad? continuó Oberstein, á fin de cortar de una vez los horrores que se cometen en ella ya hace demasiado tiempo? Vos me obligais doblemente, vuestra recompensa será grande.

— Es de mí de quien se debe ménos tratar aquí, continuó Alf. Mis solas condiciones son: perdon para mí y para los que me acompañan; y que separen los hombres descarriados de los malvados.

La decision de la dieta de Worms nos hace de ello un deber, dijo Oberstein. Salva la vida y la libertad á todos ménos á los gefes, y á los que se encontrarán con las armas en la mano.

— Pero en este caso, le objetó Alf con una animosa franqueza, debian haber sido perdonados los desgraciados que se escaparon de la ciudad?

— Los principales gefes del ejército del Obispo, replicó Oberstein encogiéndose de hombros, estaban exasperados por todo lo que ha sucedido; y los hombres en su cólera no siempre hacen lo que es justo delante de Dios.

Los ojos del general se dejaron caer sobre Clara que se habia escurrido en un rincon, junto á la entrada de la tienda.

— Quien es aquella bonita cara? le preguntó. Quizas seria uno de los pages del Obispo? Esto seria una gran felicidad. En la salida que los Anabatistas hicieron al principio del sitio, se llevaron prisioneros, á estos dos escuderos, y el prelado tiene una inclinacion particular á uno de ellos, por el cual su ternura es verdaderamente paternal.

— Aquellos muchachos han sido tambien víctimas de la crueldad del rey. Esta muchacha es hermana de la reina Elisa, la cual ha pagado con su cabeza las quejas que le arrancó aquel asesinato.

— Gran Dios! cuantos crímenes! exclamó Oberstein. y Fabricio levantó el dedo índice: Vos habeis conducido en vuestra compañía á una jovencita en traje de hombre? seria esto acaso un resto de aquella señal Anabatista que os ha hecho despreciar por algun tiempo, la eternidad, la continencia y las buenas costumbres.

— Bajo mi honor os afirmo que

no, señor doctor, prosiguió Alf, y os suplico de unirme lo mas pronto posible con los lazos del matrimonio, á esta vírgen sin mancha, que es mi prometida esposa.

— Esto es otra cosa, dijo Fabricio pasando su mano con un aire de interés por las afelpadas mejillas de Clara. Honor al antiguo buen órden!

— Su Reverencia y Alteza Serenísimá Monseñor el Obispo, suplica cortesmente al general que tenga la bondad de ir á su tienda lo mas pronto posible, dijo entrando en la tienda un capitán de los Episcopales. Un prisionero Anabatista ha relevado cosas de una alta importancia, sobre las que es necesario deliberar sin dilacion.

— Acompañadme á la habitacion del Obispo, dijo Oberstein á Alf.

— Pero que será de mí, preguntó en voz baja Clara llena de inquietud.

— Puedo tomarme la libertad, señor doctor, de recomendar esta muchacha á vuestra proteccion, dijo Alf á Fabricio, con tono suplicante.

— Yo velaré sobre ella, como si fuese mi propia hija, replicó éste tomando la mano de Clara; y el jóven

siguió al general con el corazón aliviado.

CAPITULO XXV.

FRANCISCO, conde de Waldeck, obispo de Munster, sepultado en un justo dolor se paseaba á pasos largos por su gran tienda. Inmediato á la entrada estaba Haenslein el de la Calle Larga, pálido, cargado de cadenas y rodeado de trabanos. Oberstein entró con Alf.

— Este desgraciado, exclamó el Obispo, luego que divisó al general, este infeliz ofrece reparar los pecados de su vida, entregando la ciudad; pero ha merecido la muerte tres veces, primeramente sirviendo en mi caballería, hirió á su superior, desertó y abjuró su fé. Creo que se le debería poner al tormento para sacar de él las noticias que tiene relativas al camino de Munster y en seguida hacerle ahorcar; porque sería faltar á todas las leyes divinas y humanas el dejarle la vida.

— La demasiado rigurosa aplicacion

de la mas ecsacta justicia, es á menudo una injusticia, replicó el general con tono conciliador. Yo opino por la clemencia.

— Aquel mónstruo no os ha hecho perder nada que apreciaseis, exclamó el Obispo deteniendo con dificultad sus lágrimas. Tengo noticia cierta que el miserable Sastre ha degollado á mis dos pages porque querian salvarse de sus garras.

— Esto es sumamente sensible, dijo Oberstein con tono de interes; pero encareciendo sobre estos horrores podeis imprimir una mancha á vuestra fama y no reparar lo que está ya hecho. Soy de parecer de conceder el perdon á este desertor, y comprar de este modo un guia fiel; porque, sobre todo, lo que mas os interesa, es el haceros dueño de la ciudad con la menor dilacion posible.

— Podeis tener razon, dijo despues de una pausa el Obispo á quien el tono enérgico y la tranquila razon del respetable anciano habia convencido.

— Yo os conduzco un nuevo guia que merece toda confianza, continuó Oberstein presentándole Alf: nosotros

podremos con su ayuda dividir y dirigir nuestras tropas de un modo mas seguro.

— Este hombre? exclamó inmediatamente el Obispo viendo á Alf. El infame! Por fin la Divina Providencia le ha entregado en manos de sus jueces.

— Que es esto señor Obispo? preguntó el general con sorpresa. Por que crimen este jóven, que segun toda apariencia, veis hoy por primera vez, puede haberos ofendido?

— Oh! no le conozco sino demasiado bien! exclamó el Obispo con vehemencia. Cuando en el año último, el profeta de mentiras Matéo sorprendió mi campo, este pícaro mandaba los Anabatistas como coronel. En el momento, en que casi caí prisionero, me arrojaba á mi caballo, y le vi precipitarse en mi tienda, á la cabeza de su tropa.

— Pero, por Dios, prosiguió Obers-
tein, no se debe llevar la severidad hasta el exceso. Seducido lo mismo que aquellos habitantes de Munster á quienes habéis ofrecido desde mucho tiempo una amnistía general, este jóven no ha hecho sino lo que entónces miraba co-

mo su deber; en el dia, disgustado del despotismo del Sastre, ha pasado voluntariamente á nuestra parte.

— Y en aquella sorpresa, mi desgraciado sobrino fué hecho prisionero con su compañero! exclamó el Obispo. Quien le ha conducido á la muerte, si no es el execrable gefe de aquella banda de foragidos? Matéo ya ha sido juzgado; la Divina providencia ha puesto á este en mis manos para que sufra el condigno castigo.

— Por esta vez dijo Oberstein, el reconocimiento me hace un deber de salvarle la vida. Este jóven me la salvó á mí; y jamas lo abandonaré.

En este momento el ayuda de cámara del Obispo, anciano y venerable por sus canas, entró con el desayuno.

— Jesus María! exclamó el ayuda de cámara viendo á Alf; dejó caer el plato y se precipitó á sus pies. — Dios me ha, pues, concedido la gracia de manifestar mi reconocimiento al que me salvó la vida! dijo sollozando

— Salvado la vida! exclamó admirado el Obispo.

— Estais equivocado padre mio, le dijo Alf desasiéndose de los brazos del

anclano; yo no os he visto nunca.

— Tan seguro estuviese de mi salvacion, como de que es cierto lo que acabo de decir, respondió el viejo ayuda de cámara. Vos coronel no os acordais pues del dia que penetrasteis en nuestro campo con el horroroso Matéo? En el momento en que Su Alteza acababa de alejarse y que Matéo entraba en aquella tienda donde habia ya traspasado con su alabarda el primer cocinero, y dos lacayos, los dos pages tenian abrazadas sus rodillas, y su alabarda estaba levantada sobre ellos, os precipitasteis entónces sobre él, vuestra mano detuvo la suya; y le obligasteis á dejar la vida á aquellos muchachos conduciendolos fuera de la tienda. En cuanto á mí, yo salí entónces del rincón donde estaba escondido, me puse de rodillas en aquel puesto, y dije con recogimiento una *Ave Maria* para mí y dos por la salvacion de vuestra alma, á fin que Dios os salvase de la muerte eterna, como me habias salvado la vida en la tierra.

— Conque señor Obispo, dijo Oberstein, este jóven salvó la vida á aquellos cuya sangre se queria vengar

sobre él! su crimen es el no haber podido estar siempre á su lado, para preservarles del furor de las bestias feroces.

Puedes tú jurar, preguntó el Obispo á su ayuda de cámara con tono solemne, que este hombre es el que salvó la vida á los dos muchachos en esta tienda?

— Esto es tan verdadero, como confio que Dios tendrá misericordia de mí en mi última hora, contestó el anciano poniendo la mano sobre su corazón.

El Obispo se acercó á Alf, y le dijo con tono conmovido: — Tú tenias buenas intenciones, hijo mio, pero Dios lo ha ordenado de otro modo; y volviéndose acia Oberstein continuó así: — Os abandono los dos desertores; y me confio á vos por las medidas que deberán tomarse en adelante. Espero que vos mismo me propongais lo que puedo hacer por este jóven. Olvidareis lo que acaba de pasar, por poco que reflexioneis cuanto he sido herido por todas aquellas atrocidades, como hombre, como tio, como soberano del pais, y como príncipe de la Iglesia.

Oberstein se inclinó respetuosamente y tomó la mano del prelado, que este le alargaba, y el Obispo con la cabeza inclinada sobre el pecho se retiró en la parte interior de la tienda. A una señal que hizo el general los grillos de Haenslein cayeron.

— Esta vez sí que he visto la horca de cerca, dijo este sacudiéndose. Quedo advertido; en lo venidero yo me guardaré de volver á desertar.

— Este es otro antiguo conocimiento, dijo Oberstein considerando al chocarrero con una sonrisa. Ahora voy recordando sus facciones: hace poco el temor de la muerte las habia un poco alargadas.

— Sin duda, dijo Haenslein besando la mano al general; y vos querido príncipe de la guerra, habeis defendido con calor la causa del desconocido Anabatista, ántes de tan siquiera sospechar de que le debieseis una ligera obligacion.

— Ahora, hijos míos, seguidme, dijo el leal Oberstein, á fin de olvidar en mi tienda las congojas que habeis sufrido, y para poner fin á las inquietudes de la bonita desposada.

— Con todo mi corazón! exclamó Haenslein con el acento de la alegría. Hizo un salto para salir mas pronto, y los otros le siguieron.

— Teneis la intencion de hacer bendecir vuestro matrimonio hoy mismo? dijo en el camino Oberstein dirigiendo la palabra á Alf con el tono de interés; hay sacerdotes católicos y luteranos en el campo. Yo me encargo de la boda, y podeis prometeros un presente por parte del Obispo.

— Yo quisiera diferir esta ceremonia hasta despues de la rendicion de la ciudad, respondió Alf; si yo moria en la sorpresa mi muger quedaria viuda demasiado pronto, y seria mas de compadecer que si tuviese que llorar solo á su futuro. Por otra parte, yo no podré tener alegría sino despues que mi patria esté libre de los demonios que la despedazan. No será hasta que la buena ciudad de Munster habrá encontrado el reposo que yo podré buscarlo en mi pequeña familia.

— Tú tienes la verdadera fé, hijo mio, exclamó Oberstein, tocado de la abnegacion que aquel jóven hacia de sí mismo.

En esto habian llegado delante de la tienda del general; la hermosa Clara vestida ya con el traje de una vírgen casta, y conducida por Fabricio, salió á su encuentro con la sonrisa en los labios.

CAPITULO XXVI.

QUERIENDO el noble Oberstein probar todavía otra vez los medios de dulzura, envió mensageros á la ciudad, para empeñar las autoridades á entregar la plaza y salvar á si á los habitantes, que estaban en el punto de sucumbir por el hambre; pero la respuesta que el orador Rothmann hizo en presencia del rey, fué negativa como las precedentes, y la acompañó con un parefrasis de un pasage del profeta Daniel, en el que el Obispo no pudo desconocer la intencion de dirigirle una injuria.

Habiéndose apurado todas las vías de la demencia, se fijó el ataque para la noche siguiente. El trece de junio

de 1635, una hora ántes de la media noche, Haenslein Langer Stradt condujo en el mayor silencio 500 voluntarios sobre la muralla exterior, despues de haberles hecho atravesar los fosos en los lugares vadeables. Los dormidos centinelas fueron degollados, y la tropa llegó á la poterna sin haber hallado resistencia; esta fué forzada y los soldados se precipitaron en la ciudad. — Se dió la alarma, se reunieron los armados vecinos, rechazaron aquellos sitiadores que habian penetrado los últimos, y atacaron los otros con furia. La mortandad duró hora y media, en medio de la mas profunda oscuridad, hasta el momento en que Haenslein consiguió penetrar con su tropa hasta la vecina puerta, guardada por un corto número de hombres. El general, del que Alf habia sido el guia habia llegado allí con la flor del ejército; y cuando la puerta forzada por los soldados de Haenslein se abrió de par en par, las numerosas tropas episcopales, se precipitaron en la ciudad gritando victoria, victoria. Pero la victoria todavía no se habia alcanzado. Los fanáticos estenuados por el hambre

vendian cada pulgada de terreno á costa de su sangre; y cuando Oberstein logró rechazarlos, no retrocedieron sino para ofrecer nuevamente el combate en la plaza del mercado, delante de la iglesia de san Lamberto. Allí se encontraba á la cabeza de millares de soldados, el rey que acababa de saltar de la cama en aquel mismo instante y que se puso á pelear con valor. Durante esta mortandad se levantó la aurora, y los combatientes pudieron al fin distinguirse. La carnicería se hizo con mas regularidad; Alf se mantenía siempre al lado del general, limitándose á defender la vida del gefe ó la suya, porque le repugnaba el servirse de su espada contra sus conciudadanos. Pero de repente distinguió en el tumulto al infame Juan que animaba los suyos á la carnicería, la cólera del jóven se inflamó. — Elisa! exclamó y dirigió su caballo ácia al rey. Los guardias pronto fueron derribados á los pies del foso caballo, y alcanzó al rey.

— Elisa exclamó de nuevo; y como si juzgase al mónstruo, indigno de las cuchilladas de un valiente, le dió un golpe tan violento sobre su coraza con

el puño de su espada, que Juan cayó sin respiracion sobre la grupa de su caballo, enjaezado de oro. Con un vigoroso brazo, Alf arrebató de la silla al rey que habia perdido el conocimiento le colocó delante de su arzon, y volvió á galope al lado del general. — Aquí os traigo la antorcha que ha alumbrado esta desgraciada guerra. Decidid de su suerte.

— El Obispo, respondió Oberstein, con aire sombrío, se ha espresamente reservado el pronunciar sobre la suerte de los gefes de esta desgraciada rebellion. Por lo que tomad el número de hombres necesario, haced poner grillos y cadenas á este miserable, y dad la orden que lo guarden de cerca. Yo os lo pediré en tiempo y lugar. Podeis contar con una recompensa.

El combate duraba aun. El orador Rothmann habiendo visto caer prisionero al rey, y desesperando del suceso de la accion, se precipitó con la espada en la mano en lo mas espeso de la pelca, y encontró peleando con valor una muerte mas honrosa que no lo habia sido su vida. — Kuipperdolling y Krechting habian desapareci-

do; la masa de los Anabatistas, privada de sus gefes los mas furibundos, y espantados por aquella larga mortandad, arrojaron las armas y pidieron cuartel: el general accedió luego á su demanda. El noble anciano echaba una mirada de compasion sobre los muertos y los moribundos que inundaban el mercado con su sangre, y sobre los rostros lívidos y desfigurados de los que quedaban — Infelices descarriados, exclamò con dolor, hubieseis podido obtener vuestro perdon á ménos coste.

CAPITULO XXVII.

EL dia siguiente el Obispo hizo su entrada en la ciudad, en la que el reposo estaba ya, establecido al frente de 1500 caballos. Se hicieron visitas domiciliaries muy minuciosas, se descubrieron aun mas de un fanático furibundo y los soldados de á caballo exasperados, no siempre respetaban el perdon concedido por el general. Kuiperdolling y Krechting, entre otros,

fueron sacados de su profundo retiro ; pero por un cálculo bárbaro , se cuidò de su vida , y les reservaron por el cadalso. Alf salvò la vida y la prision á su primo el carnicero burgomaestre y tesorero , igualmente que al Sastre y mayordomo mayor de la corte , atestiguando que no habian tomado ninguna parte activa en los desòdenes , y que nada habia que temer de ellos. Encargó á su primo que vendiese á la primera ocasion favorable sus pequeñas propiedades , como tambien las de las hijas de Trutlinger y de mandarle el equivalente al lugar que escogeria en adelante para establecerse ; porque despues de los horrores de que habia sido testigo en su ciudad nativa , le era imposible el continuar en ella.

El Obispo tampoco se encontraba bastante fuerte en su residencia. La dejó el mismo dia de su entrada y fué á habitar el castillo de Dunen á tres millas de Munster. Oberstein se quedó para hacer ejecutar en la desgraciada ciudad las decisiones de la dieta de Worms. Hizo todo lo que estuvo en su poder para remediar la escesiva miseria del pueblo. Abastecimientos considerables

pusieron fin á la escasez, una amnistía general de la que no estuvieron escludos sino el rey, Kuipperdolling y Krechting, y que el Obispo firmó inmediatamente, puso fin á las aflicciones de los habitantes que temian que les alcanzase la espada de la justicia. Todo vecino protestante ó católico, sitiado, ó emigrado, obtenia la restitucion de sus haberes, sobre la caja pública donde los profetas los habian hecho verter. Los fugitivos volvian particularmente los burgomaestres y senadores expulsados, que volvieron á ejercer inmediatamente sus funciones; finalmente la ciudad volvió á entrar poco á poco en el antiguo órden, y parecia hallarse muy bien de ello.

Tres dias se habian pasado de este modo: en el cuarto, Oberstein hizo llamar á Alf muy de mañana — Yo he hecho restaurar y adornar un poco la iglesia de san Lamberto; le dijo el general; sus inmensas bóvedas desvastadas por el pillage estaban en un estado de ruina que parecian que debian servir de habitacion á los *Fihim* y á los *Ohim*, y es necesario que para honrar su culto este pobre pueblo tenga

algo que le hiera un poco la vista; si vos quereis mi jóven amigo vamos á ver un poco que obra maestra los pintores y embarnizadores han producido en tan corto espacio de tiempo.

Alf se encaminó ácia la iglesia con el viejo comandante, y manifestó su admiracion de ver las balustradas vacías y sin el menor adorno.

— Paciencia, le dijo Oberstein sonriendo, no estamos aun, y tomó la balustrada más cercana, luego se volvió bruscamente, y se hallaron de repente delante del altar mayor recientemente embarnizado, junto al que estaban el doctor Fabricio en traje de ceremonia, y el ritual en la mano. La fiel Clara, adornada con un simple vestido blanco, una corona de mirto en su rubio pelo, los ojos bajos, las mejillas ardientes de amor, de pudor y de alegría, fué al encuentro del jóven con paso ligero; su primo Gerardo, Haenslein von-der-Largen Stradt y el viejo ayuda de cámara del Obispo se acercaron para servir de testigos, é hicieron su felicitacion á los desposados.

— Dios mio! exclamó Alf sorprendido y trasportado de alegría: y el

mismo Oberstein condujo el par delante del predicante.

El *sí* estaba pronunciado, la bendición dada, y Alf tomaba la mano de su jóven esposa para llevársela consigo, cuando un capitan de las tropas del Obispo entró con precipitacion en la iglesia y entregó un pliego al general.

Oberstein rompió el sello la leyó, y dió una patada al suelo — No puede haber placer completo! exclamó. Hemos permanecido mas de un año delante estos muros de desgracia, sin que nada haya interrumpido la eterna uniformidad que ocasionaba nuestro fastidio: es el primer dia que yo creia pasar alegremente y he aquí que me la echan á perder, y por una comision digna de un carcelero. Yo no sé que hacer, mi querido recién casado, continuó dirigiéndose á Alf: el Obispo manda que vos mismo conduztais á Dunen, bajo buena escolta á este miserable Sastre rey que vos habeis hecho prisionero.

— Mis bodas no pueden servir de excusa legítima? preguntó Alf á Oberstein con tono afligido.

— Difícilmente para con el Obispo,

respondió el general en voz baja; pues segun este prelado, el servicio del soberano es ántes que todo.

— Pobre Clara! dijo Alf suspirando; é imprimió sobre sus labios un beso que espresaba á la vez el deseo y el pesar.

CAPITULO XXVIII.

EL príncipe Obispo estaba sentado sobre un trono en la sala de los caballeros de Dunen. Sus consejeros y sus capitanes estaban colocados á sus lados. Junto á la mesa cubierta con un tapete encarnado estaban sentados dos secretarios con la pluma en la mano. Oberstein acababa de anunciar el rey Sastre y despues de haber tenido una corta conversacion con el Obispo, se colocó á su derecha. El Obispo hizo una señal; el trabano que guardaba la puerta la abrió, y Juan acompañado de Alf, entró pálido, cargado de cadenas, pero con una atitud arrogante y llena de dignidad; sus esquivos ojos

se paseaban sobre la asamblea con la espresion de la audacia.

— Allí está el matador de mi sobrino! dijo bajo el Obispo á Oberstein, arrojando un suspiro: rendido de dolor y lleno de horror puso sus dos manos delante de su cara.

— Haced reflexion, le contestó Oberstein, igualmente bajo, que aquí no os conviene sino el ser príncipe.

El Obispo se recogió con pena — Hombre desgraciado! exclamó con energía, dirigiéndose al criminal: Porque has sumido á mi pueblo en tal abismo!

— Sacerdote! respondió Juan con fiereza como si todavía hubiese brillado la corona de Sion sobre su cabeza; yo no te he hecho el menor tuerto. Yo he entregado en tus manos una ciudad fortificada, capaz de resistir todo ataque, en vez de una ciudad abierta que me habias dejado. Si sin embargo yo te he causado algunos perjuicios, tengo los medios suficientes para indemnizarte, y tambien enriquecerte si quieres seguir mi consejo.

— Miserable! exclamó el Obispo: como quieres pagar una sola gota de

la sangre inocente que has derramado á torrentes?

— La sangre humana, respondió Juan con ironía, no es un artículo que debe figurar en las cuentas de los reyes. Aquí no puede ser cuestion sino de restitucion de moneda: enciérrame en una jaula de hierro, como Tamerlan lo hizo con Bajuzet pásame por la provincia, enséñame mediante dinero y sacarás mas de lo que te ha costado el sitio.

Toda la asamblea arrojó un grito de sorpresa é indignacion al oir esta imprudente ironía de un criminal cuya vida dependia de una guiñada de ojos de su juez. El Obispo quedò como petrificado del exceso de depravacion á que aquel mónstruo habia llegado; sin embargo se recogió prontamente y mirò largo tiempo á Juan en silencio.

— Gran Dios! dijo Alf, esto acabará de un modo espantoso.

— Tú me has dado un buen consejo, dijo el Obispo. Que se haga segun tus palabras. Entregadle á las manos del prevoste del castillo; añadió dirigiéndose á Alf, para que le encierre en el calabozo de los criminales con-

denados á muerte. Vos ordenareis á los herreros que construyan una jaula de hierro de la altura de un hombre. Se encerrará en ella á este desgraciado y á sus cómplices, y conforme él mismo lo ha pedido, será paseado por la provincia para enseñarlo al pueblo lo mismo que se enseñan las bestias feroces. Por lo que toca á su suerte futura, el tribunal criminal la decidirá.

Juan siguió á Alf sin cambiar de aspecto. El Obispo levantó la sesión. Oberstein quedó solo con él en la sala, Alf entró para anunciar que habia conducido el criminal en el calabozo.

— Vos sois quien habeis hecho prisionero y puesto en mis manos la hiena que ha despedazado á mis hijos, exclamó el Obispo luego que le divisó: es á vos á quien soy acreedor de poder hacer castigar en él, la muerte de todos los que ha hecho perecer! Ay de mí! Hablad que recompensa pedis?

— Gracias señor, no quiero recompensa alguna, respondió Alf.

— Yo os tomo á mi servicio. Escoged entre un grado distinguido en mis tropas, ó un empleo honorífico en mi corte, le dijo el Obispo en la efusion

de su reconocimiento.

— Mi venerable príncipe, respondió Alf, yo no deseo sino acabar mis días con tranquilidad. Pero pues que vos lo mandais os haré una súplica; dad orden para que me sea remitido sin impedimento alguno, al lugar en que establezca mi domicilio, mi haber y el de mi muger.

— Con que vos quereis dejar enteramente mi territorio? le replicò el Obispo.

— Me prometo hacerle colocar de capitan en el ejército del Elector de Sajonia, dijo Oberstein, para mitigar un poco la aspereza con que Alf acababa de reusar los favores del Obispo.

— Permitidme señor conde, de reusar tambien este nuevo favor. En estos últimos tiempos, he visto mandar á tantas gentes, he visto resultar tantos males de las órdenes que daban; yo mismo á pesar de mi inocencia, yo he hecho tanto mal con las órdenes que he dado, que me ha quedado una grande antipatía para el poder. Yo no quiero decididamente mandar mas en ninguna parte, fuera de mi casa y mi

taller. Por esto he suplicado al doctor Fabricio de buscarme en el pais de Hese-Casel, un lugar donde puede ejercer en paz mi oficio de armero y vivir tranquilo con mi muger y con los hijos que Dios nos envíe.

— No pensais, dijo Oberstein, dirigiéndose al Obispo y despidiéndose de él, que ha escogido lo mejor.

— Ay de mí! exclamò el Obispo, que no pueda encontrar en Munster cien vecinos que se parezcan á este hombre que me deja! y lleno de efusion, puso su mano sobre la cabeza de Alf, para darle su bendicion.

— Señor Obispo, dignaos conservar de mí un recuerdo que me sea favorable, dijo Alf inclinándose profundamente, y salió de la sala.

Provisto de una honorífica licencia como capitan de las tropas imperiales de ejecucion, Alf se estableció con su muger en Casel, en clase de armero, bajo la proteccion de Fabricio. Su hacienda, que juntamente con la de Clara, que le fué fielmente enviada de Munster, sin la menor deducccion, junto á los ricos regalos del Obispo y del conde Oberstein, le dieron la ecsistencia de

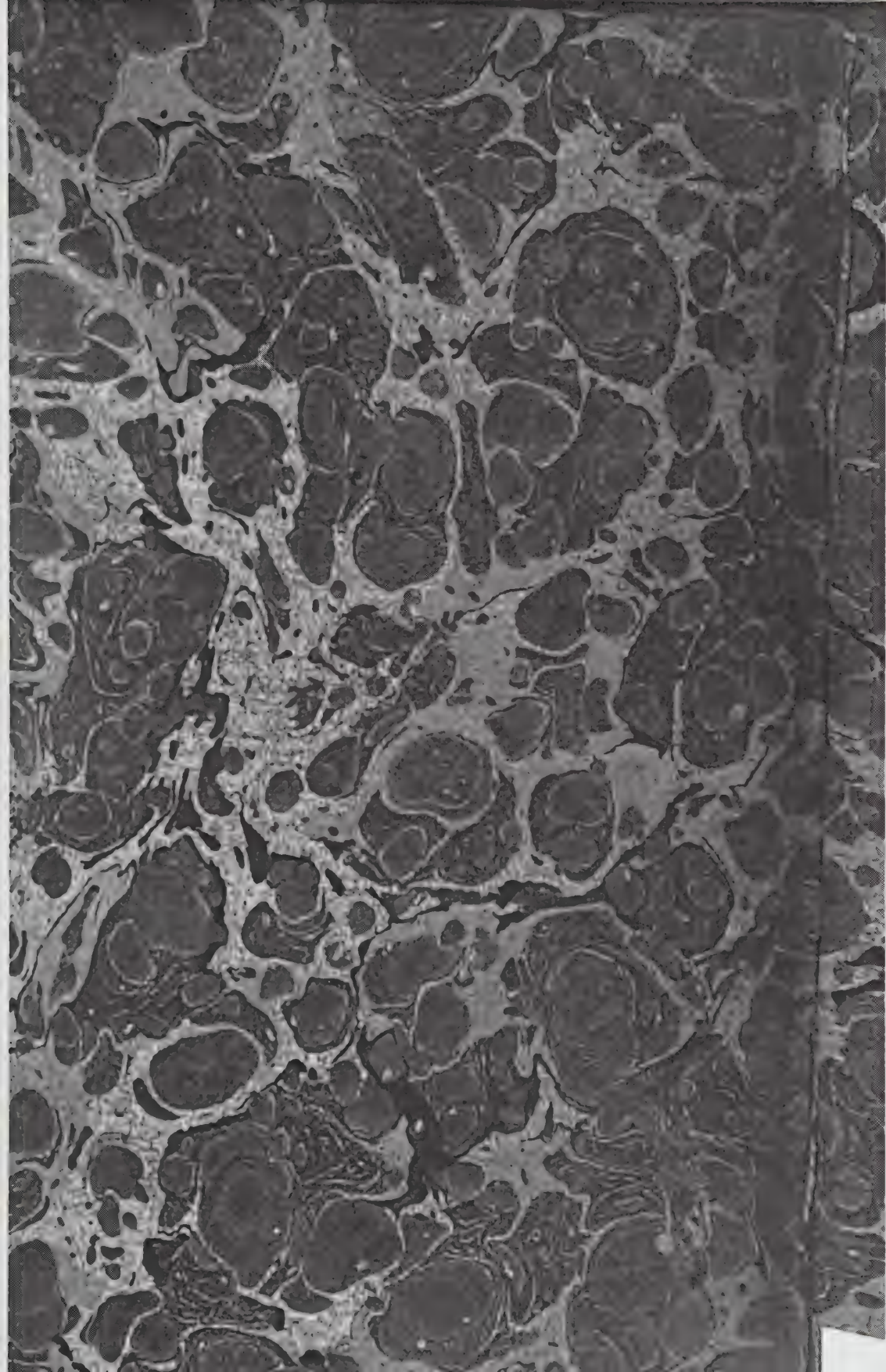
un vecino muy acomodado; gozó á un alto grado de la comodidad que procura la actividad á la clase industriosa, y los dolorosos recuerdos de lo que habia visto, hecho y sufrido, se borraron poco á poco en medio de las satisfacciones tranquilas adquiridas con el trabajo, y bien merecidas por su rectitud.

Sin embargo el Obispo escarmentado por lo pasado, inquieto por lo venidero, creyó preciso tomar enérgicas medidas para reprimir la ciudad de Munster, á fin que no pensase á levantar cabeza. En medio de la ciudad se edificaban dos fuertes por cuyo medio esperaban reducirla fácilmente en caso de rebelion; pero los enviados del Ciriulo que prontamente se presentaron, se opusieron á ello. Los pacíficos habitantes fueron protegidos, las fortificaciones de los Anabatistas, lo mismo que las del Obispo fueron destruidas, y fueron entregados finalmente al tribunal criminal el Sastre rey y sus dos cómplices que hasta entònces habian sido paseados, encerrados en sus jaulas, en todos los cantones limítrofes, y expuestos á la burla y ultrages del pue-

blo. Fué el 3 de febrero de 1536 que subieron al cadalso, donde espieron sus inauditos crímenes.

FIN.





CPSIA information can be obtained
at www.ICGtesting.com
Printed in the USA
LVOW09s0204100517

533955LV00025B/1097/P



9 781178 922561

9 781178 922561

